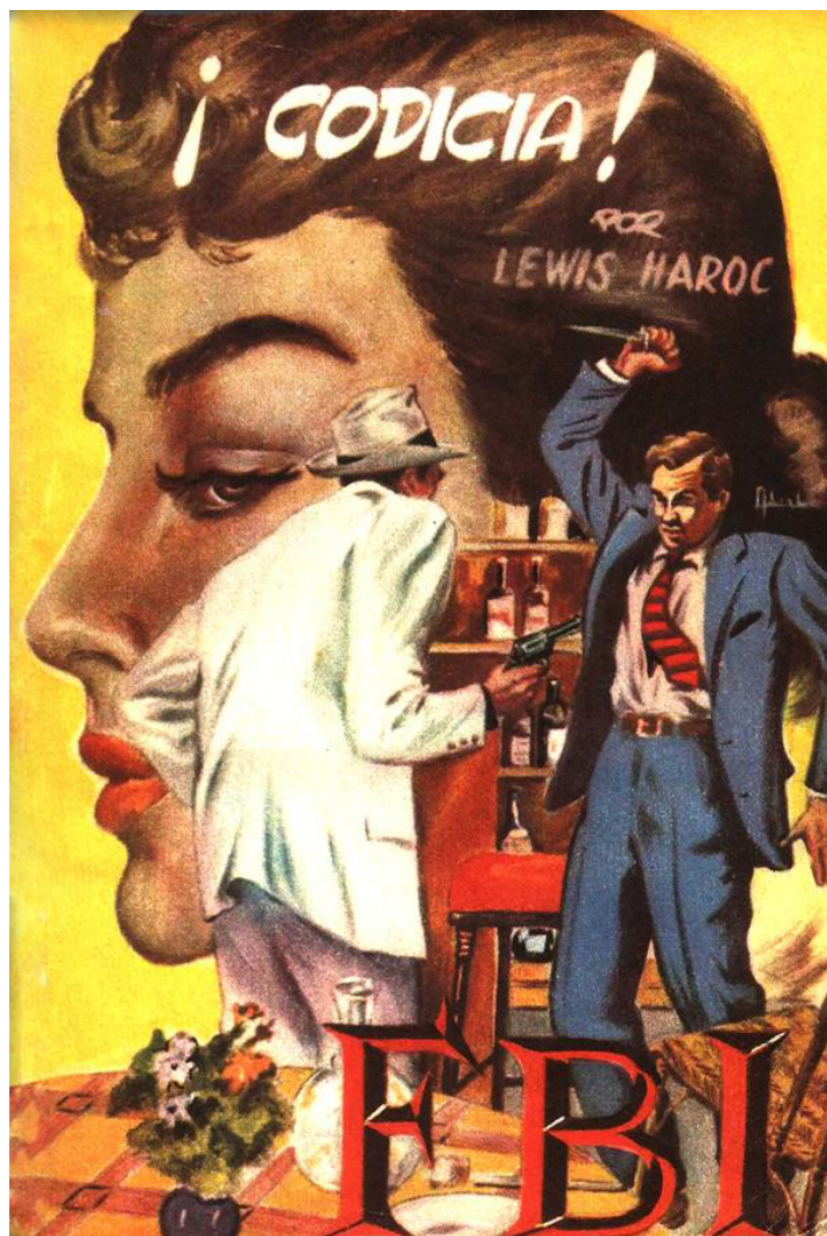




LEWIS HAROC

¡CODICIA!





SAN BERNARDO, 68. - MADRID

COLECCION F. B. I.

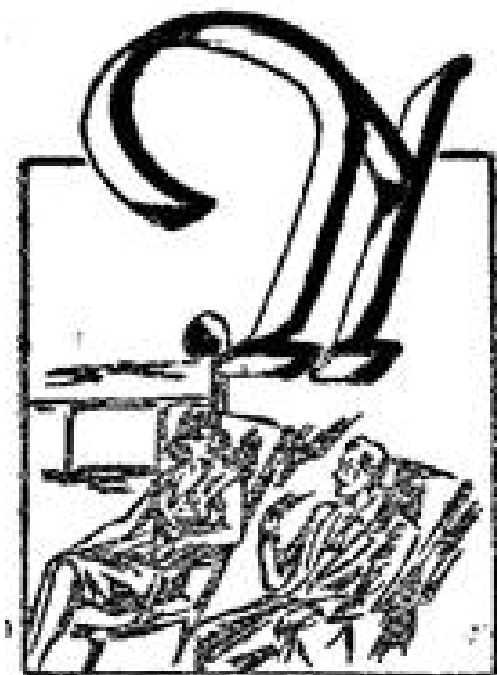
Números publicados:

- Núm. 1.—¡CULPABLE! por Alf Manz. (5.ª edición.)
» 2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz. (4.ª edición.)
» 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter. (4.ª edición.)
» 4.—EL COBARDE, por Alf Manz. (3.ª edición.)
» 5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair. (2.ª edición.)
» 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz. (3.ª edición.)
» 7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter. (2.ª edición.)
» 8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair. (2.ª edición.)
» 9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny. (2.ª edición.)
» 10.—LA REDADA, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
» 11.—SHANGHAI, por Alf Manz. (2.ª edición.)
» 12.—GUERRA DE GANGTERS, por Fred Baxter. (2.ª edición.)
» 13.—¡SANGRE! por Fran McFair. (2.ª edición.)
» 14.—LA REBELION DE LOS MUERTOS, por Alar Benet. (2.ª edición.)
» 15.—EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G. Murphy. (2.ª edición.)
» 16.—TANGER, por Alf Manz. (3.ª edición.)
» 17.—¡TRAIDOR!, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
» 18.—TRAGEDIA EN BERLIN, por Eddie Thorny. (2.ª edición.)
» 19.—ALTA TRAICION, por Fred Baxter. (2.ª edición.)
» 20.—TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO, por Alf Manz. (2.ª edición.)
» 21.—EL DELATOR, por Alar Benet.
» 22.—ARMONIAS DE MUERTE, por Frank McFair.
» 23.—DESTINOS CRUZADOS, por Alf Manz.
» 24.—PERSECUCION, por O. C. Tavin.
» 25.—UNA CIUDAD ABIERTA, por Eddie Thorny.
» 26.—HORAS TRAGICAS, por A. G. Murphy.
» 27.—LA MUERTE ALADA, por Frank McFair.
» 28.—DOCTOR X, por Alf Manz.
» 29.—EL COLOSO DE HIERRO, por Alar Benet.

- Núm. 30.—TRAMPAS MORTALES, por O. C. Tavin.
 » 31.—CONTRABANDO FUNESTO, por Frank McFair.
 » 32.—NUEVA YORK-SAN FRANCISCO, por A. G. Murphy.
 » 33.—ENTRE REJAS, por Alf Manz.
 » 34.—MUERTE EN EL CARIBE, por Alar Benet.
 » 35.—SECUESTRO, por O. C. Tavin.
 » 36.—EL DUEÑO DEL MUNDO, por Eddie Thorny.
 » 37.—HERMANO CONTRA HERMANO, por A. G. Murphy.
 » 38.—FILIBUSTEROS MODERNOS, por Fred Baxter.
 » 39.—PALESTINA EN LLAMAS, por Frank McFair.
 » 40.—LA LEY DEL TERROR, por Lewis Haroc.
 » 41.—A LA DESESPERADA, por O. C. Tavin.
 » 42.—LA PROMOCION DE LA MUERTE, por Alar Benet.
 » 43.—TINIEBLAS, por Alf Manz.
 » 44.—ESPIAS EN LA NOCHE, por Fred Baxter.
 » 45.—FIDELIDAD, por Alar Benet.
 » 46.—SIN CUARTEL, por A. G. Murphy.
 » 47.—ARMOUR, EXPULSADO, por O. C. Tavin.
 » 48.—
 » 49.—LA MAFFIA, por Alf Manz.
 » 50.—ALASKA, FINAL DE RUTA, por Lewis Haroc.
 » 51.—TRAS EL TELON DE ACERO, por Alar Benet.
 » 52.—GANGSTERS DE GUANTE BLANCO, por John E. Martin.
 » 53.—¡ACUSADO!, por A. G. Murphy.
 » 54.—MISTERIO EN VIENA, por O. C. Tavin.
 » 55.—EL GENIO DEL MAL, por A. Benet.
 » 56.—HOMBRES ARMADOS, por Jak Brooklyn.
 » 57.—FAVOROSA ELECCION, por O. C. Tavin.
 » 58.—LA BESTIA ESCARLATA, por Frank McFair.
 » 59.—HUELLAS DE ULTRATUMBA, Thomas Settee.
 » 60.—S. O. S., por Lew's Haroc.
 » 61.—BILLETES MALDITOS, por Frank McFair.
 » 62.—CAMINO DE PERDICION, por John Nebot.
 » 63.—CAMARADAS ENEMIGOS, por Frank McFair.
 » 64.—A LA DERIVA, por Alar Benet.
 » 65.—ODIO, por Alf Manz.
 » 66.—CITA DE MADRUGADA, por Frank McFair.
 » 67.—«KILLER» A SUELDO, por O. C. Tavin.
 » 68.—MUERTE EN EL ATARDECER, por Eddie Thorny.
 » 69.—LOUP-GAROU, por Frank McFair.
 » 70.—PUNTO FINAL, por O. C. Tavin.
 » 71.—¡MIRAD A LAS SOMBRAS!, por Frank McFair.
 » 72.—ENTRE ESAS BRUMAS, por O. C. Tavin.
 » 73.—TORTURA, por Alf Manz.
 » 74.—EL CONFIDENTE, por Frank McFair.
 » 75.—¡TERROR!, por O. C. Tavin.
 » 76.—EL FINAL DE ROCCO, por Frank McFair.
 » 77.—EL VENGADOR NEGRO, por Alf Manz.

En preparación:

PERSECUCIÓN...



O cabía la menor duda de que Lanham Cheson esperaba a alguien. Lo denotaban las frecuentes miradas que lanzaba a su reloj de pulsera y la nerviosa impaciencia con que estrujaba el periódico que, aunque recorría con sus ojos, su cerebro se negaba a retener, absorbido por otra preocupación.

Y el caso no era para menos, porque si el asunto que Lanham había planeado cuidadosamente le salía bien —y no había el menor motive para que así no fuera— sería el mejor golpe que habría dado en su ya larga vida de ladrón.

Sentado en el asiento posterior del «taxi cab» que le había conducido hasta el muelle, mataba de la peor manera, o sea, consumiéndose de impaciencia, los minutos que faltaban para la llegada del «King of California».

Eran las cinco de la tarde de un día de noviembre. El puerto de San Francisco, como toda la ciudad, aparecía cubierto por la niebla, que dejaba guedejas de figurado algodón en las torres de las iglesias y en los mástiles de los numerosos buques anclados en el puerto. Sin embargo, minutos antes había comenzado a soplar el cálido aire procedente del mar, comúnmente denominado viento comercial, que iba despejando la neblina reinante. No hacía frío. Los hombres que circulaban a su alrededor llevaban gabardina, pero más para librarse de la humedad que para otra cosa.

Lanham seguía montando pacientemente su guardia frente al muelle veinticuatro, porque sabía que el «King of California» anclaría allí, en vez de en el muelle seis, que era donde ordinariamente echaba el ancla cuando regresaba de sus viajes a través del Pacífico.

Nuevamente miró al reloj.

—Ese maldito barco ya no puede tardar —gruñó—. Quizá esté atravesando ya el Golden Gate.

Delante de él las orejas del conductor, ensimismado en la lectura de una novela policíaca, se movían acompasadamente, impulsadas por el incesante masticar de chicle del individuo.

Mientras tanto, el lujoso transatlántico, procedente de Formosa, acababa de cruzar el Golden Gate, la Puerta Dorada que pone en comunicación la bahía de San Francisco con el Océano Pacífico y avanzaba majestuosamente entre los últimos restos de la niebla, en demanda de puerto.

Navegando a media milla de la costa pasó ante la Roca Anita, que marca casi el límite oriental de la Reserva militar denominada El Presidio, y poco después, doblaba el ángulo de la pequeña península en que se encuentra edificada San Francisco, haciendo sonar jubilosamente su sirena, mientras se dirigía al sitio donde venía anclando desde hacía seis años.

Cruzó ante el muelle cinco acercándose al puerto, y en aquel momento, el radiotelegrafista de a bordo se acercó al capitán, que se encontraba en el puente de mando, dirigiendo la maniobra.

—¿Qué hay, Nichols? —preguntó éste.

—Acabo de recibir un mensaje del puerto, señor —replicó el operador de la radio, llevándose la mano a la gorra.

El capitán tomó el papel que el radiotelegrafista le tendía, donde

éste había anotado el reciente mensaje.

—Tenemos que anclar en el muelle veinticuatro —gruñó el capitán después de haberlo leído—. No sé qué demonios pasará. En fin, Nichols, diles que está bien, pero que será preferible que me envíen un práctico.

—Me dijeron que ya venía hacia aquí, señor —replicó el radiotelegrafista, y, como confirmando sus palabras, llegó hasta ellos el ruido de una lancha de motor, procedente de los muelles.

Cinco minutos después, el práctico estaba a bordo y la ancha cara del capitán Arlo Linker se abrió en una ancha sonrisa, mientras bajaba hasta la mitad de la escalera del puente, para recibir al recién llegado.

—¡Caramba, Steve! —exclamó estrechando efusivamente su mano—. Me alegro de que te hayan mandado a ti. ¿Qué ocurre en el seis?

—Está ocupado. Están cargando material —bajó la voz para proseguir—: Creo que es material de guerra.

Nichols gruñó. Por el camino se había cruzado con varios mercantes cuya línea de flotación quedaba muy por debajo del nivel del mar, lo cual demostraba que iban bien cargados. El sospechaba cuál era su cargamento, así como su punto de destino, y no le extrañaba lo más mínimo lo que su amigo Stevens le estaba diciendo.

—¿Qué tal te ha ido? —preguntó éste a Linker, después de tomar el timón de manos del oficial, piloto.

—Regular nada más —gruñó el capitán. Llevamos esta maldita pegada al rabo casi desde que partimos de Faitonz.

—¿Qué hay por Formosa?

—Lo de siempre. Fortificándose a toda máquina —gruñó Linker—. No sé por qué nuestro Gobierno no se decide a intervenir allí de una vez.

—Aquello está muy lejos, Linker. ¿Qué nos importa a nosotros?

—Lejos, lejos —gruñó Linker—. Hoy día no hay nada lejos con la radio y los aviones.

—No digas eso, amigo. El Pacífico siempre será el Pacífico.

—¡Puah! —Escupió Linker, despectivamente—. El Pacífico es ya sólo un charco. Un charco tan pequeño como el Lago Hondo. Fíjate, Stevens: mi cascarón lo atraviesa en diez días, un avión en treinta y

seis horas y la radio en unos segundos. ¿Qué te parece?

Stevens no contestó, porque estaba sumamente ocupado en pegar el costado de estribor del «King of Californias» al muelle veinticuatro. El barco obedecía dócilmente al movimiento de su mano sobre el timón, hasta que, al fin, quedó inmóvil con un estremecimiento.

Acto seguido comenzó a reinar el mayor movimiento y animación alrededor del barco. En cuanto fué echada la escala comenzaron a bajar los viajeros, mientras las personas que estaban en el muelle buscaban a las personas que habían ido a esperar, promoviendo una algarabía indescriptible, que se mezclaba con los rancos bramidos de las sirenas y el rechinar de las grúas que se disponían a comenzar la descarga.

Un hombre alto, fornido, de inquietos ojos grises, se adelantó hacia la pasarela. En su mano llevaba un maletín de cuero forrado con tela gris, que debía ser bastante pesado. Su mano la asía firmemente, mientras que, ya desde la mitad de la pasarela, miraba por encima de la multitud buscando un «taxi».

Antes de que distinguiera la fila de vehículos de alquiler situada al otro lado del muelle, los ojos vigilantes de Lanham Cheson ya le habían divisado a él y no perdieron de vista su negro sombrero hongo, que sobresalía por encima de la muralla de gente que les separaba, mientras su dueño pugnaba por abrirse paso a través de ella.

Lanham no le perdía de vista un solo instante, pero otros cuatro ojillos, no por pequeños menos avizores que los suyos, espiaban también hasta el menor movimiento de Alvin Oakley.

Apenas puso el pie en el suelo del muelle, dos chinos se pegaron a sus talones, sin dejarse despegar de ellos por la multitud. En esta forma llegó Alvin a la fila de «taxis», dirigiéndose a uno de ellos. Era, precisamente, el ocupado por Lanham, y éste se hizo atrás, retrepándose en el interior del vehículo, porque no le interesaba ser visto. Alvin dejó resbalar por su figura, durante una décima de segundo, su vigilante mirada, y luego, sin concederle más interés, se metió en otro coche, al darse cuenta de que aquel vehículo estaba ocupado.

Atisbando por la mirilla posterior, los ojos de Lanham Cheson se posaron codiciosos en el maletín que el otro llevaba en la mano. Vio

cómo el taxi donde había montado Alvin arrancaba, saliendo de la fila y cruzaba junto al suyo, aumentando su velocidad.

El ladrón iba a decir al chofer que lo siguiera, cuando la palabra se cortó en sus labios al ver que un pequeño «Ford» de cuatro asientos se lanzaba detrás del otro coche.

Podía ser casualidad, pero a Lanham se le antojaban los dedos huéspedes. Estaba a punto de hacer el más grande negocio de su vida y necesitaba atar bien todos los cabos.

—¿Decía algo el señor? —preguntó el conductor.

—Sí, sí —replicó prestamente Lanham—. Decía que... Oiga, ¿ha visto ese «Ford» negro y el otro «taxi» que salió delante?

—Los veía y los veo —replicó el chofer sin dejar de mascar su goma—. ¿Hay que ponerse en movimiento?

—Sí —replicó Lanham—. Sígalos. Procure no perderlos de vista.

—Y si se separan, ¿a cuál sigo? —preguntó el conductor, mientras metía el embrague del coche.

—Al «taxi» que va delante —replicó el ocupante de su vehículo sin la menor vacilación—. Y tengo cinco dólares en la mano que me están estorbando. Son suyos si no me lo pierde de vista.

La persecución resultó fácil. Lanham no perdía de vista los dos coches que rodaban delante de él, y se persuadió de que el pequeño «Ford» seguía los pasos del «taxi», manteniéndose a una prudente distancia.

«Esto me huele a lío —se dijo—. ¿Qué buscarán esos amarillos? Sí van a lo mismo que yo, voy a tener que andar listo».

Los tres coches enfilaron la calle Bryan, torcieron luego por «Eleve Street» para cruzar la calle del Mercado, arteria principal de la ciudad, y alcanzar el distrito de Western Adítion, fuera ya de la zona destruida por el terremoto y el incendio del año.

La única dificultad estuvo en el cruce de la calle del Mercado, donde, gracias a la pericia del conductor del «taxi» que llevaba a Lanham, no se vieron separados de sus perseguidos por el brusco cierre de una señal luminosa.

Luego, el coche de Alvin Oakley, llevando siembre tras él a los otros dos, enfiló Oak Street, cruzó Page y Hagt Street y se detuvo ante la puerta de un hotel de segunda categoría, situado en esta última calle, esquina al parque de Buena Vista.

Alvin se apeó, abonó el importe del recorrido y penetró en el

establecimiento, mientras el pequeño «Ford» pasaba de largo. Lanham bajó a su vez del «taxis» y se dirigió también hacia el hotel mientras el «Ford» se perdía de vista por uno de los asfaltados caminos del parque.

El vestíbulo estaba bastante concurrido. Alvin se acercó al mostrador, lanzando recelosas miradas en torno suyo, pero no vio a Lanham, porque éste tenía buen cuidado de ocultarse a su vista. Al fin vio a su perseguido dirigirse al ascensor, acompañado por un botones e inmediatamente se acercó al «comptoir».

El encargado del mismo se dirigió sonriente a él.

—¿Deseaba una habitación el señor? —le preguntó con tono meloso.

—Sí, sí, precisamente —divagó Lanham, mientras su aguda mirada recorría el libro del registro de entradas de viajeros, que permanecía abierto sobre el mostrador.

No le costó el menor trabajo enterarse de que Alvin Oakley le habían destinado la habitación número 386.

—Sí —dijo mirando al empleado—. Deseaba una habitación. ¿Tiene vacante alguna del trescientos ochenta al trescientos noventa? Conozco esa parte y es la que más me gusta del hotel —mintió, acentuando su sonrisa.

El empleado consultó un libro y repuso en seguida:

—Me alegro de poderle servir, señor. Precisamente tenemos libres la trescientos ochenta y cinco, trescientos ochenta y ocho y trescientos ochenta y nueve. ¿Cuál de ellas desea?

—La trescientos ochenta y cinco me parece bien dijo Lanham en tono displicente, mientras su corazón latía con fuerza ante aquella buena suerte que parecía ser un augurio de éxito.

—¿Trae equipaje el señor?

—Llegará más tarde. Acabo de desembarcar. Mi equipaje está en la aduana. Lo he dejado a cargo de una agencia y no creo que tarde.

El empleado hizo una reverencia. Luego llamó a un botones que tenía un ojo en una novela y otro en el mostrador del «Comptoir», y le ordenó:

—Conduce al señor a la habitación trescientos ochenta y cinco.

Pocos minutos después Lanham estaba solo en ella. No se preocupó de ver si era buena o mala, si tenía luz o no, porque pensaba estar en ella muy poco tiempo.

Lo que sí observó con gran alegría fué que una puerta ponía en comunicación su habitación con la de Alvin Oakley. Ciertamente estaba cerrada con llave, haciendo imposible el paso de una habitación a otra, pero aquello no tenía importancia para Lanham, porque no pensaba entrar a viva fuerza en el cuarto de al lado.

De uno de los bolsillos de su gabardina extrajo un pequeño aparato, parecido a los que usan los médicos para auscultar a los enfermos, y lo apoyó contra la puerta de madera, metiéndose en los oídos las bolitas de cristal en que terminaban las dos largas gomas, que salían de aquella especie de auricular.

Inmediatamente llegaron a sus oídos hasta los menores ruidos que se producían en la habitación de al lado. No cabía duda de que Alvin Oakley estaba satisfecho de la vida, porque de sus labios salía un tenue silbido, mientras trajinaba por la habitación.

A oídos de Lanham llegó el apagado rumor del pasar de hojas de algún libro, luego el radio del teléfono al ser descolgado y la voz de su vecino pidiendo a la telefonista del hotel cierto número de teléfono.

La comunicación fue establecida Inmediatamente y Lanham sorprendió las siguientes palabras:

—Oiga —preguntaba Alvin—, ¿está míster Ives? Evidentemente debieron contestarle que sí, porque replicó:

—Bien. Haga el favor de decirle que se ponga... De parte de un cliente... Sí..., sí —siguió una pausa que intrigó más a Lanham—. ¿Míster Ives...? Mire..., le llamo desde el hotel Buena Vista... Sí..., sí; en el parque del mismo nombre. Olga: ¿puede usted venir a ver unas joyas?... ¿Que si quiero venderlas? Naturalmente que sí, si llegamos a un acuerdo... Muy bien. Le espero entonces en seguida. Tengo prisa, porque pienso salir esta noche para Nueva York... Sí..., habitación trescientos ochenta y seis... «Good bye».

Lanham permaneció un momento pensativo. Luego quitó el auricular de la puerta y sus ojos se posaron en el verdor del parque, mirando a través de los cristales de la ventana, aunque no lo veía. Había escuchado cuanto necesitaba para saber que Alvin Oakley no pensaba llevar a cabo la misión que le habían encomendado, sino que se proponía vender las valiosas joyas que llevaba en el maletín y largarse en seguida a Nueva York, y quién sabe si de aquí a Europa, a disfrutar del premio a su traición.

Bien. Aquello no quitaba ni ponía nada a sus propios planes, porque estaba decidido a hacer lo mismo que Alvin, es decir, largarse a Europa con el producto de su robo y darse una vida de príncipe durante los años que le quedaban de vida. Ahora bien: la llamada de Alvin al joyero había introducido un elemento nuevo en la realización de sus planes, que, bien aprovechado, le iba a poner en posesión de las joyas con el mínimo riesgo y a concederle unas horas de ventaja antes de que el robo fuera descubierto.

Sonrió al pensar en el plan que se le acababa de ocurrir y lo puso inmediatamente en práctica.

Mirando a todos los lados salió al pasillo. Éste estaba desierto. Fue un juego de niños para Lanham el cambiar la última cifra de los números de las dos puertas, de manera que su cuarto quedó convertido en el trescientos ochenta y seis, mientras el ocupado por Alvin tenía ahora el número del suyo.

Luego, dejando la puerta entreabierta, se dedicó a vigilar el largo pasillo, hasta la puerta del ascensor.

Unos minutos después, paró éste en el tercer piso y de él salieron algunas personas, que se distribuyeron por las diferentes habitaciones del mismo, quedando una sola en el centro de él.

Lanham no dudó de que era la persona que esperaba. Avanzaba despacio por el centro del pasillo, mirando los números de las puertas, y el ladrón se apresuró a salir a su encuentro, ostentosamente, mientras lucía en su rostro una sonrisa que le hubiera captado muchas simpatías entre las viejas solteronas de Frisco.

—¿Es usted míster Ives? —preguntó al joyero, tendiéndole la mano.

—El mismo —replicó éste, mirándole inquisitivamente—. Supongo que es usted míster Alvin...

—... Oakley, para servirle —le interrumpió Lanham—. ¿Quiere pasar a mi habitación? —invitó con un gesto.

Míster Ives era un hombre vulgar, de mediana estatura, cuya única cualidad apreciable era su impecable vestimenta.

Con un movimiento de cabeza aceptó la propuesta de Lanham Cheson y penetró en el cuarto de éste, sin la menor sospecha de lo que iba a ocurrirle, máxime cuando al atravesar la puerta observó que sobre ésta campeaba bien visible el número trescientos ochenta

y seis, que era, precisamente, el que él buscaba.

Como hombre educado en las costumbres de principios de siglo, al penetrar en la habitación de Lanham se despojó de su sombrero flexible, y aquello facilitó los planes de Lanham, a quien parecía que todo se le ponía viento en popa aquella tarde.

Ives avanzó dos pasos en la habitación, mientras Lanham cerraba cuidadosamente la puerta tras él. Luego el joyero se volvió hacia su presunto cliente, a tiempo para observar asombrado cómo la mano derecha de éste, empuñando una pistola por el cañón, descendía sobre su cráneo a velocidad de vértigo.

La pistola, rodeada por cientos de luminosas estrellas de todos los colores imaginables, fué lo último que vio el pobre joyero antes de caer a los pies de Lanham sin lanzar un gemido.

Éste no perdió el tiempo. Deshizo la cama y con las dos sábanas ató a conciencia al inanimado joyero, que tan buen negocio pensaba realizar en el hotel Buenavista.

Luego le metió en la boca su propio pañuelo teniendo buen cuidado de no ahogarle, porque no guardaba la menor animosidad contra el honrado comerciante en joyas, y cogiéndole fácilmente entre sus robustos brazos, lo metió dentro del armario de luna, con la misma amorosa solicitud con que una madre amantísima coloca a su hijo, dormido, en la cuna. Pero, como más tarde se verá, míster Wallace Ives, de la firma Ives and Ives, joyeros, 1880, no le agradeció lo más mínimo aquel cariñoso comportamiento.

Apenas cerró de nuevo el armario, Lanham repuso los ligeros desperfectos causados en sus vestiduras por el ajetreo precedente. Abrió el grifo del lavabo y se alisó el pelo, y a continuación, con la toalla, se dedicó a limpiar concienzudamente la habitación de cualquier clase de huellas que hubiera podido dejar, porque estaban registradas en los bien organizados archivos de la Policía Metropolitana y no era cosa de dejarse cazar por aquel simple detalle.

Salió al pasillo, y sin la menor vacilación, llamó con los nudillos a la puerta de la habitación ocupada por Alvin Oakley.

Nadie le respondió, en vista de lo cual repitió la llamada con más fuerza; pero, como la vez anterior, obtuvo el silencio por respuesta.

—Míster Oakley, soy Ives, el joyero —dijo en voz lo

suficientemente alta para que pudiera ser oída desde dentro, aunque ya su vigilante cerebro comenzaba a entrar en sospechas.

Nadie le respondió, aunque le pareció oír dentro una especie de gruñido. En vista de ello y presintiendo algo siniestro, Lanham empujó la puerta, que se abrió con gran sorpresa suya.

Pero esta sorpresa huyó de su cerebro con sorprendente rapidez, ahuyentada por otra mayor causada por el hecho de que, ante él, tendido en la cama, boca abajo, yacía el muy poco honorable míster Alvin Oakley, con un afilado puñal clavado en la espalda.



idan los inigualables cuadernos de
AVENTURAS DEL F. B. I.

A

EDITORIAL ROLLAN

SAN BERNARDO 68 — MADRID

II

CUATRO HOMBRES EN ESCENA



L primer movimiento de Lanham Cheson fué lanzarse hacia adelante, impelido por un resto de piedad, que le impulsaba a ayudar a un semejante.

Pero el pensamiento de que quizá Oakley no necesitase ya de sus cuidados y, sobre todo, el sagrado temor a mezclarse en un asesinato, detuvieron su progresión en el centro de la estancia, una cosa era robar y otra verse condenado por asesino. Él no dudaba en entrar más o menos violentamente en cualquier sitio donde hubiera algo que llevarse, pero le repugnaba la idea de matar, y más aún, la de que se le hiciera responsable de un crimen que no había cometido.

Al llegar a este punto, una pregunta surgió en su cerebro. ¿Quién lo habría hecho? Sería interesante saberlo, pero a él, de momento, le importaba más saber dónde estaba el maletín forrado de gris.

Aunque lo buscó con la vista no estaba en la habitación o al menos él no lo vio. Iba a iniciar un concienzudo registro, cuando un rumor procedente del cuarto de baño puso en tensión todos sus nervios. Era un rumor muy ligero, como si alguien arrastrase cautelosamente los pies por el suelo encerado.

Lanham empuñó la pequeña «Browning» que llevaba en el bolsillo de la gabardina, con la cual pusiera al joyero fuera de combate, y se deslizó silenciosamente hacia el cuarto de baño.

La puerta de éste se abría a su izquierda y aún se distinguía bien, a pesar de que estaba comenzando a oscurecer. Lanham llegó junto a ella y otra vez el rumor que antes oyera llegó a sus oídos.

Sin la menor vacilación empujó la puerta y entró. Dos hombres estaban en el cuarto de baño, tratando de escapar por la ventana. Al principio apenas pudo ver sus rostros, pero en seguida se fijó en sus rasgos orientales y comprobó que eran los mismos que habían seguido a Oakley en el pequeño coche «Ford».

Uno de ellos se encontraba ya fuera de la estancia, subido seguramente en la estrecha repisa que cruzaba por debajo de la ventana, tratando de ganar la escalera que, para casos de incendio, se abría en la parte posterior del hotel, en una calleja solitaria.

El otro estaba junto a la ventana, disponiéndose a salir también. En su mano derecha sostenía el maletín que tantos disgustos estaba causando a Lanham, y en aquel momento, se disponía a tendérselo a su compañero.

El ladrón no vaciló. Un segundo más y las joyas hubieran pasado a manos del chino que estaba en la cornisa, el cual hubiera emprendido la fuga con ellas, mientras su compañero le cubría la retirada.

De un salto se abalanzó sobre el chino, agarrándole de un hombro, y le hizo dar media vuelta sobre sí mismo, obligándole a apartarse de la ventana. Los dedos de su compañero, que ya avanzaba la mano para recoger el maletín, se engarfiaron en el aire.

Lanham propinó a su contrincante un soberbio puñetazo en la mandíbula, y el chino retrocedió violentamente, chocando con la pared, pero a pesar de ello no soltó el maletín. El ladrón se lanzó de nuevo sobre él, antes de que pudiera reponerse, y de dos directos envió al chino a la región de los sueños.

Rápidamente le arrebató el maletín y fué a salir del cuarto de

baño, disponiéndose a huir. Habían metido demasiado ruido y no sería extraño que alguien lo hubiera oído.

El otro chino entraba ya por la ventana dispuesto a ayudar a su compañero. No había tiempo que perder. Lanham salió al dormitorio, en caminándose velozmente hacia la puerta, pero antes de llegar a ella, sintió un «plop» ahogado a su espalda y un proyectil pasó silbando lúgubrementemente junto a su oído izquierdo, incrustándose en la pared con un ruido sordo. El otro chino estaba disparando sobre él, para evitar su huida.

Lanham se volvió y en seguida se tiró al suelo. Cuando se parapetó detrás de un sillón ya tenía la pistola en la mano y disparaba repetidas veces sobre el chino, que cayó hacia adelante.

Lanham se levantó, dando gracias a Dios por haberle dado la idea de poner el silenciador a la pistola, porque, de otra forma, sus disparos habrían atraído sobre ellos la atención de todos los huéspedes del hotel.

Urgía salir de allí cuanto antes. Tenía la mano sobre el pomo de la cerradura cuando se le ocurrió una idea.

«Voy a proporcionarle un buen rompecabezas al teniente Shoat», se dijo, sonriendo.

El cadáver del chino que había disparado sobre él estaba precisamente frente al hombre que yacía en la cama, apuñalado. Lanham se acercó a éste, le cambió ligeramente de postura, para mayor exactitud en los detalles, y le puso en la mano su pistola, después de hacer desaparecer de ella toda clase de huellas digitales.

Una vez hecho esto, ganó la puerta y salió al pasillo. Dos hombres avanzaban por él, charlando tranquilamente. No se habían apercebido de nada. Lanham descendió la escalera, encontrándose en el vestíbulo. Con la mayor tranquilidad se acercó al «comptoir», entregando la llave al encargado de éste, que la recibió con una reverencia.

Luego, llevando en la mano el maletín con las joyas, desprovisto ahora de su funda gris, que debían de haberle quitado los chinos, ganó la calle Baber y caminó rápidamente por ella, buscando un «taxi», sin darse cuenta de que los oblicuos ojos del chino a quien había puesto fuera de combate a puñetazos en el cuarto de baño no le perdían de vista desde cierta distancia.

El teniente Shoat, de la Brigada de Homicidios de la Policía de San

Francisco, acababa de cenar cuando sonó el timbre del teléfono. Encendió un cigarrillo y tomó el auricular.

—«Halló».

A través del hilo llegó hasta él la ronca voz del sargento Blesing:

—¿Teniente Shoat? Oiga, telefonéan del hotel Buenavista diciendo que se ha cometido un crimen. Dos hombres muertos, uno apuñalado y el otro a tiros. El inspector Seamann ha ordenado que se encargue usted de la investigación.

—Está bien, Blesing. Voy para allá —replicó Shoat con voz resignada—. Dígale a Monroe que se reúna conmigo en el hotel Buenavista con todo le dé costumbre.

—Está bien, señor.

Shoat colgó el auricular. En aquel momento su esposa, una bonita muchacha con la cual acababa de contraer matrimonio, irrumpió como un torbellino en la habitación.

Iba vestida con un elegante traje, hechura sastre, y se estaba colocando el guante de la mano derecha.

—¿Quién te llamaba, Mike? —preguntó—. Supongo que no...

—Lo siento, querida —interrumpió él—. Ha ocurrido algo en el Hotel Buenavista y tengo que ir allí ahora mismo. No te preocupes —agregó al observar el mohín de disgusto de su esposa—. Te dejaré en casa de los Tibb y luego pasaré a recogerte.

—¡Oh Mike! Hubiera sido más divertido estando tú conmigo —replicó ella, acercándose a su marido.

—Ya lo sé, querida... pero —se encogió de hombros, como diciendo que la cosa no tenía remedio.

Diez minutos después paraba su cochecillo a la puerta del Hotel Buenavista. Monroe ya estaba allí esperándole, charlando con el gerente del hotel, que se mostraba nervioso y preocupado ante las repercusiones que aquel suceso pudiera tener en el crédito del establecimiento.

—¡Hola, Shoat! —saludó Monroe, llevándose la mano derecha al ala del sombrero—. Un caso complicado. Me parece que te va a traer de cabeza.

—¿Qué ha ocurrido?

Fué el gerente quien replicó:

—En la habitación número trescientos ochenta y seis hay dos hombres muertos. Uno de ellos es un chino y lo han matado a tiros.

El otro ha muerto apuñalado. He cerrado la puerta con llave.

—Ha hecho usted muy bien. ¿Cómo se descubrió...?

—De una manera indirecta, señor —gruñó el gerente—. Y esto es lo más extraordinario. Un cliente del hotel pasaba frente a la puerta de la habitación trescientos ochenta y cinco, contigua a la de los asesinatos, cuando oyó fuertes golpes que provenían de su interior. La puerta estaba abierta y dentro de la habitación no encontró a nadie, pero los golpes seguían sonando, hasta que se percató de que salían del armario de luna del dormitorio. Entonces lo abrió y un hombre atado y amordazado...

—Que resultó que era yo —intervino colérico míster Ives, el joyero, avanzando hacia Shoat desde el segundo plano en que se encontraba—, yo en persona, cayó rodando del armario al suelo.

—¿Qué hacía usted allí? ¿Quién lo metió en el armario?

Ives lanzó un bufido.

—Vaya unos policías —gruñó—. Sólo saben hacer preguntas y más preguntas. ¿Qué hacía allí? —preguntó a su vez—. ¿No acaba de oír que estaba atado y amordazado? No creería que estaba esperando a algún amigo para jugar al póker, ¿eh, teniente? —preguntó con sorna—. Y en cuanto a su segunda pregunta, le diré que en mi vida había visto al hombre que me atacó. Me llamó minutos antes por teléfono, rogándome que viniera a ver unas joyas que deseaba vender. Cuando entré en su habitación, que era la trescientos ochenta y seis, me di un golpe en la cabeza, y eso es todo, ¿qué le parece? ¿Me puedo marchar?

—Me temo que no, míster Ives —replicó Shoat cortésmente—. Me ha explicado muy bien cómo lo encontraron a usted, pero no cómo descubrieron los dos asesinatos.

—Eso fué cosa mía —contestó el gerente—. Míster Ives me dijo que había venido al hotel a ver unas joyas que iba a venderle el huésped de la habitación trescientos ochenta y seis. Yo le hice ver que la habitación donde le habían encontrado a él era la trescientos ochenta y cinco, pero él me juró que había mirado el número al entrar, y que era la trescientos ochenta y seis. En vista de eso, miramos la puerta, y efectivamente, el número que hay en ella es éste, pero es porque alguien ha cambiado los números.

—¿Quiere usted decir que alguien ha puesto el número 385 a la habitación 386, y viceversa? —preguntó Shoat con interés.

—Eso mismo, señor —contestó el gerente—. Le ha bastado cambiar la última cifra, porque las otras dos son iguales. No sé con qué objeto lo haría...

—Yo creo que me lo figuro —replicó Shoat—. Seguramente sabía que se iba a realizar la venta de las joyas y quiso atraer a míster Ives a su habitación para luego hacerse pasar por él y llevárselas. ¿Quiénes ocupaban esas habitaciones?

—Míster Alvin Oakley llegó el primero —dijo el gerente, consultando una nota que tenía en la mano—. Se le dio la habitación número 386. Luego llegó el otro. Se inscribió con el nombre de... —Miró nuevamente la nota—... de míster Cortera Miers, y dijo que acababa de desembarcar.

—Probablemente será falso —dijo Shoat—, y el gerente continuó:

—Dijo al encargado del «comptoir» que le dijese qué habitaciones tenía libres entre la trescientos ochenta y la trescientos noventa, y eligió la trescientos ochenta y cinco...

—Para estar junto al otro —interrumpió Monroe—. Se conoce que tenía los detalles planeados de antemano.

—Conque en vista de lo que míster Ives nos decía y del cambio de números —prosiguió el gerente, dando a entender claramente con un gesto que le molestaba tanta interrupción—, fuimos a la habitación 386. La puerta estaba abierta y nos encontramos en ella dos cadáveres. Uno era el de un chino, como le he dicho, y el otro el de míster Alvin Oakley. Éste estaba sobre la cama, apuñalado.

—¿Usted lo vio, míster Ives? —preguntó Shoat al joyero.

—Sí, señor —replicó éste—. Y puedo asegurarle que no era el mismo que me atacó, si es esto la que quiere usted saber. Me fijé bien en ambos. Eran de la misma estatura, aproximadamente, pero sus rostros diferían bastante entre sí.

—Bien —decidió Shoat—. Vamos arriba. Usted, míster Ives, puede marcharse. Si le necesito, ya le citaré en Jefatura.

Míster Ives salió de estampida, mientras Shoat, seguido de Monroe y sus muchachos del equipo de huellas dactilares, el gerente del hotel y algunos curiosos, se lanzó escaleras arriba, no pudiendo, en su impaciencia, detenerse a esperar el ascensor.

Era un hombre activo Mike Shoat. A la edad de treinta años había llegado a ser uno de los más apreciados oficiales de la Policía

de San Francisco, lo cual hablaba bien claro de su inteligencia y valor. Los más intrincados y difíciles casos se le encomendaban a él, y sus jefes tenían mucha confianza en su práctica y habilidad. Todo esto enorgullecía a Shoat, pero, al mismo tiempo, le causaba muchas molestias.

El gerente, adelantándose a ellos, abrió la puerta de la habitación y encendió la luz. Shoat y los demás entraron, cerrando la puerta tras ellos, ante las narices de algunos curiosos que habían acudido al lugar del suceso.

Shoat abarcó la estancia con una rápida mirada. El lecho estaba frente a la puerta, entre dos ventanas. A la izquierda se abría una puerta que debía conducir al cuarto de baño, y ante ella estaba tendido, boca abajo, un hombre inmóvil.

El gerente lanzó un grito de sorpresa, y antes de que explicase lo que había llamado su atención, Shoat sabía ya lo que era, porque él también había observado que encima de la cama no estaba el cuerpo del hombre que había yacido en ella, apuñalado.

El gerente le miró, señalando la cama, con mano temblorosa.

—Le juro que estaba ahí, teniente —dijo con voz trémula—. Lo vi bien, y también lo vio míster Ives. No podemos habernos equi...

—No se preocupe por eso —replicó Shoat, que había avanzado hasta la cama—. La colcha está empapada de sangre, y eso me basta para saber que es verdad. Monroe, comienza a actuar. Sácame todas las huellas que encuentres. Será conveniente que explores también el cuarto de baño. Ya sabes, la rutina de costumbre. Avísame cuando acabes.

Se sentó cómodamente en un sillón, fumando un cigarrillo, mientras cavilaba intensamente. El gerente lo contempló un poco asombrado de que pudiera estar tan tranquilo en presencia de aquel siniestro misterio, sin pensar en que aquello era para Shoat el pan nuestro de cada día.

De pronto los ojos del teniente se clavaron en la pared. La pintura y el yeso de la superficie habían caído al suelo, junto a la puerta, dejando, cerca del techo, una huella del tamaño de la palma de la mano, en cuyo centro se veía un agujero.

—Que me maten si eso no lo ha hecho una bala —murmuró.

Subiéndose a una silla, metió el dedo meñique en el agujero, tropezando en seguida con un cuerpo duro. Valiéndose de una

navaja extrajo el proyectil, que había quedado incrustado en la pared.

Jugando con él, tornó al sillón, y se sentó a esperar el final de los trabajos de Monroe.

Éste y sus ayudantes no habían dejado por explorar ni una sola superficie pulimentada donde pudiera haber quedado marcada alguna huella, y durante un buen rato Shoat oyó los ahogabas estampidos del magnesio de sus cámaras fotográficas.

—Ya hemos terminado, Mike —anunció Monroe al cabo de un rato.

—Bien —dijo éste, levantándose de su asiento—. Haz lo mismo en la habitación donde encontraron al joyero. El gerente te acompañará.

Quería quedarse solo para explorar a sus anchas la habitación.

Primero se inclinó sobre el cuerpo del hombre que yacía muerto en el suelo, junto a la puerta del baño, y lo volvió boca arriba. Al hacerlo así, el brazo derecho del muerto, que había quedado oculto por su cuerpo al caer al suelo, quedó al descubierto, y Shoat, con un silbido de sorpresa, comprobó que empuñaba una pistola.

Envolviéndola en un pañuelo, se la arrancó de la mano con cierta dificultad. Era una «*browning*» del siete sesenta y cinco, y comprobó que faltaba en ella un proyectil.

—Seguramente el que acabo de sacar de la pared —murmuró, colocando el arma sobre la mesa, procurando no tocarla—; pero entonces, ¿quién lanzó el puñal? ¿Sería el individuo que se llevó las joyas?

Porque estaba seguro de que se las habían llevado; y, en efecto, una cuidadosa investigación que realizó en la estancia no le permitió descubrirlas. En cambio encontró una funda gris, perteneciente sin duda alguna a un maletín, y se la guardó en el bolsillo.

Monroe regresó en aquel momento, refunfuñando.

—¿No ha habido suerte, Mon? —le preguntó el teniente.

—Ninguna. El tipo ese ha dejado todo más limpio que una patena. No hemos conseguido encontrar una sola huella.

—No te preocupes por eso, querido —replicó Shoat sonriendo—. Mira a ver si encuentras algo en esa pistola.

Monroe sacó las huellas que habla en el arma y luego se acercó a

Shoat.

—¿Has hecho tu composición de lugar, Mike? —le preguntó.

—Sí —replicó éste—, pero espero que me des las huellas para confirmar mi suposición.

—¿No miras en la otra habitación?

—¿Para qué? —replicó el teniente, encogiéndose de hombros—. Tengo ya mi teoría, y sólo me falta que reveles esas huellas.

—¿Has estado en el cuarto de baño? —preguntó Monroe—. Hay señales de lucha.

—Ya las he visto. Seguramente lucharon el chino ese que está ahí muerto y el otro ladrón que se llevó las joyas. Al fin y al cabo, no le dio resultado su estratagema de hacerse pasar por el joyero y tuvo que apelar a la fuerza. Bien, Aquí ya no hay nada que hacer. Vámonos.

Media hora después, Shoat se encontraba ante el inspector Seamann para comunicarle el resultado de sus investigaciones.

Con sus propias observaciones y las recogidas por el sargento Blesing, a quien había mandado investigar en la escalera de incendios que había junto a la ventana del cuarto de baño, para terminar en el callejón, se había fraguado ya una historia que sólo esperaba las huellas que había sacado Monroe para confirmar que se acercaba a la realidad de lo ocurrido.

—¿Has encontrado algo, Shoat? —preguntó el comandante.

—Bastantes cosas, señor; pero permítame esperar a que venga Monroe antes de comunicárselas. Hay dos o tres detalles que quisiera comprobar por las huellas que él traiga.

Durante media hora más charlaron de cosas triviales. Luego Shoat, acordándose de repente de su esposa, se dirigió al teléfono y la llamó a casa de sus amigos, donde se celebraba la fiesta, diciéndola que en seguida iría a recogerla.

Monroe entró al fin. Llevaba en la mano varios cartones, que situó ante el comandante. Shoat se inclinó sobre su espalda mirando aquellas huellas y sonrió al ver comprobada su hipótesis, oyendo las explicaciones de Monroe.

—Ahora puedo explicar lo ocurrido, y estoy seguro de no equivocarme ni tanto así —dijo haciendo una señal con su dedo índice—. Ese Alvin Oakley llegó con las joyas. Quería venderlas y llamó a míster Ives, pero el otro, que como usted puede ver es un

individuo llamado Lanham Cheson, según ha comprobado Monroe en sus archivos, oyó su conversación con el joyero. Entonces cambió los números de las habitaciones y agredió a míster Ives. Pensaba hacerse pasar por él y llevarse las joyas tranquilamente luego de hacer con Oakley lo mismo que hizo con el joyero. Ese Oakley no debe tener antecedentes, porque sus huellas no están registradas, como las de Lanham, ¿no es así, Monroe?

—Exacto —confirmó éste.

—De todas formas, debe usted enviarlas a Nueva York y Washington por si acaso —aconsejó Shoat al comandante—. Las cosas no le salieron a Lanham tan bien como había pensado, porque le atacaron dos individuos. Probablemente pensaban hacer lo mismo que él, y le atacaron cuando entró en la habitación. Quizá entonces ya hubieran apuñalado a Oakley, o quizá lo hicieron después; pero el caso es que, al verse sorprendidos por Lanham o éste por ellos, lucharon. Lanham dejó a uno de ellos fuera de combate en el cuarto de baño, y cuando se dirigía a la puerta, el otro disparó sobre él.

—¿No pudo ser Lanham quien mató a Oakley? —preguntó el inspector.

—Es posible —replicó Shoat— pero me inclino a creer que fueron los chinos, y que Lanham los sorprendió. Al principio creí que era uno solo, pero las huellas que nos ha traído Monroe me han convencido de que había dos. El otro logró escapar por la escalera de incendios.

—¿Y Oakley?

—Siguió el mismo camino. Debía estar malherido, y cuando recobró el conocimiento pensó que no le convenía que le encontrasen allí. No sé el motivo, pero ya lo averiguaremos en cuanto le encontremos. Así es que salió por la escalera de incendios. Blesing ha encontrado en ella manchas de sangre. Además, Oakley estaba sin gabardina cuando el gerente y míster Ives entraron en la habitación, y yo no he encontrado ésta en mi registro.

—¿Quién supones que se llevó las joyas?

—Lanham. Es casi seguro —dijo Shoat—. Hay algunos puntos oscuros en mi relato, pero los aclararemos cuando consigamos detener a Lanham Cheson.

—No es nada fácil eso —dijo Monroe—. A estas horas estará ya

lejos de San Francisco.

—Puede que sí y puede que no —replicó Shoat—. Por lo pronto, voy a hacer vigilar las estaciones, las carreteras y los aeródromos. Luego trataré de encontrar a ese Oakley. Si ha sido asistido en algún sitio, no me será difícil.

En aquel momento sonó el timbre del teléfono. El inspector tomó el auricular y en seguida alguien comenzó a hablarle con voz trémula. Shoat y Monroe notaron la emoción de su interlocutor, así como las muestras de asombro que se pintaban en el rostro del inspector Seamann.

Al fin éste colgó el auricular y se encaró con Shoat, terriblemente pálido.

—Era el aeródromo —dijo, refiriéndose a la llamada—. Me comunican que el avión que salió para Nueva York hace unos segundos, acaba de explotar en el aire apenas ha despegado. Todos sus ocupantes y tripulación han muerto —agregó con voz ronca—. Shoat, veté inmediatamente al aeródromo. Deja el otro asunto en mis manos. Encargaré de él a Rudolf.

—Vaya nohecita —replicó el teniente—. Y mi esposa esperándome... Bueno, jefe, ¿no puede haber sido una cosa casual? Me refiero a lo de la caída del avión.

Shoat tenía la esperanza de que así fuera para poder ir en busca de su mujer, tal y como la había prometido; pero su última esperanza se desvaneció ante las palabras del inspector:

—No ha sido casual, Shoat. Vete inmediatamente. Yo mismo iré a buscar a tu mujer y la llevaré a casa. El avión ha caído porque una bomba ha explotado dentro de él, y supongo que alguien la pondría. El piloto no murió en seguida, y por sus declaraciones se sabe que era una bomba de extraordinaria potencia.



En todos los buenos quioscos venden

AVENTURAS DEL F. B. I.

**Los malos quioscos venden malos
cuadernos infantiles**

III

ANDANZAS



UANDO salió del Hotel Buenavista, Lanham tomó un «taxi» en la primera parada que encontró y se hizo conducir a un pequeño apartamento que poseía en South San Francisco, en una apartada callejuela, cercana a la dársena del Sur, donde solía retirarse después de cada uno de sus golpes para meditar lo que le convenía hacer.

Esta vez sabía bien cuál era el paso siguiente que debía dar. Seguramente a aquellas horas, otros enemigos suyos, más peligrosos que la misma Policía, estaban ya sobre su pista y no tenía un minuto qué perder. Había planeado cuidadosamente el asunto, pero no contaba con la intromisión de aquellos dos chinos, que, seguramente, representaban a alguien, muy poderoso, que tenía también interés en hacer pasar las joyas a su poder.

Sabía que dentro de media hora partía un avión para Nueva York y pensaba decir adiós a San Francisco a bordo del mismo, porque los aires del viejo Frisco serían más que peligrosos para él

de ahora en adelante. A quien menos temía era a la Policía. Ésta es muy legalista, y si le cogía, lo más que le podía ocurrir era tirarse una temporada a la sombra, pero había otros enemigos. En primer lugar, el propio Ling-Tse-Chiang, el poderoso autócrata del barrio chino, a quien iban destinadas las joyas, que no tardaría en poner en pie de guerra a sus innumerables espías, para dar con el hombre que tan audazmente le arrebató las joyas de su familia, y, en segundo lugar, el hombre que ordenó a los dos chinos seguir a Alvin y apoderarse de las alhajas.

Cuando se apeó del «taxi», dos manzanas más allá de su casa de la calle B y siguió andando hasta llegar a ella, con el maletín fuertemente asido, no se percató de que era seguido por el chino, que no le había perdido de vista desde su salida del hotel.

Apenas Lanham se perdió en las profundidades del sucio y maloliente portal, el oriental penetró tras él, dispuesto a enmendar el yerro anterior, antes que presentarse ante su jefe con las manos vacías.

Cuando subía la estrecha y rechinante escalera, Lanham tuvo la evidencia del peligro que marchaba tras él a paso de lobo. Un sexto sentido le llevó el aviso, y Lanham, que confiaba mucho en sus corazonadas, se tiró al suelo, sin saber por qué, obedeciendo sólo a un impulso misterioso e irrazonado, que, en aquella ocasión, le salvó la vida.

Algo pasó silbando junto a su cabeza, recibiendo un rayo de luz de la bombilla colocada en el rellano superior de la escalera. Luego, el puñal, agudo como una aguja, se clavó en la pared, osciló un momento y al fin cayó al suelo.

Lanham se lanzó escaleras arriba sin abandonar el maletín, abrió rápidamente la puerta de su casa y se metió en ella, cerrando la puerta tras él, mientras el chino, viendo fracasado su segundo intento, corría a telefonar a su jefe para recibir órdenes.

Aquel ataque acabó de convencer al ladrón de que debía abandonar San Francisco sin la menor demora. Precipitadamente recogió algunas ropas, que metió en un maletín y, sin entretenerse en abrir el que contenía las joyas, para cerciorarse de su contenido, abandonó la casa.

Bajó la escalera con precaución, temiendo que, su atacante estuviese emboscado en ella, para enmendar su fallo, pero no

ocurrió nada. Si a embargo, algo indefinible seguía avisando a Lanham de la presencia de un peligro y, en previsión de lo que pudiera ocurrir, extremó sus precauciones.

Llegaba ya al final de la escalera, cuando un automóvil de gran potencia se paró frente a la puerta de la calle. Lanham se detuvo, rígido, buscando con la mirada un lugar donde ocultar el maletín de las joyas. De pronto lo encontró. Era una especie de cajón de madera, empotrado en la pared, que resguardaba el contador del agua de la casa. Lo abrió precipitadamente, metiendo el maletín a presión, en aquel estrecho espacio. Luego continuó su marcha hacia la calle. Ahora, su vida estaba relativamente segura, porque nadie intentaría matarle mientras mantuviese en secreto el lugar donde guardaba las alhajas.

El automóvil había desaparecido de la puerta, pero aquello no tranquilizó a Lanham. Aparentemente tranquilo, se acercó a la puerta..., pero alguien estaba en ella, cortándole, la salida.

Lanham sonrió. Ante él encontraba un oriental, vestido a la europea, con ropas tan mal cordadas, que parecían colgar de su cuerpo, dándole tan aspecto ridículo, pero el ladrón no se dejó engañar por aquel aspecto, ni por la sonrisa que asomaba bajo los largos bigotes del chino, ni mucho menos por su voz meliflua, porque conocía muy bien a Ling-Tse-Chiang y sabía que era un hombre sumamente peligroso, sin cuyo permiso no se movía una paja en el barrio chino de San Francisco.

Hijo de una noble y antigua familia del país donde más nobles y antiguas son las familias, Ling-Tse-Chiang había llegado a Norteamérica treinta años antes, para estudiar leyes, y ya no se movió de allí. Simpatizaba con América, simpatizaba con los americanos y le gustaba, sobre todo, la extraordinaria libertad de que se disfrutaba en los Estados Unidos, que contrastaba tan fuertemente con la rígida etiqueta imperante en China.

En poco tiempo se creó en Chinatown un buen prestigio y, en el momento actual, podía decirse que reinaba allí, sobre los miles de hijos del Celeste Imperio que moraban en San Francisco.

Era de gran utilidad a las autoridades, y más de un malhechor había caído en manos de la Policía gracias a sus consejos o a sus informes, pero en no pocas ocasiones su casa había sido el refugio de otros a quienes nunca, se pudo encontrar. En una palabra,

encendía una vela a Dios y otra al diablo, pero era influyente y poderoso, y las autoridades hacían un poco la vista gorda ante algunas de sus actividades, porque Ling compensaba con creces aquella especie de pasividad.

Todo esto lo sabía Lanham, como lo sabían todos los maleantes y habitantes de los barrios bajos de San Francisco, pero nadie se atrevía a pedirle cuentas de sus relaciones con la Justicia, porque sabían que el que tal hiciera podía despedirse de la vida, lograrse o no sus propósitos.

Era pequeño y rechoncho. Su cara de luna llena sonreía plácidamente debajo de su sombrero hongo, reminiscencia de sus tiempos de Universidad, y hablaba con voz baja y suave, agradable y convincente... para quien no le conociera lo bien que le conocía Lanham, que más de una vez había trabajado para él. Fué con ocasión de uno de estos trabajos, cuando se enteró de que Alvin Oakley iba a llegar de Formosa, portando las joyas de la familia Tse-Chiang, que el hermano de Ling logró sacar de China antes de que los ejércitos de Mao-Tse-Tung pudieran apoderarse de ellas. Alvin había sido comisionado por el chino para llevarlas de Formosa a San Francisco, y en el cerebro de Lanham se forjó la idea de apoderarse de ellas en beneficio propio.

¿Cómo había podido el chino enterarse tan pronto de quién había sido el ladrón y su paradero?

De momento, esto constituía un misterio para él, pero quizá pudiera enterarse...

La voz amable y dulce de Ling-Tse-Chiang cortó el hilo de sus rápidos pensamientos.

Hablaba un inglés correctísimo, en el que apenas se notaba un ligero acento extranjero.

—¡Oh! Pero sí es míster Lanham —decía—. ¡Qué afortunada casualidad! Es para mí un placer volver a verle.

Lanham fué a decirle que para él no lo era, pero se contuvo.

—¿Me buscaba usted? —preguntó.

—Sí, sí. Claro que sí —replicó el oriental—. Quería preguntarle algo... si es que puede concederle unos minutos a este humilde amigo suyo.

Lanham entendió la orden que encerraban aquellas palabras. En realidad, Ling había querido decir: «Tienes que contestar a unas

preguntas que voy a hacerte, así es que disponte a hacerlo».

—Claro que dispongo de tiempo, míster Ling —replicó—. De tanto tiempo como usted desee. ¿Qué quiere de mí?

Estaban en el portal de la casa. Ling señaló la calle con una sonrisa.

—Tengo, ahí fuera mi humilde coche. Si usted quisiera acompañarme a él podría llevarle a dónde vaya.

Era una orden, en realidad, y Lanham la obedeció. Ambos salieron a la calle. Lanham percibió con el rabillo del ojo a varios chinos que trataban de ocultarse a su vista y se dijo que no se había equivocado al pensar que Ling tendría las espaldas bien guardadas.

El chofer, chino también, les abrió la puerta. Ling le dio una orden en su idioma vernáculo.

—¿Qué le ha dicho? —inquirió Lanham, inquieto.

—Que de unas vueltas por ahí, mientras usted y yo charlamos amigablemente —repuso Ling.

El coche rodó durante un buen rato, antes de que el chino volviese a hablar. Lanham espera pacientemente.

—Verá usted, Lanham —dijo, al fin, Ling—: el caso es que un amigo mío ha perdido unas joyas. Unas joyas de familia que él tiene en gran estima y yo pensé que quizá usted pudiera darme alguna noticia de ellas.

—Y ¿por qué ha pensado usted eso de mí? —preguntó el ladrón, más intranquilo de lo que quería confesar, ante la suavidad de Ling.

—Estoy seguro de que usted no es ajeno a la pérdida de las joyas. Míster Lanham —repuso Ling, con suavidad—. Alvin intentaba quedarse con ellas en beneficio propio, y entonces, usted, que siempre ha sido un buen amigo mío, se las quitó para devolvérselas al pobre Ling, que las tiene en tanta estima, ¿no es así?

Lanham le miró asombrado. Aquel hombre era una especie de diablo que, al parecer, lo sabía todo. Comprendió que Ling, que seguía sonriendo plácidamente, acababa de darle una salida, con aquella sugerencia. No obstante, repuso:

—Supongamos que sé dónde están las joyas, míster Ling. Supongamos también que fui yo quien se apoderó de ellas en beneficio suyo, ¿qué ganaría yo con devolvérselas?

—Ya había pensado en ello —replicó Ling—. Si las joyas no

aparecen, pondré un anuncio en el periódico ofreciendo veinte mil dólares a quien me las devuelva. Ese dinero podría ser para, usted.

—¿Y si me niego a decirle dónde están?

Ling acentuó su sonrisa, enseñando unos dientes blanquísimos.

—Usted es un hombre inteligente, Lanham, y no hará eso, ¿verdad que no?

La amenaza era tan palpable, que Lanham se estremeció. Pareció recapacitar unos momentos. Estaba descubierto. Conocía y temía a Ling y sabía que ya no podía contar con las joyas; por tanto, se decidió en seguida. Al fin y al cabo, eran veinte mil dólares.

—Está bien, Ling —dijo, volviéndose hacia su Interlocutor—. Acepto. ¿Tiene el dinero?

Por toda contestación, Ling sacó una abultada cartera del bolsillo y separó de ella veinte billetes de mil dólares, que puso en las manos de Lanham.

—Con hombres como usted da gusto tratar de negocios —dijo—. Hubiera podido sacarle el lugar donde escondió las joyas. Ya conoce usted mis métodos, ¿verdad? —Lanham se estremeció—. Pero no quiero dar al asunto demasiada publicidad. ¿Dónde están?

—Las metí en el registro del agua de la escalera —replicó Lanham, temblándole la voz.

Ling se incorporó en su asiento, dando una orden al chofer, y el automóvil paró inmediatamente junto al borde de la acera.

—Ahora váyase usted, Lanham, y siga mi consejo. Lárguese de San Francisco. Está un poco pálido y le conviene cambiar de aires. Yo me iría ahora mismo al aeródromo. Sale otro, avión dentro de pocos minutos y quizá llegue aún a tiempo.

Lanham, espantado, se apeó del coche, pero ya tenía la mano en la portezuela para cerrarla, cuando la abrió de nuevo y preguntó a Ling:

—¿Cómo se enteró de que Alvin intentaba traicionarle y que fui yo quién le robó las joyas?

—Ha sido para mí como un juego de niños —replicó Ling—. Había enviado a mi chofer con este coche al puerto a recoger a Alvin, pero cuando éste despreció mi humilde automóvil y tomó un «taxi», mi chofer le siguió a él, a los otros y a usted. Luego me dijo dónde estaba Alvin. Llegué tarde para impedir su muerte, pero me fué fácil seguirle a usted la pista por el «taxi» que le llevó a casa. Y

ahora que su curiosidad está satisfecha, repito mi consejo. Nueva York está deliciosa en esta época del año y allí no tiene nada que temer de Casey Barnett.

El automóvil se alejó, dejando a Lanham en la acera, asombrado. Luego jera Casey Barnett el que había lanzado a aquellos individuos contra Alvin!

Un nudo se le hizo en la garganta, y llamando al primer «taxi» que pasó a su lado, dio la orden al chofer de conducirle al aeródromo. Aquello se estaba poniendo demasiado al rojo para poder seguir en San Francisco.

De un lado, Ling, y del otro, Casey, ambos detrás de la misma tajada. Aquello significaba la guerra entre Oriente y Occidente, en minúsculo campo de batalla, y él no quería encontrarse en medio, cuando se diera la orden de ataque.

Casey Barnett era un hombre cuya poderosa personalidad emanaba vitalidad.

Alto, fuerte, hercúleo, sin una gota de grasa en su organismo más de la necesaria, vestía impecablemente y lanzaba sonrisas a diestro y siniestro.

Era propietario del Miami, el más lujoso «nigth-club» de San Francisco, y aunque el negocio le dejaba pingües beneficios, lo hubiera dejado ya si no fuera porque servía de tapadera a otros negocios no tan limpios, pero enormemente más productivos.

Sus movimientos eran elegantes y su rostro simpático, sobre todo cuando dirigía algún saludo a alguno de los numerosos habituales al «cabaret», pero sus hombres sabían que aquella sonrisa tenía el don de helarse cuando a Casey le venía en gana, y aquello era presagio de muerte para quien hubiera provocado el cambio.

El «hall» del Miami relucía como una brasa a la luz de las incontables bombillas de sus enormes y costosas arañas de bronce y cristal.

Varios ordenanzas y camareros se ocupaban de recibir a las personas que llegaban a su puerta en coche, de despojarles de sus prendas de abrigo y de colocarlas, en fin, en las mesas reservadas de antemano.

Debajo de su máscara de tranquilidad, Casey estaba nervioso y

lanzaba frecuentemente miradas a su reloj de pulsera.

Al fin no pudo contenerse, y dijo al hombre que tenía al lado:

—Leary, vamos a mi despacho.

Una vez en él, dio rienda suelta a su impaciencia.

—¿Qué habrá ocurrido? —preguntó en voz alta, mientras paseaba a grandes zancadas de un lado a otro de la amplia habitación—. Hace ya dos horas que nos avisó Wong la llegada de Alvin con las joyas y aún no sabemos nada.

Leary intentó tranquilizarle, pero la oratoria no era su fuerte. En realidad, no servía más que para manejar la pistola y el «ukelele» cuando Casey se lo ordenaba, sin pararse a pensar en el porqué de la orden, y era por esto, precisamente, por lo que el «boss» le tenía a su servicio.

Transcurrió aún un buen rato antes de que el teléfono comenzase a sonar.

Casey se lanzó hacia él y la voz de la telefonista del club se dejó oír al otro del hilo:

—Es Wong, que quiere hablar con usted, míster Barnett. Le pongo.

—¿Es usted, jefe? —preguntó la voz de Wong.

—Sí, ¡maldito seas! ¿Qué ha ocurrido? ¿Salieron bien las cosas?

—Hubielan salido si un hombre no se hubiela metido pol medio, jefe —replicó el chino—. Mató a mi helmano y se llevó las joyas y luego se fué al númelo cualenta y dos de la calle B, en South San Francisco.

—¿Está allí ahora? —Tornó a preguntar Casey, más nervioso cada vez al comprobar el fracaso de sus hombres.

—Estuvo poco lato, señol —dijo Wong—. Se ha ido en un glan automóvil con Ling-Tse-Chiang y no ha leglesado aún.

—¿Llevaba el maletín?

—Llevaba uno, pelo no ela el que tenía las joyas.

—Está bien. ¿Desde dónde me llamas?

—Desde enflente de la casa.

—No te muevas de ahí. Dentro de unos minutos llegaremos nosotros. Procura vigilar, Wong, o te mato.

Colgó el auricular y se volvió hacia Leary.

—Las joyas están en poder de Ling-Tse-Chiang —dijo—. O si no lo están, lo estarán en seguida. Wong y su hermano han fracasado.

Alguien robó las joyas y luego se entrevistó con Ling.

—Pues si las tiene éste despídase de ellas —comentó Leary, que no ignoraba el poder del chino.

—¿Despedirme? ¿Crees que voy a dejarme despojar de ellas sin lucha? Vamos, Leary. Esas joyas valen un millón de dólares, mal pagadas y te aseguro que serán para mí.

Leary movió la cabeza escépticamente, mientras Casey se ponía una gabardina encima de su traje de etiqueta.

—Vamos —dijo, y su secuaz le siguió sin preguntar nada.

Un «Cadillac» azul oscuro esperaba en la puerta trasera del club y Casey se sentó al volante, con Leary a su lado.

Pocos minutos después desembocaban en la calle B, en el mismo momento en que un enorme automóvil de color negro se perdía por el otro extremo.

Wong corrió hacia Casey apenas vio aparecer su coche. Su rostro tenía evidentes señales de excitación.

—¿Qué ocurre ahora, Wong? —le interrogó Casey.

—Ling leglesó después de hablál yo con usted. Entló en la casa y salió en seguida. Su «auto» acaba de desapalecel pol aquella esquina. Llevaba el maletín de las joyas, pelo sin la funda.

Casey reflexionó unos minutos.

—Está bien, Wong —replicó—. Sube al coche.

Cuando regresaban al Miami, el chino intentó justificar su fracaso, pero Casey le atajó rápidamente, mientras fijaba su atención en las señales del tráfico.

—Está bien, Wong. Vosotros hicisteis lo que pudisteis. Ha sido ese intruso quien nos ha estropeado la combinación, y te juro que, como le eche la vista encima... ¿Sabes quién era?

—No señol. No le conozco —repuso el chino.

Estaban parados al nivel de otros automóviles, esperando a que se abriera una señal luminosa para seguir su marcha, cuando Wong se adelantó hacia Casey muy excitado.

—Mile, jefe —dijo, rápidamente—. Es ese «taxi» que está a la izquielta. El hombre que va dentlo es el que nos atacó en el hotel.

Casey miró hacia el lugar que el chino le indicaba. Dentro del vehículo, Lanham se consumía de impaciencia, deseando llegar al aeródromo cuanto antes. Sabía que Casey actuaba rápidamente, y si había logrado enterarse de quién era la persona que le estropeó el

negocio, ¡pobre de él!

La señal luminosa se abrió y el «taxi» se lanzó hacia adelante, en unión del resto de los coches. Casey procuró no perderle de vista.

—Es nuestro gran amigo Lanham, Leary —dijo—. ¿Estás seguro de que ése era él?

—Claro que sí. Me dio tres puñetazos —replicó el chino—. Yo dalia glucias a Buda si podel coblármelos.

—Me parece que vas a poder —dijo Casey—. Lanham va al aeródromo. Ling debe haberle dado dinero y procurará salir de San Francisco. No debe salir, ¿lo oyes, Wong? Arréglatelas como puedas, pero ese hombre debe morir por habernos estropeado la combinación. Emplea el procedimiento que quieras, pero llévame la noticia de su muerte. Nadie juega con Casey Barnett y menos un ladrón de poco pelo como Lanham Cheson.

Llegaron al aeródromo. Casey estacionó su automóvil debajo de unos árboles, desde donde observaron cómo Lanham bajaba del «taxi» y se dirigía hacia las taquillas.

Wong se deslizó fuera del automóvil, corrió hacia él y pudo oír la excitada voz de Lanham que preguntaba al empleado de la ventanilla a qué hora salía el primer avión de San Francisco.

—¿Para dónde? —inquirió el empleado.

—Para donde sea. Me es igual —replicó Lanham, y el otro pensó que estaba loco.

—Si hubiera llegado usted cinco minutos antes habría podido tomar el último de Nueva York —fué la respuesta—. Ahora, ya no tiene avión hasta dentro de una hora, que sale uno para Nueva Orleáns.

—Ése me conviene. Déme un billete para él.

Era cuanto Wong deseaba oír. Volvió de nuevo junto a Casey y le informó de cuánto había oído.

—Una hora —rezongó Casey—. Tenemos tiempo de sobra. Sube, Wong. Ya sé cómo vamos a hacerlo. Es peligroso, pero seguro. Tú has fracasado y tú lo harás; pero procura no fallar otra vez, porque te cuesta la vida.

Poco después llegaban de nuevo al Club. Durante el viaje, Casey no dejó de mascullar maldiciones contra Lanham, amenazando al chino con matarle si acumulaba otro fracaso sobre los dos anteriores.

Wong penetró con ellos por la puerta posterior, alejada de los anuncios luminosos de la fachada. Hasta ellos llegó débilmente la música que desgranaba la orquesta, cuando Casey abrió la puerta.

Poco después, Wong salía de nuevo, acompañado de Leary. Éste se sentó al volante y el chino se acomodó a su lado, dejando sobre sus rodillas, con exquisito cuidado, un paquete que llevaba.

—Ten cuidado con eso, Wong —dijo Leary, poniendo en marcha el vehículo—. No quiero verle la cara a Buda antes de tiempo.

Wong rió silenciosamente estas palabras.

Ha salido

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡ARGUMENTOS EMOCIONANTES!

¡DIBUJOS DE UN GRAN MAESTRO!

PRECIO: ¡1.25 pts.!

III

EL PÁJARO HERIDO



L enorme cuerpo metálico del avión retemblaba ligeramente bajo el influjo de sus cuatro poderosos motores en marcha. Era un «Faichild-Parkett», que se disponía a partir para Nueva Orleáns.

Los pasajeros estaban ya en sus puestos y los empleados del aeródromo habían retirado ya la escalera portátil que servía para llegar a sus entrañas desde el suelo.

El piloto accionó los mandos y el enorme pájaro se deslizó suavemente por la pista de cemento, hacia el extremo de la misma. Una vez allí, dio media vuelta, enfiló la pista y comenzó, a moverse hacia adelante, cada vez con mayor velocidad, entre la doble hilera de luces colocadas en el suelo, que le marcaban el camino, hasta que sus ruedas se despegaron del suelo.

En aquel momento, Lanham penetraba en el aeródromo, dándose cuenta, descorazonado, de que había perdido el avión que

debía sacarle del avispero. Era el último que partía, aquella noche de la ciudad, lo cual significaba que tendría que pasar en ella otra noche más.

Wong se retiraba hacia el coche, que, ocupado por Leary, le estaba esperando a poca distancia del aeródromo, cuando vio al ladrón, y la sonrisa que llevaba en los labios se apagó de pronto, al comprobar que el riesgo que había corrido había sido inútil.

Lleno de ira mal contenida, se dirigió hacia el coche barbotando maldiciones, mientras Lanham contemplaba desesperado al avión, que comenzaba a ganar altura, alejándose del aeródromo, mientras sus luces de posición parpadeaban en la noche sin luna.

Rojo, verde, blanco; rojo, verde, blanco; las luces se encendían y apagaban alternativamente, mientras se extinguía paulatinamente el ruido de sus motores.

Pasa por encima de la torre de señales y el piloto balanceó ligeramente el aparato en señal de despedida.

De pronto surgió del avión una llamarada, seguida de una horrrisona explosión, que llenó el ámbito de la noche con su ruido.

Lanham y los empleados del aeródromo, que ya se retiraban hacia los hangares, contemplaron horrorizados, a la cárdena luz de la terrible explosión, cómo el avión saltaba hecho mil pedazos. La distancia les impidió oír los gritos de agonía de los pasajeros que no murieron inmediatamente por la explosión. Luego, los restos del aparato cayeron a tierra a velocidad creciente, lanzando zumbidos antes de estrellarse contra el suelo, pocas yardas detrás de la torre de señales, a continuación, el silencio envolvió de nuevo el aeródromo, pero sólo durante un segundo, porque inmediatamente comenzaron a sonar las sirenas de las ambulancias que se dirigían al lugar de la catástrofe, aunque las esperanzas de recoger algún superviviente eran nulas.

Varios reflectores iluminaron inmediatamente el lugar donde habían caído los restos del aparato, y los que los contemplaron pudieron percatarse de la magnitud de la tragedia.

Los restos del avión y de sus ocupantes estaban desparramados en un perímetro de más de trescientas yardas. Restos metálicos y de madera, mezclados con piltrafas de carne y pingajos de ropas manchados de sangre, era cuanto quedaba del soberbio aparato que segundos antes hendía orgulloso la atmósfera.

Un cuarto de milla más allá, Leary puso el motor en marcha y comentó:

—Ya está hecho, Wong. ¿Has tenido muchas, dificultades para poner la bomba?

—Ninguna —replicó el chino—. Pelo Lanham no iba en el avión.

El brusco frenazo del «Cadillac» lanzó a Wong hacia adelante, haciendo chocar su cabeza contra el parabrisas.

—¿Qué has dicho, hijo de Satanás? —preguntó Leary, con voz ronca—. No gastes esas bromas o...

—Wong no blomeal —replicó el chino—. Lanham peldio el avión. Lo vi cuando el pájalo ya estal volando. Yo no tenel culpa de eso...

Leary comprendió que el chino tenía razón, pero comprendió también que no podían presentarse ante Casey con aquella noticia, de forma que hizo dar media vuelta al coche y, desandando el camino andado, se volvieron al aeródromo.

Lanham estaba en la puerta tomando un «taxi» que le condujese de nuevo a San Francisco, mientras pensaba, cuál de los sitios que conocía le ofrecería más probabilidades de seguridad.

Apenas el «taxi» se puso en marcha, Leary echó tras él, mientras decía a Wong:

—Debajo del asiento de atrás hay una «guitarra». Cógela y dispara cuando veas la ocasión. Como falles esta vez, chino del diablo, te mando a verle las barbas a Confucio. Ya estás avisado.

Wong saltó al asiento de atrás y sacó de debajo de él un fusil ametrallador, que contempló extasiado. Era un juguete que hacía mucho tiempo ansiaba ver en sus manos, pero Casey nunca le permitió manejarlo.

Se cercioró de que estaba cargado el peine, que penetraba por la parte inferior del culatín, y quitó el seguro.

Leary, mientras tanto, no perdía de vista al «taxi». La persecución se hizo más difícil al penetrar en la ciudad. Afortunadamente para ellos, el coche que perseguían se encaminó hacia el Sunsea District, que constituye la parte nueva de la ciudad.

La persecución duró más de un cuarto de hora, al cabo del cual el «taxi» se detuvo al fin, y Lanham se apeó de él. Luego, el vehículo se alejó y el ladrón siguió andando, mirando temeroso a su alrededor.

Estaba ya cerca de la verja del Golden Gate Park, cuando sintió a sus espaldas el runruneo de un motor. Quiso echarse al suelo, pero fué demasiado tarde. Wong asomó el negro cañón del fusil ametrallador por la ventanilla del coche y apretó el gatillo, con gran regocijo.

Lanham lanzó un grito al sentirse herido en el vientre. La ráfaga le había acertado a la altura de la cadera, haciéndole doblarse hacia adelante como espiga segada por una hoz.

Leary le vio caer con el rabillo del ojo y apretó el acelerador. El «Cadillac» se perdió por Frederick Street, en dirección al centro de la ciudad, mientras algunas personas corrían hacia el cuerpo exánime de Lanham Cheson.

En cuanto Mike Shoat tuvo noticias de la explosión del avión, partió hacia el aeródromo. Le hubiera gustado seguir investigando acerca de los sucesos ocurridos en el Hotel Buenavista. Tenía la completa seguridad de la culpabilidad de Lanham y ya el inspector había dado órdenes para su captura.

Miró al reloj. Eran las nueve y media de la noche, Arrellanándose en el asiento posterior del coche, pensó con nostalgia en su esposa y en su hogar. Aquello le hizo recordar que hacía varias horas que no tomaba bocado y decidió tomar un «sándwich» apenas llegase al aeródromo.

Por el camino se cruzó con dos coches: un «taxi» y un «Cadillac», de color azul oscuro, a los que no concedió la menor importancia, porque no sabía que, al cruzarse con ellos, había estado a dos yardas de tres de los hombres responsables de los sucesos del hotel y de la explosión del «Fairchild-Packet», sobre el aeródromo.

Cuando llegó a éste se metió en la cantina y, durante diez minutos, estuvo moviendo las mandíbulas, comiéndose un emparedado de jamón, acompañado de un gran «bock» de cerveza, mientras escuchaba los comentarios que se hacían a su alrededor.

Al fin se decidió a presentarse al director del aeródromo, que le dio toda clase de facilidades.

—¿Hace el favor de enseñarme la lista de los pasajeros del avión? —pidió Shoat en seguida.

—Sí, señor. Tenga la bondad de esperar un momento —dijo el director, mientras pulsaba un timbre.

El tictac del reloj resonó en el silencio del despacho hasta que un

ordenanza se presentó con la lista pedida.

Examinándola atentamente, Shoat comprobó que comprendía veintiséis nombres.

—¿Han muerto todos? —preguntó.

—Sí, señor. El piloto vivió aún unos minutos. Lo justo para decirnos que el avión cayó a consecuencia de la explosión de una bomba colocada en la parte posterior del aparato.

—¿Cuántos tripulantes llevaba el avión?

—Dos. El piloto y el copiloto.

—Así que el total de muertos asciende a veintiocho. Los dos tripulantes y los veintiséis pasa...

—No, no, señor —corrigió el director—. Los muertos son veintisiete. Uno de los pasajeros no pudo tomar el avión. Llegó cuando éste estaba ya despegando.

Shoat se sintió, de pronto, interesado. Aquello podía constituir una pista.

—¿Sabe cuál de ellos es?

—Claro que sí. Hemos podido recoger las documentaciones de todas las víctimas y ahí las tiene usted clasificadas —agregó, señalando varios paquetes que aparecían sobre una mesa próxima—. Falta la correspondiente a un tal... —Miró una nota que tenía ante él —míster Cotton Miers. Sacó el billete una hora antes de la salida, del avión y se dirigía a Nueva Orleans.

—¿Ha dicho Cotton Miers?... —preguntó Shoat, poniéndose en pie de un salto.

—Sí —replicó el director—. Al menos, ése fué el nombre que dio al sacar el billete. ¿Le conoce?

—Creo que sí —replicó cautamente Shoat—. Y en cuanto le encuentre..., si es que le encuentro vivo, sabré quién ha puesto la bomba en el avión. Me vuelvo a San Francisco, porque me urge entrevistarme con ese hombre. Ya nada me queda, que hacer aquí.

Cotton Miers era el nombre con el cual se había inscrito Lanham en el Hotel Buenavista, cuando iba detrás del hombre que llevaba las joyas. Eso significaba que había logrado apoderarse de ellas y que había intentado huir. Por fortuna para él, había perdido el avión. ¿Por qué habían puesto la bomba en el avión? ¿Sería para atentar contra la vida del ladrón? Si era así y Lanham resultaba muerto, sus enemigos perdían la posibilidad de apoderarse de las

joyas, lo cual, evidentemente, no entraba en sus cálculos.

Entonces, ¿por qué? No era el momento de entrar en cavilaciones. El director del aeródromo estaba ante él y Shoat echó un nuevo vistazo a la lista de pasajeros que tenía delante.

Fué entonces cuando se dio cuenta de que había dos nombres que sonaban a extranjeros nada más mirarlos.

—¿Quién son estos dos? —preguntó al director.

—Creo que dos diplomáticos turcos —replicó éste.

Shoat lanzó un silbido. ¿No sería aquél el motivo del atentado contra el avión? En tal caso, la presencia del nombre de Lanham en el asunto quedaba reducida a una mera casualidad..., pera algo le decía que era la muerte del ladrón lo que perseguía el criminal.

De todas formas, el asunto tomaba una nueva derivación. Urgía que él comunicase con el inspector Seamann, porque la muerte de los dos diplomáticos turcos que viajaban a bordo del «Fairchild», representaba una complicación, que podía dar origen a un cambio de notas entre las Embajadas de ambos países, en cuyo caso tendría que intervenir el

F. B. I.,

en el esclarecimiento del asunto.

Con este pensamiento se puso en pie, se despidió del director del aeródromo y se encaminó hacia el coche. Media hora después estaba de nuevo en la ciudad, intentando localizar a Seamann por teléfono.

Se encontró con la agradable sorpresa de que el inspector estaba en su propia casa, donde había llegado acompañando a su esposa, desde la casa de los Tibbs.

La conferencia se celebró sentados ambos en dos cómodos sillones, junto a una mesita, dónde Isabel había colocado algunas bebidas. Shoat contó al inspector cuánto sabía y éste le preguntó cuál era su opinión.

—No hay más que dos explicaciones —replicó el teniente—: o pusieron la bomba para eliminar a Lanham o fué a causa de los dos diplomáticos turcos. En cualquiera de ambos casos, éstos han muerto, de forma que este asunto cae bajo la jurisdicción del

F. B. I.

—Creo que tienes razón, Shoat; pero, si las cosas iban contra Lanham, ¿por qué lo hicieron? Si llevaba las joyas, debían de pensar

en que éstas podrían quedar destruidas por la explosión y, en el peor de los casos, caerían en manos de la Policía. Si no las llevaba y las dejó escondidas en algún sitio antes de emprender la fuga, con su muerte perdían la única esperanza de saber dónde se encontraban.

Shoat estuvo de acuerdo con él, porque él mismo había llegado poco antes a la misma conclusión.

—¿Por qué no investigamos acerca de esos diplomáticos, Shoat? —sugirió Seamann.

—¿Para qué? Eso es cosa del

F. B. I.

Yo, en su lugar, telefonearía inmediatamente a Los Ángeles. De todas formas, el primer paso, tanto de ellos como nuestro, es tratar de encontrar a Lanham. Él podrá explicarnos lo ocurrido en el hotel y quizá también la explosión del avión...; tengo esa corazonada.

Seamann se mostró inclinado a hacerle caso en lo de telefonear inmediatamente al

F. B. I.

Seguramente pesó en su decisión el hecho de que, de esta forma, se quitaban de encima un asunto tan enojoso como prometía ser aquél.

Se despidió de Shoat y éste le acompañó hasta la puerta. Vivía en un apartamento coquetonamente arreglado por Isabel, situado en el sexto piso del número diez de Satter Street, a doscientas yardas de Market Street, la gran arteria de la ciudad. Cuando volvió a su despacho, el reloj de la catedral de San Patricio desgranó lentamente las doce campanadas de la medianoche.

¿Qué le reservaría el día siguiente? A su pesar, seguía pensando en los dos sucesos que aquel día habían removido a la Policía de San Francisco y cada vez se le antojaba más que había un punto de contacto entre ambos, y que ese punto de contacto estaba constituido por la persona de Lanham Cheson. Tenía que encontrarle costase lo que costase.

Isabel le esperaba sonriente.

—¿Te has divertido mucho, nena? —le preguntó él, cariñosamente.

—La fiesta ha estado bien, Mike; pero sin ti no me divierto en ningún sitio, ya lo sabes —replicó ella.

Mike Shoat premió sus palabras con un abrazo.

—¿Qué te pasa, Mike? Te noto... como distraído..., ausente de aquí.

—Es por este maldito asunto, Isabel —replicó él.

—No te preocupes, querido. Otros más graves has solucionado —le consoló ella, pasándole la mano por los cabellos—. Además, eso ya no te incumbe a ti.

—Eso es lo que siento —replicó Mike Shoat—. Me hubiera gustado seguirlo hasta el fin. Ahora intervendrá, el

F. B. I.

Seguramente nos mandarán a uno de sus engolados agentes especiales, de esos que se las saben todas, que empezará a ordenar a diestro y siniestro...

Isabel percibió la amargura de sus palabras.

—Quizá no sea así, Mike —replicó—. Todos los agentes del F. B. I.,

no son como tú los pintas. Recuerda a aquel muchacho que trabajó contigo el verano pasado en el asunto del contrabando de armas para México. Era un chico muy simpático. ¿Como se llama?

—¿Te refieres a Sidney Eskev? ¡Bah! No tendré la suerte de que le encarguen a él de este asunto. Si fuera así, yo me sentiría satisfecho. ¿Quieres darme el sombrero?

—¿Vas a salir otra vez? —inquirió su esposa, extrañada.

—Sí. Tengo que localizar a un hombre. No podría dormir, sabiendo que está para morir de un momento a otro y que se puede llevar con él todo lo que sabe..., que es mucho, te lo aseguro.

Isabel inició un pucherito.

—¡Oh, Mike! —dijo—. Yo que me había hecho la ilusión de pasar la velada juntos, ya que no pudiste acompañarme a la fiesta... ¿No puedes dejarlo para mañana?

—Isabel —dijo Shoat gravemente—: ¿crees que hay algo en el mundo que me guste más que estar a tu lado? Si salgo ahora, dejándote sola, es porque es realmente necesario que salga.

Ella no protestó más. Ser la esposa de un policía impone a veces sacrificios muy duros, aparte de la eterna incertidumbre.

Shoat abandonó la casa. Durante dos horas anduvo vagando por la ciudad, visitando los lugares que sabía que frecuentaba Lanham, así como los refugios, usualmente utilizados por el ladrón, sin obtener el menor resultado. En ninguna parte pudieron darle

noticias concretas acerca de su paradero, y Shoat se convenció de que el terror se había apoderado de él, obligándole a permanecer escondido. Dios sabía dónde, en espera de poder abandonar la ciudad.

Pero ¿de quién huía? ¿Quién era el misterioso personaje que le perseguía a muerte tan sólo por haberse cruzado en su camino? ¿No sería obra del hombre que dejaron por muerto, apuñalado encima de la cama de su habitación del hotel?

Al pensar en esto se dio cuenta de que aún no conocía el paradero de Alvin Oakley y decidió llamar a Jefatura en cuanto llegase a su casa, para ver si tenían alguna noticia acerca de él.

Isabel le salió al encuentro, dando un suspiro de alivio cuando le vio regresar sano y salvo.

Shoat la besó en los labios y después ella le dijo:

—Mike: han llamado de Jefatura hace más de media hora. El sargento Blesing me ha dejado el encargo de decirte que le llames allí en seguida.

Shoat se desprendió de sus brazos. Tomó el teléfono y marcó un número.

—Con el sargento Blesing —pidió a la central.

—Dígame —habló éste en seguida.

—Blesing. Soy el teniente Shoat. ¿Qué quería decirme?

—Dos cosas, a cual más interesantes, teniente. Nuestros hombres localizaron al hombre que huyó herido del hotel Buenavista. Fué a curarse al Hospital del Ave María, pero no quiso quedarse allí, a pesar de que lo necesitaba. El mismo «taxi» que le llevó al hospital lo llevó luego; ¿dónde dirá usted?

—Le aseguro, Blesing, que no tengo la menor gana de solucionar charadas. ¿Dónde le llevó?

—A casa de Ling-Tse-Chiang —replicó Blesing, como quien lanza una bomba.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó Shoat, sin poderse contener—. ¿Qué me dice?

—Lo que oye, jefe. El chofer que le llevó allí se presentó a nuestra llamada y está bien seguro de lo que dice —contestó el sargento, satisfecho por el efecto causado por la noticia.

Otra complicación más. ¿Qué parte tendría Ling en esto? Si era algo delictivo, ya podían andarse con pies de plomo con él. En

cambio, si su posición en el asunto de las joyas estaba clara, estaba seguro de que encontrarían en él la mayor ayuda. ¿Sería Ling quien lanzó a aquellos dos chinos contra Alvin? Seguramente no, porque en este caso aquél no habría ido después a meterse en la boca del lobo. Si había ido a casa de Ling, significaba que trabajaba para él.

Estaba hecho un lío. Aquello había que pensarlo despacio. La voz de Blesing llegó de nuevo hasta él.

—¿Está ahí, jefe? —le preguntó ante el silencio de Shoat—. Aún tengo otra noticia que darle.

—Dígame, Blesing.

—Se trata de Lanham Cheson —replicó el sargento—. Está en el hospital de la Marina. Le han recogido en la calle malherido por los disparos de un fusil ametrallador que alguien le ha hecho desde un coche y está pidiendo a voz en grito que vaya la Policía. El inspector me dijo que fuera usted...

—Ya lo creo que iré. Y ahora mismo —gruñó Shoat y su esposa dio un respingo y lanzó un nuevo suspiro de resignación al oírle decir esto.

—Pero venga antes por aquí —continuó el sargento Blesing—. Un agente especial de la División de Los Ángeles, del F. B. I.,

acaba de llegar en avión y se encuentra aquí esperándole a usted.

«Era lo único que me faltaba —rezongó Shoat colgando el auricular—. Rayos y qué prisa se han dado».



LOS PADRES PUEDEN REGALAR
A SU HIJO LO MEJOR DE LO
MEJOR:

Un cuaderno de

AVENTURAS DEL F. B. I.

Por 1.25 pesetas

EL F. B. I COMIENZA A ACTUAR



IKE Shoat llegó a la Jefatura de Policía de San Francisco y se encaminó directamente al despacho del sargento de guardia. La exigua humanidad del sargento Blesing se enderezó en el sillón que ocupaba detrás de la mesa del despacho, cuando le vio entrar.

Shoat le interrogó con la mirada, al no ver a nadie en la habitación, y el sargento dijo:

—Está ahí. En ese sillón.

Shoat percibió una columna de humo que partía de un sillón de alto respaldo, vuelto hacia la ventana. Allí estaba el agente especial del

F. B. I.,

llegado de Los Ángeles. ¡Sí Dios Quisiera que fuera Sidney! Y Dios quiso...

De detrás del sillón partió una voz conocida y apreciada por

Shoat.

—¿Qué hay, teniente? ¿Cómo le va por San Francisco?

Luego la figura simpática de Sidney Eskev apareció ante él. Tenía en la mano un periódico que tiró en el sillón, al avanzar hacia Sidney con ambas manos extendidas y un cigarrillo en la boca.

—¡Sidney! —exclamó Shoat—. ¿Vas a encargarte tú de esto?

—Abrázame primero, chico, y te lo diré después —replicó Sidney, sonriendo.

Los dos amigos se abrazaron palmeándose la espalda. Luego Sid se apartó un paso, manteniendo entre sus grandes manos los brazos de Shoat, y exclamó:

—¡Caramba, Mike! Estás engordando de una manera escandalosa. Se conoce que Isabel te cuida bien. Y a propósito: ¿cómo está ella?

—En casa la dejé. Está muy bien, pero fastidiada. Ser la esposa de un policía no es ninguna ganga.

—Por eso no me caso yo. No quiero arrastrar a nadie conmigo al sacrificio —bromeó Sid.

—¿Cómo has venido tan aprisa? —preguntó Mike, despojándose del sombrero que aún llevaba puesto—. Hará escasamente dos horas que el inspector Seamann ha telefoneado a Los Ángeles. Realmente no has tenido tiempo de llegar...

—Venía a resolver unos asuntos personales en Frisco cuando recibí por radio, en el avión, la orden de presentarme al inspector Seamann en cuanto llegase. Me han fastidiado, chico, ésa es la verdad, porque traía cuatro días de permiso para solucionar mis cosas y ya no me los puedo tomar hasta que termine este asunto, ¿de qué se trata?

—¿De veras el inspector no te ha dicho nada?

—En absoluto —replicó Sid—. Le telefoneé al llegar y me dijo que me entrevistase contigo y que tú me pondrías en antecedentes del asunto.

—Bien. Siéntate y te lo explicaré en pocas palabras. Blesing llame al hospital y diga que en seguida vamos para allá.

—Dijeron que era urgente, teniente —replicó el sargento—. Lanham se encuentra muy grave y...

—Está bien —decidió Shoat—. En ese caso iremos inmediatamente. Vamos, Sid. Por el camino te lo explicaré todo.

Shoat abandonó la estancia seguido por Sid, que se había puesto la amplia gabardina y encasquetado el sombrero flexible. Vestido de esta manera parecía aún más corpulento que con la americana. Su paso era ágil y fácil y la mano que agarraba el brazo de Shoat, ancha y fuerte. Mano de hombre aficionado al deporte, al servicio de unos músculos fuertes y templados en la lucha y de un cerebro bien equilibrado.

A los veintiocho años Sidney Eskev era uno de los agentes especiales más apreciados de la División de Los Ángeles, por su valor e inteligencia, puestos de manifiesto decenas de veces.

Hacía tres años que había salido de Quántico y, durante este tiempo, la experiencia había hecho de él un hombre apto para la lucha contra el crimen y la delincuencia.

Su ascenso a inspector era cuestión de poco tiempo, si antes una bala o un cuchillo no terminaban su brillante carrera, comenzaba bajo tan excelentes auspicios.

Pero la continua exposición de la vida, el diario batallar por la ley y la justicia —palabras bonitas para tan ingrata tarea— no habían ensombrecido su carácter ni le habían hecho perder su arraigada costumbre de sonreír siempre, contagiando su optimismo a cuántos trabajaban con él. Su sonrisa era amplia y atractiva. «Terriblemente seductora» —según el elemento femenino de Los Ángeles. La cicatriz de una antigua cuchillada— que Sid se había ganado como premio, a su actuación en un difícil caso de contraespionaje —que le atravesaba la región molar, justamente desde el ángulo interno del ojo, hasta debajo de la mejilla derecha, lejos de afearle, hacia su rostro más atractivo aún, por el hecho de darle a éste cierta irregularidad en las facciones que resultaba sumamente agradable.

Era muy aficionado a la música. No a la buena música, si por tal nombre ha de entenderse la música clásica. La verdad es que muchas de las partituras de los grandes maestros le producían un terrible sueño, aunque había otras muchas que escuchaba con verdadero deleite. En cambio la música moderna, con sus ritmos melódicos y suaves, le atraían tan irresistiblemente que hasta había confeccionado algunas composiciones, aunque este detalle lo conservaba celosamente secreto, temiendo la rechifla de sus compañeros.

El coche arrancó y pronto tomó velocidad. El hospital de la Marina estaba lejos de la Jefatura de Policía, en la reserva militar situada en la parte norte de la ciudad, que se conoce por el nombre del Presidio y que no es otra cosa que un hermoso jardín de varios cientos de acres de extensión, de forma rectangular, uno de cuyos lados mayores se extiende a lo largo de la costa desde la Golden Gate hasta la Roca Anita.

Dentro de su perímetro se encuentran el presidio de San Francisco, que le da nombre, el hospital de la Marina y algunos otros edificios rodeados de parques y jardines de extraordinaria belleza.

Shoat tomó por la Franklin Street, hasta su cruce con la Pacific Street, por la cual se lanzó a toda velocidad, mientras explicaba a Sid lo ocurrido, sin dejar de contarle tampoco lo acontecido aquella tarde en el Hotel Buenavista.

Las calles que rodean el Presidio estaban poco concurridas a aquellas horas de la noche y Shoat se plantó ante el Hospital de la Marina en menos de un cuarto de hora, después de bordear el Lago Mountain.

Una enfermera les salió al encuentro preguntándoles qué deseaban.

—Soy el teniente Shoat, de la Policía de San Francisco. Este señor es un agente del F. B. I...

—¡Ah! —exclamó la enfermera, mirando al sonriente Sid, como hechizada.

—¿Vienen a ver a míster Lanham?

—Sí, encanto. Y le agradeceremos que nos lleve a él cuanto antes —replicó Sid, y la muchacha se quedó tan aturdida bajo el influjo de su sonrisa que enrojeció como la grana.

—¿Desde cuándo es míster Lanham? —preguntó Shoat a su vez, y la enfermera no comprendió su pregunta—. ¿Cuándo le trajeron?

—Hace ya un buen rato —replicó la muchacha, mientras les precedía hacia el ascensor.

—¿Qué tal está? —preguntó Shoat, mientras el ascensor los conducía al cuarto piso.

—Muy grave, pero el doctor confía en salvarle.

La puerta del ascensor se abrió y los tres salieron a un pasillo, a cuyos lados se alineaban las blancas puertas de algunas

habitaciones.

La enfermera caminaba delante de ellos, enseñándoles el camino y unas piernas preciosas, que sostenían un busto que se movía airosamente al andar.

Sid se puso a su lado y se inclinó un poco hacia ella.

—¿Es usted quien cuida de ese Lanham? —La preguntó.

—Sí —replicó la rubia, sonriendo—. ¿Por qué?

—Entonces se curará; no tiene más remedio. Si yo estuviera moribundo y usted me mirase dos veces, me levantaría de la cama y me arrodillaría en el suelo, para dar gracias a Dios por haberla hecho a usted.

La enfermera lanzó una argentina carcajada, mientras le miraba a través de sus entornados ojos, de una manera capaz de enloquecer a cualquiera.

—Oiga, nena; se lo digo en serio. No me mire así o voy a perder el control de mis nervios.

—No se preocupe. Estamos en un hospital —replicó ella, poniendo la mano en el picaporte de una puerta—. Aquí es. Pasen ustedes y procuren no molestarle demasiado.

Shoat pasó primero. Sid se quedó rezagado, sombrero en mano, y tomando la barbilla de la enfermera, le dijo:

—Eres lo más bonito que he visto en mi vida.

Ella le hizo retirar la mano de un manotazo, bastante poco brusco por cierto, y repuso:

—Y tú el hombre más bromista que he conocido.

Cerró la puerta tras ellos y se alejó por el pasillo. Shoat y Sid fijaron sus ojos en el hombre que tenían ante él, tendido en el lecho del dolor. Uno de sus brazos estaba escayolado y pendía de un manguito sostenido por un cable de acero, que lo sujetaba a una armadura de tubo cromado. Debía de tener más heridas, porque un arco de alambre elevaba la ropa de la cama, impidiendo que ésta rozase contra su cuerpo.

—Te acertaron bien, ¿eh, Lanham? —dijo Shoat.

—Ya lo creo que sí, teniente. Trabajo les costó, pero al fin me cazaron. ¿Quién es? —preguntó el ladrón, señalando a Sid con la cabeza.

—Un agente del

F. B. I.

—repuso Sid—. ¿Podemos sentarnos?

—Claro que sí —dijo Lanham, y los dos agentes se sentaron a su lado—. Del

F. B. I.,

¿eh? —preguntó, y Sid hizo un gesto afirmativo—. Me alegro de que se hayan metido ustedes en esto, para que les den a esos tipos su merecido.

—Vino por lo del avión, Lanham —replicó Shoat a su vez—. ¿Sabes algo acerca de eso?

—Claro que sí —replicó el ladrón—. Estoy seguro de que iban a por mí. Estuvieron buscándome toda la tarde. ¿Por qué interviene el F. B. I., en esto?

—Han muerto dos diplomáticos que viajaban en el avión —explicó Sid, pacientemente—. De modo que nos corresponde actuar a nosotros. Así lo ha pedido la Embajada de su país. ¿Quiénes son ellos?

—No lo sé —repuso Lanham, y su voz sonaba a convincente—. Pero quien sea no se duerme en las pajas. Ya me lo dijo Ling.

—¿Has visto a Ling? —preguntó Shoat—. Vamos Lanham; mejor será que empieces por el principio, ¿no te parece?

—Es lo que estoy deseando hacer —replicó éste con voz chillona por el pánico—. Quiero contarles todo, porque no hay nada contra mí, excepto el asesinato de aquel chino, y fué en defensa propia. Quiero que lo sepan todo para que los cojan y los encierren antes de que se enteren que no han logrado escabecharme y vengan a por mí de nuevo.

»Esta tarde llegó de Formosa un hombre que traía las joyas de la familia de Ling-Tse-Chiang. Desde el hotel Buenavista llamó a un joyero, rogándole que fuera a ver las joyas para tasarlas. Por si no lo saben ustedes, les diré que aquel tipo pensaba traicionar a Ling y largarse con el producto de la venta, pero yo oí su conversación. Ling me había comisionado para seguir a aquel traidor, porque no se fiaba demasiado de él —mintió Lanham—; así es que entré en su habitación, después de amordazar al joyero. No tuve necesidad de hacerme pasar por éste, porque Alvin yacía sobre el lecho de su habitación, con un puñal clavado en la espalda.

Oí ruido en el cuarto de baño y fui hacia allí. Dos chinos

intentaban huir llevándose el maletín con las joyas. Luché con ellos, maté a uno y me llevé las alhajas, que entregué a Ling, y éste me dio la recompensa convenida, aconsejándome que saliera cuanto antes de Frisco. Alguien debió seguirme, probablemente el otro chino que escapó con vida de la lucha en el hotel, porque me atacaron en la escalera de mi casa. Aquello me hizo precipitar mi huida. Fui al aeródromo, saqué billete para Nueva Orleáns, pero perdí el avión, afortunadamente para mí —dijo mientras su rostro se cubría de frío sudor al recordar lo ocurrido—. No obstante, debieron de enterarse que no estaba a bordo cuando ocurrió la explosión, porque me siguieron cuando salí del aeródromo y se lanzaron sobre mí, disparando desde un coche, en la calle Frederich, junto a la verja del Parque.

—¿Y eso es todo? —preguntó Sid.

—Todo. ¿Le parece poco?

—No es mucho, que digamos —replicó el agente especial—. Nos has contado todas tus andanzas y los esfuerzos que hicieron tus perseguidores para matarte, pero no nos ha dicho nada ni nos has dado el menor detalle que nos permita suponer quiénes puedan ser.

—Eso ya es cosa de ustedes —gruñó Shoat—. A ver si son ahora tan diligentes como cuando se trata, de atrapar rateros.

—Está bien, Lanham —intervino Mike—. No te alteres. Has contado la historia a tu manera. La habrás falseado un poco para salir mejor librado, pero haremos como que te creemos...

—Tiene que creerme, teniente —gruñó el ladrón—. Le he dicho la verdad. Si no me cree, hable con Ling y él...

—A propósito de Ling —terció Sid—. Supongo que te refieres al rey de Chinatown, ¿no es así? —Y ante el gesto afirmativo de Lanham, prosiguió—. ¿Cuál es su parte en el asunto?

—Ya se lo he dicho, amigo. ¿Es que está usted sordo? Las joyas son suyas.

—Bien —replicó Sid—. Creo que se impone una visita a Ling...

En aquel momento se oyeron en la puerta unos discretos golpecitos.

—Vendrá a anunciarnos que se acabó la conferencia —gruñó Sid—. Adelante —dijo en voz alta.

Apareció en la puerta un enfermero, vestido de blanco de los pies a la cabeza. Llevaba en la mano una jeringuilla cargada con un

líquido incoloro y un trozo de algodón.

—Perdonen un momento —dijo amablemente—. Tengo que ponerle esta inyección a míster Lanham. Es orden del doctor.

Se inclinó sobre el herido y le remangó la manga del pijama, frotando la piel del brazo con el algodón empapado en alcohol. Se disponía a pincharle cuando Sid dijo por decir algo.

—¿No es la enfermera, esa rubia, la encargada de cuidarle?

Ninguno de los dos notó el pequeño sobresalto que experimentó el individuo al sentirse interpelado en esta forma.

—Sí, señor —replicó volviéndose ligeramente hacia Sid—. Pero está en el quirófano. Acaban de traer a un accidentado y me rogó que viniera a poner la inyección a míster Lanham. Es... morfina —agregó, vacilante.

—Está bien —rezongó el ladrón—. Termine de una vez.

El enfermero le puso la inyección y abandonó la estancia un poco precipitadamente, a juicio de Sid.

Apenas se cerró la puerta tras él ambos amigos se volvieron hacia Lanham.

—Está bien —dijo Shoat—. Muchas gracias por tus informes y... ¡Lanham! ¿Qué te ocurre?

—No lo sé... —replicó éste—. Me mué..., me muero...

Su rostro se tornaba cadavérico por instantes, al mismo tiempo que sus ojos vidriosos miraban a un punto indefinido de la pared que tenía enfrente.

Sid se inclinó sobre él y Lanham, con el último estertor de agonía, lanzó al rostro del agente del

F. B. I.,

un aliento impregnado de un olor pesado y característico a almendras amargas.

—¡Gran Dios! —exclamó Sid, incorporándose de nuevo—. Le han envenenado con cianuro en nuestras propias narices. Ha sido ese...

No acabó la frase. Su mano se posó en el picaporte de la puerta y tiró de ella violentamente. Mientras corría por el pasillo, como un loco, se despojó de la gabardina, para tener mayor libertad de movimientos, y llegó junto al ascensor.

Una escalera arrancaba a su lado. Sid bajó los escalones de seis en seis, saltando como un gamo. Sabía que el asesino tenía que estar

aún dentro del hospital. No tenía más remedio, porque no le había dado tiempo a salir.

La escalera desembocaba en una especie de «*hall*» situado en el segundo piso, que correspondía a la fachada del hotel. Sid la cruzó rápidamente, acercándose al amplio ventanal de cristales de colores que dibujaba el escudo de la Unión y lo abrió, asomándose al exterior. El ventanal caía exactamente encima de la puerta principal y el agente comprobó que un soberbio «Cadillac» azul esperaba en la puerta, junto a la escalera que daba acceso al Hospital.

Por su mente pasó la idea de que quizá estuviera esperando al falso enfermero y, en efecto, apenas acababa de hacerse esta suposición, cuando su hombre salió del hospital y comenzó a bajar rápidamente la escalera en dirección al coche. Al verle, el conductor de éste, cuyo rostro no podía Sid distinguir, puso el motor en marcha y abrió la portezuela del vehículo.

Sid no dudó. De un salto agilísimo saltó del ventanal, encogiendo su cuerpo, para caer de puntillas, elásticamente, en medio de la puerta. En su mano derecha sostenía una «Luger» de reglamento, con la cual encañonó al hombre que huía hacia el coche, exclamando:

—¡Alto! ¡Alto o disparo!

Lo dijo sólo para amedrentarle, porque su intención era cogerlo vivo. Si tenía esa suerte habría solucionado en un instante el misterio de la explosión del avión. Lo de las joyas no le interesaba, pero como una cosa llevaba aparejada la otra, Shoat se beneficiaría de su trabajo.

El hombre no se detuvo, a pesar de su amenaza de hacer, fuego, y Sid se lanzó hacia él, intentando detenerle antes de que lograra alcanzar el coche.

De éste partió un disparo y el proyectil pasó silbando muy cerca de Sid.

—No había contado con el conductor —murmuró. Sin embargo, no se tiró al suelo hasta que un nuevo disparo que sonó más cerca de él que el primero le obligó a hacerlo.

El fugitivo iba a huir. Le faltaban sólo dos o tres escalones para alcanzar el coche, y Sid se determinó a disparar sobre él en vista de que no podía cogerle vivo.

La «Luger» tronó varias veces. Algunos de los proyectiles

alcanzaron el coche, haciendo agujeros en su carrocería, pero otros se clavaron en el cuerpo del hombre, que se dobló hacia atrás y cayó sobre el último escalón, donde quedó inmóvil.

La puerta del coche, correspondiente al lugar del conductor, se abrió y una mano tiró del cuerpo inmóvil que estaba a su lado, intentando meterlo en el vehículo, pero Sid se incorporó rápidamente, dispuesto a impedirse, en vista de lo cual el conductor del «Cadillac» disparó un tiro a la cabeza del caído, para que no pudiera hablar si aún le quedaba un hálito de vida, y pisando el acelerador, se perdió en la oscuridad.

Lanzando una maldición ahogada, Sid se inclinó sobre el falso enfermero. Su disparo le había alcanzado en la espalda, debajo del omóplato derecho, atravesándole el pulmón del mismo lado; pero había sido el otro disparo, que le destrozó el cráneo, el que le había causado la muerte.

¿Quién sería el misterioso asesino que no vacilaba en matar a sus mismos secuaces con tal de no dejar huella que condujese hasta él?

Sid levantó un puño amenazador en la dirección en que partió el coche, y se disponía a registrar al muerto, cuando Shoat apareció junto a él, con el revólver en la mano.

—Llegaste un poco tarde, ¿eh, Mike? —preguntó irónicamente Sid, y el policía no respondió.

Sid siguió registrando los bolsillos del muerto. Aún llevaba puesta la bata blanca sobre la que había echado una gabardina, y en sus bolsillos encontró el agente especial varias cosas de uso corriente: unas llaves, una pequeña navaja, un cuaderno para notas en blanco y una cartera con varios billetes, pero ni la menor indicación que le orientase acerca de la personalidad del individuo.

—No hay nada que hacer aquí, Shoat —dijo, levantándose—. Lo han limpiado de datos antes de encargarle la faena.

Varios médicos y enfermeros se habían acercado a ellos. Shoat y Sid relataron lo ocurrido al médico de guardia, encargándole que mandase recoger el cadáver del «gángster» hasta que fuesen a buscarlo los muchachos del Gabinete de Identificación, para saber de quién se trataba.

Luego se despidieron. La enfermera rubia que cuidaba de Lanham estaba en primera fila. Evidentemente, esperaba que Sid la

dijese algo y éste no la defraudó.

—Adiós, monada —le dijo—. ¿Vas a pensar en mí esta noche? Ya sabía yo que sí. Mañana vendré a buscarte y te llevaré a bailar.

Era una promesa hecha sin intención de cumplirse, pero los ojos de la rubia relucieron de esperanza, y siguió con la vista al coche hasta que se perdió, en la oscuridad.

Sid iba silbando una melodía, mientras Shoat conducía a una endiablada velocidad, furioso por no haber podido evitar la muerte de Lanham, llevada a cabo en su presencia.

—¿Quieres apagar la orquesta? —espetó bruscamente a Sid—. Me estás poniendo nervioso con esa musiquilla y nos vamos a estrellar.

—Shoat, eres el tío más inculto que hay en América —gruñó Sid, moviendo la cabeza—. Eso que tú has calificado de musiquilla es nada menos que el «Vals triste», de Sibelius.

—Bueno, ¿y qué? —preguntó Shoat airado.

—Que es una música muy apropiada a las circunstancias, ¿no te parece? —replicó Sid burlón—. ¿Ves en lo que nos distinguimos los del F. B. L. de vosotros? Te has puesto de un humor de mil diablos sólo porque han despachado a ese tipo debajo de nuestras narices. Venga, Mike, hombre no seas tarugo y calma tus nervios. ¿Dónde me llevas?

—A casa de Ling —replicó Shoat—. Afortunadamente le dieron tiempo a Lanham para desembuchar lo que sabía. El chino estará enterado de muchas cosas, pero falta que quiera decírnoslas. Oye, Sid: estaba pensando por qué el hombre que trajo las joyas fué a casa de Ling, después de haber intentado quedarse con ellas.

—Quizá creyera que Ling no lo sabía —sugirió Sid.

—Eso es no conocerle. Es astuto como el demonio y tiene un perfecto servicio de información que controla cuánto sucede en San Francisco. O mucho me equivoco o ya le han comunicado la muerte de Lanham. ¿Has creído la historia que nos ha contado éste?

—A medias —replicó Sid—. Yo creo que fué a robar esas joyas y lo consiguió, pero Ling se enteró y le obligó a entregárselas, recompensándole el servicio que le había prestado al impedir que ese Alvin se quedase con ellas. Eso demuestra que ese chino es todo un hombre, Shoat. Sí hubiera querido le habría arrancado las joyas a Lanham, sin costarle un centavo. Oye —exclamó de pronto—,

¿por qué me llevas a casa de Ling? Yo creo que debías consultarme antes. Estamos embarcados en el mismo barco y...

—Pero ¿qué demonios estás diciendo? —increduló Shoat, amenguando un poco la velocidad del coche—. Yo creo que se impone ir...

—... a tu casa a que Isabel me dé algo de cenar —le interrumpió Sid—. Oye, Mike, desde el aeródromo fui a Jefatura a esperar tu llegada. No he comido nada desde hace ocho horas y estoy hambriento. ¿Lo oyes? ¡Ham-brien-to! —repitió la palabra silabeándola—. ¡Dios mío! Si hasta creo que tengo telarañas en el estómago —se lamentó—. Mike, sé buen chico y llévame a ver a Isabel. Lo de ir a casa de Ling puede esperar y en cambio me estoy muriendo por probar los guisos de Isabel. Debe ser una cocinera maravillosa cuando tú estás tan gordo.

—Sigues tan tragón como siempre —replicó Shoat sonriendo, dejándose convencer por su amigo.

Torció el rumbo del coche y se encaminó hacia su casa, mientras Sid, vencedor, silbaba entre dientes «Navidades blancas».

Poco podían pensar que aquella demora en ir a visitar a Ling-Tse-Chiang iba a tener funestas consecuencias para ambos.



AVENTURAS DEL F. B. I.
La enciclopedia del
ARTE
EMOCION
VALOR

CASEY ATACA



A velada transcurría en el Miami con toda tranquilidad y esplendor. Casey sabía preparar bien las cosas y procuraba que nada faltase en su establecimiento que pudiera proporcionar a sus clientes alegría y buen humor.

Estaba en su despacho, fumando nerviosamente. Su blanca chaqueta, adornada en la solapa con un rojo clavel artificial, estaba ligeramente arrugada, y la gabardina que se había quitado hacía un par de horas aparecía tirada encima de un diván.

Casey pensaba intensamente. Todos sus planes estaban a punto de fracasar sólo por la intromisión de aquel Lanham. Afortunadamente, según le comunicaba Leary, que estaba sentado ante él, fumando tranquilamente, Giles había logrado inyectarle una ampolla de cianuro con veneno suficiente para matar a diez caballos.

Había escuchado el relato de Leary con la mayor atención, y

cuando le dijo que Sid había salido del hospital disparando contra Giles, hasta causarle la muerte, a pesar de sus esfuerzos por ayudarle, se cercioró de que la Policía estaba ya muy avanzada en sus investigaciones acerca de los sucesos del Hotel Buenavista. No sabía lo que Lanham podía haberles dicho, ni tampoco hasta qué punto relacionaría el suceso del avión con lo ocurrido en el hotel, y urgía actuar con rapidez y energía. El señuelo del millón de dólares en joyas le atraía como un imán, pero también pensaba en su decisión de seguir adelante al comprobar que Ling había sido más astuto que él y le había vencido..., de momento al menos.

Leary le aconsejaba dejar el asunto, pero la ambición y el amor propio de Casey Barnett no le permitieron escuchar las razonables palabras de su subordinado.

—¿Tienes miedo, Leary? —le preguntó, parándose ante él.

—Bien sabe que no, jefe. Donde usted vaya iré yo, pero no veo las cosas claras.

—Yo, sí. Las joyas están en casa de Ling y allí iremos a buscarlas esta misma noche, ¿entiendes? —dijo bruscamente Casey, y prosiguió, cambiando de tono—: ¿No te das cuenta, Leary? Es un millón de dólares. ¡Un millón! En cuanto las tengamos en nuestro poder, nos vamos a Europa y allí donde nos quedemos me haré el amo.

Leary le miró con escepticismo, pero no dijo nada, aunque pensó que si él tuviera la mitad del dinero que tenía Casey ya no se metería en más aventuras, fueran del género que fuese.

En esto demostraba más sentido común o menos ambición que su jefe, pero como era éste quien mandaba y pagaba espléndidamente, a él sólo le tocaba obedecer.

—Reúneme los muchachos para dentro de media hora —ordenó Casey—. Necesitaremos seis o siete. Corre.

Leary necesitó más de aquel tiempo para reunir al «gang», y mientras recibía su llamada. Casey siguió reflexionando sobre lo que pensaba hacer.

Sí. Asaltaría la casa de Ling. Sabía muy bien que vivía solo, sin más compañía que dos ancianos sirvientes chinos, y resultaría sumamente fácil apoderarse de él y obligarle a confesar dónde guardaba las joyas. Tenía algunas horas por delante para conseguirlo, y lo conseguiría o le cortaría el resuello a Ling. Así al

menos se libraba del peor enemigo que tenía en San Francisco.

El «*cabaret*» fué quedándose vacío. Eran cerca de las tres cuando la orquesta dejó de sonar y se marcharon los últimos asistentes al mismo. En aquel momento, Leary le llamó por teléfono, diciéndole que los muchachos esperaban sus órdenes.

—Está bien, Leary —replicó Casey—. Venid aquí. Tenemos que ultimar algunos detalles.

Luego, mientras llegaban Leary y los demás, fué recogiendo todo el dinero y objetos de valor de que disponía, porque pensaba huir con las joyas, dando esquinazo a sus hombres, en cuanto hubieran realizado el golpe.

Sidney Eskev durmió toda la noche de un tirón en la cama que Isabel había preparado para él, sin que las preocupaciones pudieran turbar su sueño.

En cambio, Shoat no dejó de moverse en su lecho. Todas las horas que, al cabo de la noche, desgranó el reloj de la catedral de San Patricio, penetraron en su cerebro, produciéndole el efecto de una llamada al combate.

Al fin, no pudo resistir su impaciencia y se tiró de la cama. Mirando al reloj, vio que eran las ocho de la mañana y se dijo que, seguramente a última hora, se había adormilado un poco.

Llamó con los nudillos a la puerta de la habitación de Sid. Éste era madrugador por temperamento y ya estaba levantado, efectuando algunos movimientos gimnásticos en el centro del cuarto.

—¿Tienes ganas de trabajar, Sid? —le preguntó Shoat.

—Estoy como nuevo, chico, y deseando actuar, así es que, cuando quieras, podemos ir a ver a ese chino.

Poco después salían de casa de Shoat. La mañana era relativamente fría para el clima templado de San Francisco. Una neblina procedente del Océano y de la bahía envolvía la ciudad, impidiendo la visión a larga distancia.

Caminaron rápidamente, y al llegar a Market Street, Sid fué a lanzarse a un autobús que comenzaba a ponerse en marcha.

—Espera, Sid —dijo Shoat—. Será mejor coger un «taxi»... y aun así tengo el presentimiento de que vamos a llegar tarde.

Giraron la vista alrededor. Un «taxi» acababa de pararse junto a

la acera y un hombre bajó de él. Se acercaron un poco y pudieron observar cómo aquel individuo pagaba la carrera y se alejaba. Entonces, ambos se precipitaron hacia el «taxi». Sid fué el primero en llegar junto a él y abrió la portezuela para entrar, sin fijarse en que otra persona estaba haciendo lo mismo por la portezuela opuesta.

El resultado fué que sus cabezas chocaron violentamente. El flexible de Sid se metió dos pulgadas más hacia las orejas del joven, mientras que la muchacha con quién había chocado lanzaba un grito de dolor, al mismo tiempo que retrocedía violentamente y tuvo que agarrarse a la puerta para no dar con sus huesos en el suelo, mojado por la niebla.

Hecha una furia, la muchacha logró mantener el equilibrio y se dejó caer en el asiento del «taxi», junto a Sid, que había hecho lo mismo, mientras Shoat y el chofer lanzaban una sonora carcajada.

—Tiene usted la cabeza más dura que una piedra —gruñó Sid.

—Y usted es el tipo más idiota que me he echado a la cara. ¿Es que no tiene ojos? —replicó la muchacha, furiosa.

—Claro que sí. Dos, igual que usted; así es que ese piropo que acaba de decirme se lo puede aplicar también.

Ella lanzó un resoplido y fué a decir algo, pero se contuvo y se echó hacia atrás en el asiento. Entonces, Sid pudo apreciar que era muy bonita.

Su cabello castaño, muy recortado, sobresalía, graciosamente rizado, alrededor de un gorrito verde, una especie de casquete que le cubría justamente la parte posterior de la cabeza. Su nariz respingona y su barbilla saliente le daban un aire de determinación que agradó a Sid. En cuanto a su cuerpo debía ser algo divino, a juzgar por las formas que se adivinaban por el entreabierto abrigo de pieles que llevaba. Desde luego, si correspondía a las piernas que Sid estaba contemplando, enfundadas en unas finas medias de nylon y terminadas por su parte inferior en unos pies pequeños y bien calzados, debía de ser algo digno de admirarse.

Todo esto lo vio Sid de una rápida ojeada; pero, a pesar de los encantos de la muchacha, no estaba dispuesto a cederla el coche.

—Sube, Mike —dijo—. La señorita se va a apear.

—¿Quién se lo ha dicho a usted? —replicó ella, incorporándose en el asiento.

—Yo entré primero en el «taxi» —explicó Sid, acalorado.

—Entramos al mismo tiempo —replicó ella—. Por eso me estrellé contra esa piedra que tiene por cabeza. Y haga el favor de sacarse el sombrero o tendré que echarme a reír.

Sid tiró fuertemente del sombrero hacia arriba y se lo puso como era debido.

Mientras tanto, Shoat había subido al coche, sentándose en uno de los balancines. Sid y la muchacha seguían discutiendo, y al fin, el chofer se volvió hacia ellos.

—Oigan ustedes —les dijo—. Supongo que no me van a tener aquí toda la mañana, ¿eh? Les advierto que está corriendo el contador... ¿Por qué no se preguntan adónde van? Quizá lleven el mismo camino y...

—No iría con este galante caballero ni de aquí a la esquina, aunque no hubiera otro «taxi» en San Francisco —replicó la muchacha, con ironía.

La discusión iba a iniciarse de nuevo y Shoat se decidió a intervenir. Estaba seguro de conocer de algo a aquella joven, pero no podía precisar dónde la había visto antes.

—Óigame, señorita. Nosotros tenemos prisa y usted quizá también. Díganos dónde va. La dejaremos allí y luego seguiremos nosotros —propuso.

Ella se apaciguó un poco, aunque seguía mirando colérica al impasible Sid.

—Quizá tenga usted razón —replicó—. Voy al barrio chino y quizá resulte un rodeo demasiado grande para ustedes.

Sid dio un salto en el asiento.

—Oiga, monada, ¿y para esto hemos discutido tanto? Nosotros vamos también allí, ¿sabe? Sólo nos falta que nos diga que va a casa de Ling-Tse-Chiang.

—Allí precisamente es donde voy, caballero —replicó mordazmente la joven, acentuando esta palabra.

—¿A estas horas? —preguntó Shoat, extrañado—. ¿Trabaja allí?

—Vaya dos pelmas que me he encontrado por la mañana —murmuró ella—. Venga a preguntar y preguntar... ¿A ustedes qué les importa?

Shoat se volvió hacia el chofer, que, sin que nadie se lo ordenase, ya había puesto el vehículo en marcha, al ver que, al fin,

se habían puesto de acuerdo, y le dio instrucciones acerca de dónde debía llevarlos.

—Y dese prisa, amigo. Haga el favor.

El chofer lanzó un gruñido, pero pisó el acelerador. A gran velocidad cruzaron innumerables calles, hasta llegar a la parte sur de la ciudad, donde estaba situado el barrio chino y, después de cruzar la Paul Avenue, penetraron en él.

A medida que avanzaban en su interior, las calles iban siendo más estrechas y sucias. Viejos edificios de dos o tres pisos se levantaban a ambos lados de la calle, ocupada por una multitud vocinglera que hablaba y discutía en inglés y en los diferentes dialectos chinos.

Sus vestiduras eran de lo más variado que puede darse. Los chinos vestidos a la europea se codeaban con otros, más viejos por la regular, que conservaban los típicos vestidos legados por sus antepasados. Pantalones estrechos y de vivos colores, blusas sin bolsillos, que les llegaban hasta medio muslo, con dragones y otros motivos bordados sobre el pecho, un pequeño bonete sobre la cabeza y, por todo calzado, unas ligeras sandalias que dejaban al descubierto la mayor parte del pie.

Todos ellos se movían lentamente, como si el tiempo hubiera perdido su valor, alrededor de tiendas pequeñas y oscuras, en cuyo interior se vendían los más variados artículos. En el exterior, grandes carteles, escritos en caracteres chinos e ingleses, servían de llamativos anuncios que cantaban las excelencias de los productos que se expendían en ellos.

A pesar de lo temprano de la hora, las calles estaban muy concurridas y la gente se desbordaba de las aceras, invadiendo el arroyo y dificultando el paso del vehículo. El chofer hacía sonar continuamente el «claxon», pero aun así la marcha era demasiado lenta para las impacencias de Sid y Shoat.

No se había vuelto a cruzar ninguna palabra entre ellos y la muchacha, cuyo ceño continuaba fruncido, mientras miraba por la ventanilla, con un claro gesto de desdén en el rostro.

Al fin llegaron ante la casa de Ling. Era un edificio de dos pisos. La puerta de la calle era de recia madera labrada y se abría al final de cuatro o cinco escalones de piedra, limitados a los lados por dos pasamanos de hierro. A un lado de la puerta había dos ventanas y

otras cuatro se abrían en el piso superior, pero por ninguna de ellas salía el menor indicio de vida.

Los tres se apearon del vehículo y Sid preguntó al chofer cuánto le debía.

—Un dólar y diez centavos —dijo éste, mirando al contador.

Sid fué a pagar, pero en aquel momento la voz de la muchacha le detuvo.

—Me corresponde pagar cincuenta y cinco centavos —dijo—. Ahí van.

Sid la miró y luego se echó a reír.

—Orgullosa, ¿eh? —dijo.

Ella le miró altivamente y echó a andar hacia la casa, ante la cual estaba ya Mike, llamando repetidas veces al timbre.

—No sé si es que no hay nadie o es que no quieren abrir —gruñó, cuando los tuvo a su lado.

Tuvieron que esperar un buen rato aún, antes de que la puerta se abriese y apareciera en el vano la delgada figura de un chino, cuyos hombros se encorvaban hacia adelante por el peso de los años. Sus ojillos miraron alternativamente a los dos hombres y a la muchacha, reconociendo a ésta.

Sin embargo, no hizo el menor movimiento para facilitarles la entrada y les preguntó qué deseaban en un mal inglés.

—Ver a míster Ling —replicó Mike, con impaciencia.

—Mi venelable señol no estal en casa —dijo—. Salió muy templano y no leglesal hasta dentlo de valios días.

Shoat le miró y la muchacha también, preguntándose por qué el viejo

Sun-Yen

les hacía aquellos gestos con los ojos, como si quisiera decirles algo.

—Está bien, Yen —replicó la muchacha, iniciando la media vuelta—. Volveré otro día. Mistar Ling me citó por teléfono, pero lo habrá olvidado.

Sid y Mike se retiraron también y la puerta volvió a cerrarse, pero apenas se habían alejado unos pasos, cuando el primero dijo:

—Mike: está ocurriendo algo raro en casa de ese chino. Cuando el viejo nos estaba hablando, me hacía la impresión de que quería advertirnos...

—¡Qué penetración tiene usted! —exclamó la muchacha, que se

había alejado un poco, volviéndose hacia ellos—. Eso ya lo he observado yo también y por eso voy a llamar ahora mismo a la Policía. Si Ling me citó para esta mañana es porque iba a estar en casa.

—Un momento, señorita —la interrumpió Sid—. No tiene usted por qué llamar a la Policía, porque la Policía somos nosotros, ¿entendido?

Ella les miró con un interés nuevo, después de echar una ojeada a la chapa que Sid tenía en la mano.

—Del

F. B. I.,

¿eh? —replicó, con sarcasmo—. Debí suponerlo al ver sus modales.

—No es hora de discutir eso, encanto —replicó Sid, zarandeándola un poco—, sino de que conteste usted a algunas preguntas.

—¿A más aún? Pero si se ha pasado la mañana preguntándome...

—¿Por qué venía usted a casa de Ling? —preguntó Shoat.

—Me llamó anoche diciéndome que viniera a verle porque podía darme unos datos muy interesantes sobre el crimen del Hotel Buenavista. Supongo que sabrán ustedes a qué me refiero, ¿no? —Su tono era mordaz, pero ninguno de los dos la hizo caso—. Como la Policía es la última que se enterar siempre...

—Es usted muy chistosa —replicó Sid—; pero espere a que terminemos este asunto y le contaré yo otro chiste que la va a hacer reírse a razón de diez toneladas por segundo. ¿Por qué le interesaban a usted esos detalles?

—Soy redactora del «Weekly Stamp» —replicó ella.

—¡Caramba! —dijo Shoat—. Ya decía yo que su rostro no me era desconocido. Seguramente habrá rondado usted a mi alrededor más de una vez. ¿Sabe quién soy?

—Claro que sí. El teniente Miguel Shoat —replicó ella—. ¿Cree que si no lo hubiera conocido habría venido con ustedes? Me intrigó saber qué era lo que vendrían a hablar con Ling y por eso les acompañé.

—Sid —dijo Shoat, sonriendo—: tengo el gusto de presentarte a la señorita Helen Chartier. Es periodista y lleva la sección de Crímenes Vividos, en una revista de la ciudad.

—Tengo un gran disgusto en conocerla, señorita Helen —replicó Sid, agresivo.

—El disgusto es mío —repuso ella en el mismo tono—. No es agradable encontrarse con un salvaje en pleno corazón de Frisco.

—Tampoco se encuentra uno todos los días a una niña histérica con la mollera llena de crímenes y asesinatos —repuso Sid mordazmente.

—El histérico lo será usted —contestó Helen, levantando su mano derecha.

Sid le agarró el brazo cuando ya la mano de la periodista estaba a media pulgada de su rostro y lo apretó tan fuertemente que la hizo lanzar un grito de dolor.

—Eso que ibas a hacer demuestra que estás nerviosa, nena. Anda, guapa, vete a casita. Trataremos de servirte en bandeja todos los detalles del crimen, pero sé buena. Dale un beso a papi y lárgate de aquí en seguida.

Sid había hablado suavemente, pero el tono de su voz desmentía la broma que parecía encerrar sus palabras.

—Señorita —dijo Shoat a su vez—: márchese de aquí. Vamos a entrar en casa de Ling y quizá haya lucha.

—Entraré con ustedes —propuso ella, reluciendo los ojos.

—Éstas no son cosas para niñas bonitas como usted —replicó Sid, y por primera vez ella advirtió que se preocupaba por su seguridad.

Pero fueron inútiles sus argumentos. Shoat y Sid no la dejaron regresar con ellos a la casa. Claro que aquello no tenía gran importancia para Helen, porque conocía al dedillo la casa de Ling y sabía que podía entrarse fácilmente en ella por la parte posterior.

Sin embargo, no dijo nada a los dos policías: primero, porque estaba muy resentida con ellos, sobre todo con aquel bruto del F. B. I.,

de anchas, espaldas que se alejaba hacia la casa..., aunque ¡era tan atractivo!, y segundo, porque pensaba utilizar aquel acceso a la casa de Ling en su propio provecho.

«De manera que éstas no son cosas para niñas bonitas, ¿eh? —murmuró—. ¡Maldita sea tu linda cara! —Se refería a Sid—. Ya te enseñaré yo lo que puedo hacer».

Airadamente se metió por una callejuela transversal,

encaminándose hacia la parte posterior de la casa de Ling, que caía sobre el muelle, a pocos pasos de la dársena del Sur.

Mientras tanto, Mike y Sid llegaban ante la puerta de la casa. Éste pulsó el timbre y ambos esperaron, con los nervios en tensión, a que la puerta se abriese, pero ¿y si no fuera así? Entonces no tendrían más solución que entrar por la fuerza en la casa.

Sid comenzó a examinar la fachada, buscando el punto más accesible, pero no tuvieron necesidad de echar mano de aquel extremo recurso, porque la puerta se abrió y el mismo viejo criado chino apareció en el umbral.

—Ya les dije que mi amo... —comenzó a decir al verlos, pero Sid le interrumpió bruscamente:

—No importa lo que dijera. Vamos a entrar.

Apartó bruscamente al criado a un lado y empuñó la «Luger» que llevaba en el bolsillo de la gabardina, porque sabía, sobre poco más o menos, lo que se iba a encontrar detrás de la puerta.

Mike penetró detrás de él y no se engañaron en sus suposiciones. El hombre que vigilaba las palabras de Sun Yen desde detrás de la puerta, con una pistola en la mano, se quedó sorprendido durante una fracción de segundo al ver la actitud de Sid, pero éste no le dio tiempo a reponerse. Cargó contra él, como un toro, sin darle tiempo para usar su arma, y le descargó un fuerte culatazo detrás de una oreja, que hizo lanzar al «gángster» un ronquido antes de caer al suelo.

Pero alguien, desde lo alto de la escalera que arrancaba del piso bajo, había presenciado la escena. Una pistola tronó en el reducido «hall» y el proyectil silbó su canción de muerte junto a ellos.

Antes de que el individuo pudiera disparar de nuevo, la «Luger» de Sid tronó dos veces, mientras Shoat arrastraba a Sun Yen debajo de la escalera.

El hombre que había disparado cayó hacia adelante y rodó por las escaleras hasta los pies de Sid, rompiéndose el cuello al caer, lo cual aceleró su muerte.

Sid se reunió con Shoat, que interrogaba al viejo chino.

—Dice que unos hombres asaltaron la casa esta madrugada —explicó al agente del

F. B. I.

—. No los conoce, pero no son chinos. Les cogieron desprevenidos e

interrogaron a Ling tratando de averiguar dónde tenía las joyas; pero éste se resistió a decírselo, en vista de lo cual lo han estado atormentando, sin que dijera media palabra. Dice que han revuelto la casa de arriba abajo, pero que están furiosos, porque no han encontrado las joyas. Ha oído hablar de matar a Ling y...

—Espera, Shoat —le interrumpió Sid—. Ese tipo nos dirá más cosas. Empieza a dar señales de vida.

Corrió hacia la puerta, esperando recibir algún balazo desde alguna de las puertas que se abrían al «*hall*», pero nadie disparó sobre él. Sujetando al «gángster» por el cuello de la chaqueta, lo llevó a empujones al refugio de debajo de la escalera, haciéndole sentarse en el suelo.

Luego se agachó frente a él, porque el lugar no les permitía estar en pie, y le preguntó:

—¿Quién ha atacado la casa?

El «gángster» se encerró en un mutismo absoluto y Sid le propinó una soberbia bofetada, que hizo saltar sangre de la boca de aquél.

—Esto no es nada comparado con lo que te espera si no me lo dices —gruñó, pero el otro no abrió la boca.

Entonces, Sid le puso una mano sobre el hombro derecho, cogió entre sus acerados dedos el borde del músculo y comenzó a apretar. Al principio, el «gángster» resistió el apretón, pero al fin lanzó un gemido y se retorció, intentando inútilmente soltarse de aquellos dedos de acero. Su frente se perló de frío sudor, al mismo tiempo que respiraba fatigosamente, pero Sid no se dejó ablandar y continuó apretando, hasta que al fin el hombre no pudo resistir más.

—Suélteme —dijo—. Suélteme y se lo diré...

Sid le soltó y esperó.

—Es Casey Barnett quién está arriba —dijo el forajido, con voz entrecortada por el dolor que aún tenía en el hombro y que iba extendiéndose a sus miembros—. Quiere apoderarse de las joyas...

—¿Cuántos hombres hay con él? —preguntó Shoat, sin dejar de vigilar las otras puertas del «*hall*».

—Vinimos ocho —repuso el «gángster»—. Sorprendimos a Ling y...

—Eso ya lo sabemos. ¿Han encontrado las joyas?

—Aún no. Por eso seguimos aquí, a pesar del peligro que ello supone. Casey está como loco y asegura que matará a Ling si no le dice dónde están. El fracaso del hotel le puso furioso y no sabe lo que hace.

Aquellas palabras dejaron en claro muchos puntos que aún permanecían oscuros para ambos agentes, de los sucesos del día anterior. El «gángster» estaba en vena de confesión y era el momento propicio para sacarle cuánto deseaban saber.

—¿Quién puso la bomba en el avión? —preguntó Sid, con los dientes apretados.

De la respuesta que diera el «gángster» dependía el que él siguiera en la casa ayudando a Mike o tuviera que marcharse, dejándole que se las compusiera como pudiera.

—Fué Wong. Un chino —repuso el bandido sin vacilación, al ver que aquellos hombres estaban enterados de todo, al parecer.

—Lo mandó Casey, ¿no es así? —preguntó Shoat, y el otro afirmó con la cabeza.

—Teníais razón al sospechar que ambos sucesos tenían una relación, Mike —dijo Sid—. Ahora que ya estamos seguros de que han sido los hombres que están aquí dentro, te aseguro que no se me escapan. Tienen cargos suficientes para ir a la «silla» y te juro que los llevaré a ella de muy buena gana.

—Si antes no acaban con nosotros, Sid. Esta calma me da muy mala espina. Los disparos deben haberse oído en toda la casa y, sin embargo, nadie nos ataca. Sun, ¿dónde hay un teléfono?

—Es inútil, señol. Han coltado los hilos —repuso el chino.

—Vamos, Mike. Tenemos que hacer algo por Ling. Deben estar arriba dándole las torturas del infierno.

—¿Qué hacemos con éste? —preguntó el teniente, señalando a su prisionero.

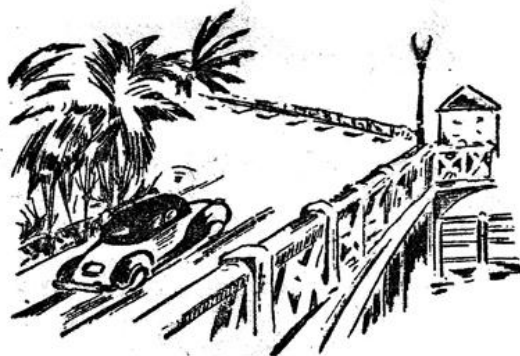
—Esto lo arreglo yo en seguida —dijo Sid.

Se volvió hacia el «gángster» y le hizo dar media vuelta. Luego, su mano, rígida, descendió con fuerza, golpeando con el canto el cuello del hombre, que, por segunda vez en dos minutos, quedó fuera de combate.

—Sun, vigílele —ordenó Shoat al viejo—. En cuanto vea que va a recobrar el conocimiento dele con algo en la cabeza.

—Le dalé antes de que lo lecoble, señol —aseguró el viejo.

Pero ni Sid ni Mike le oían ya, porque, revólver en mano, comenzaron a subir sigilosamente la escalera.



CHICOS Y MAYORES

VEN Y LEEN

AVENTURAS DEL F. B. I.

TRAMPA MORTAL



N el descansillo de la escalera, donde ésta daba la vuelta, había una ventana que alumbraba el «hall». Sid se asomó por ella. A sus pies se encontraban los muelles de la dársena del Sur, y un poco más allá, el mar. Alcanzó a ver y distinguir la blanca silueta de lo que parecía ser un «yatch» de recreo, que se balanceaba a unas yardas del muelle, separado de los demás barcos anclados en él. Luego prosiguió la ascensión, seguido de Mike Shoat, llevando ambos las pistolas en la mano.

Aquel silencio no auguraba nada bueno. Hubieran preferido los tiros y ruido de lucha, porque al menos sabrían a qué carta quedarse, a aquel silencio temible y opresor, que les rodeaba, lleno de augurios siniestros.

¿Sería posible que hubieran llegado tarde y que Casey Barnett y sus hombres hubieran huido, amparados por los dos secuaces suyos

que lanzaron contra ellos?

No lo quisiera Dios. Ahora que sabían contra quién luchaban, estaban deseando entrar en acción, pero nadie salía a enfrentarse con ellos. Sin embargo, Sid tenía la sensación de que varios pares de ojos los estaban vigilando, y esta sensación aumentó cuando llegaron al final de la escalera y se encontraron en un «hall», semejante al primero, que había en el segundo piso.

Varias puertas se alineaban en uno de sus lados. Sin la menor vacilación, Sid se dirigió a una de ellas, abriéndola de un empujón. La estancia era un despacho y allí no había nadie, pero presentaba el mismo aspecto que si una legión de salvajes hubiera pernoctado en ella.

Los cajones de la mesa estaban tirados en el suelo, junto con lo que había estado contenido en ellos. Un armario de madera tallada aparecía abierto, y su interior estaba vacío, porque libros y papeles se acumulaban en el suelo ante él. Un «secreter» había sido forzado a culatazos y su cubierta aparecía destrozada. Un frasco de tinta se había vertido sobre la alfombra, produciendo una gran mancha azul sobre ella. La caja de caudales también mostraba sus entrañas a los ojos asombrados de los dos policías.

Sid se acercó a ella.

—¡Vaya trabajo, Mike! —exclamó—. Quien hizo esto sabe lo que es abrir una caja.

—Fíjate, Sid. No han respetado ni los cortinajes ni los muebles.

Era verdad. Los dos sillones y el sofá de un tresillo, que formaba un acogedor rincón en un ángulo del despacho, aparecían destrozados, mostrando sus entrañas de estopa, que salían por varias rasgaduras que alguien había hecho en su forrado de terciopelo con un cuchillo.

—Han buscado bien. Ya lo creo —repuso Sid—. Vamos a otra habitación. ¿Será posible que se hayan marchado?

Pero no. Casey Barnett no se había ido. Permanecía en la casa con sus secuaces, realizando el último esfuerzo para encontrar las joyas, y buena prueba de ello tuvieron Sid y Mike cuando se volvieron para salir del despacho.

En la puerta del mismo, dos hombres les contemplaban sonriendo. Uno de ellos empuñaba una pistola, y el otro, un fusil ametrallador, y tenía un dedo engarfiado en el gatillo, pronto a

disparar.

—¿Han encontrado lo que buscaban? —preguntó el del revólver —. Si es así han tenido más suerte que nosotros.

Ni Sid ni su compañero dijeron media palabra.

—Tiren las armas. —Continuó Leary, impasible—. ¡En seguida! Y levanten los brazos.

Cuando obedecieron, se acercó a ellos para registrarles, mientras el hombre del «ukelele» extremaba su vigilancia, desconfiando de aquella pasividad.

—Vimos cómo se cargaron a Castle —explicó Leary— y eso os va a costar caro. ¿Sois de la «bofia»?

—A ti, ¿qué te parece? —preguntó Sid, sin el menor asomo de nerviosidad o intranquilidad.

Estaba examinando fríamente la situación. El hombre del «ukelele» era del primero que había que ocuparse, por el peligro que encerraba el arma que empuñaba.

—Soy yo quien pregunta —gruñó Leary—. Vamos, tirad delante.

Salieron del despacho, bien vigilados por los dos forajidos, que no les perdían de vista un minuto. Leary enseñaba el camino, y el hombre del «ukelele» iba detrás, con el arma apuntándoles a la altura de la cintura.

En esta forma llegaron a otra estancia de amplias dimensiones, cuya puerta se abría al «hall».

Sid paseó su mirada por la estancia, captando numerosos detalles. Era de amplias dimensiones y supuso que había estado dividida en varios compartimientos por algunos biombo de bellos dibujos, que se veían arrojados en el suelo, junto a la pared. Los muebles eran buenos y variados y, entre ellos, sobresalían algunas miniaturas y arcas chinas, que debían de valer muchos miles de dólares, pero todo estaba en el mayor desorden, igual que en el despacho que acababan de abandonar. También por allí habían pasado las ansias febriles de Casey por encontrar las joyas.

Había tres hombres en la habitación. Uno de ellos era Ling, que estaba tendido en un sillón de cuero. Vestía un kimono de seda color marrón, bordado con grandes flores amarillas y verdes, pero fué su lastimero estado lo que atrajo la atención de Sid y Mike hacia él.

Su rostro aparecía magullado, denunciando el terrible trato que

había recibido. Tenía un ojo amoratado y un hilo de sangre se escapaba de las comisuras de sus labios. Sonrió tristemente al verlos llegar, y dijo, con voz débil:

—Bien venido, míster Shoat. No llega usted en el momento más apropiado...

Otro de los hombres que allí estaban era Casey en persona. Su rostro estaba ceniciento y se paseaba de un extremo a otro de la habitación, con un pitillo entre los labios, mientras el otro hombre vigilaba a Ling, pistola en mano.

Casey interrumpió su paseo al verlos entrar y se quitó el cigarro de la boca.

—Al fin los cogiste, ¿eh, Leary? —dijo—. Está bien. —Sentaos ahí.

Su dedo señalaba el sofá que había junto a Ling. El hombre del «ukelele» se sentó junto al otro «gángster» y los dos quedaron vigilando a los tres hombres que estaban ante ellos.

—¿No ha regresado Seldon? —preguntó Leary.

—Aún no —repuso Casey—; pero no pueden tardar —se volvió hacia Ling y prosiguió—: Y como las joyas no estén donde nos has dicho, chino de Satanás, te juro que te sacaré los ojos con estos dedos.

—Todo puede esperarse de un asesino degenerado como tú, Casey —replicó calmadamente Ling, y Casey descargó una fuerte bofetada sobre su mofletudo rostro, que no consiguió alterar la impasible serenidad de Ling.

Al fin llegó Seldon, acompañado de dos hombres. Uno de ellos empujaba con el cañón de su pistola a un viejo chino, muy parecido al que les había abierto la puerta, que temblaba visiblemente. Seldon llevaba un maletín en la mano y una sonrisa de triunfo en los labios.

—¡Por fin lo encontré, jefe! —exclamó—. Estaba donde dijo ese sapo.

Casey le arrebató el maletín. Lo colocó sobre una mesita de centro, lo abrió, sacando su contenido. Una cascada de luz y resplandores surgió de las joyas, que iba colocando sobre la mesa. Collares de perlas, de diversos tamaños, diademas cuajadas de pedrería, broches, alfileres, una orgía de resplandores y luminosidades que estaban tasados en un millón de dólares, se abrió

a los ojos asombrados de los presentes.

Casey hundió sus manos en aquel tesoro, por el cual había luchado y había matado, y, por un momento, se olvidó de cuanto le rodeaba, sumido en un éxtasis de ambición.

Leary y los dos recién llegados no pudieron reprimir una exclamación de asombro ante tanta magnificencia, mientras sus ojos relucían de avaricia. Garland y Huston, que vigilaban a los tres hombres, no pudieron por menos de desviar su mirada hacia el tesoro, descuidando por un segundo su vigilancia.

Sid no perdió el tiempo. Estaba sentado frente a Garland y, de pronto, sus piernas se distendieron dando a su cuerpo un impulso que le hizo chocar con terrible violencia contra el «gángster». El sillón donde estaba Garland se volcó hacia atrás y los dos hombres rodaron por el suelo, perdiendo Garland el «ukelele». Shoat se lanzó hacia él. Si lograba apoderarse del arma se haría el dueño de la situación, pero Huston se había dado cuenta de su propósito y se lanzó sobre él, cuando ya ponía su mano sobre el arma. Ambos cayeron al suelo, enzarzados en brutal pelea, y Leary, Seldon, Clive y el propio Casey, saliendo de su éxtasis, corrieron en auxilio de sus compañeros, mientras Ling contemplaba la escena, incapaz de moverse a causa del castigo sufrido, pero hizo una seña al viejo criado, que desapareció de la estancia silenciosamente.

La lucha prosiguió con terrible violencia. Sid puso a Garland fuera de combate de un terrible directo a la mandíbula y, cuando Clive se lanzó sobre su espalda, lo volteó por encima de él, lanzándole contra Leary, que se disponía a machacar el cráneo de Shoat con su gigantesco puño.

Pero la situación se hacía insostenible. Eran cinco hombres contra dos, y los «gangsters» mientras luchaban, estaban esperando el momento oportuno para poder descargar sus armas sobre sus rivales, sin miedo a herir a sus compañeros.

Una cortina cayó en el fragor de la refriega. Sid observó que había estado ocultando una puerta, y sin dejar de luchar, se fué acercando a ella, mientras Ling hacía signos aprobatorios con la cabeza.

Sid pegó su espalda a la puerta y empujó. La hoja se abrió sin dificultad. Shoat se fué acercando a él, y los «gangsters», dándose cuenta de sus propósitos, se lanzaron en tromba hacia ellos,

intentando impedir su fuga.

El revólver de Casey tronó dos, tres veces, pero ya Sid y Mike habían transpuesto la puerta de un salto y se hundían en la penumbra de un corredor, mal alumbrado por una pequeña lámpara de aceite. Al final de éste había una escalera y los dos amigos se lanzaron hacia ella, perseguidos por tres de sus enemigos.

La escalera terminaba en otro corredor, semejante al primero, a cuyos lados se abrían varias puertas. Al final había otra y Sid supuso que conducía al exterior, de forma que se lanzó hacia ella, seguido por Mike. Llegaban junto a la puerta, cuando los «gangsters» desembocaban en el otro extremo del pasillo. En cuanto los vieron comenzaron a disparar sobre ellos y Sid tuvo que renunciar a abrir la puerta, en vista de lo cual, de un salto, se metió en la primera habitación que vio y Shoat le siguió, cerrando la puerta tras él.

Se encontraban en una estancia desprovista de ventanas, de modo que la oscuridad más completa los envolvió. Al otro lado de la puerta, los «gangsters» descargaban sobre ella violentos empujones, intentando derribarla, pero la hoja de madera resistió todos sus esfuerzos, en vista de lo cual Leary les ordenó retirarse.

Antes de alejarse cogió una cuerda que había en el suelo y la ató al picaporte de la puerta, sujetando luego el otro extremo a un enorme clavo que había en la pared opuesta del pasillo.

«Esto nos asegura unas horas antes de que puedan salir», murmuró.

Cuando llegó junto a Casey, los dos hombres que le habían precedido estaban dando cuenta a éste de su fracaso, pero Casey no se enfureció por eso.

—Tenemos las joyas, que es lo principal —dijo—. Casi prefiero lo que has hecho, Leary, porque matar a un policía es una cosa muy seria.

Leary le miró, no sabiendo si hablaba en broma o en serio.

—Vámonos —dijo Casey—. Ya nada tenemos que hacer aquí. ¿Está el yate anclado en el puerto? —preguntó.

—Sí —replicó Seldon—. Lo vi cuando fui a buscar las joyas. Nelligan está también, en la dársena con la lancha.

—Pues andando —ordenó Casey—. Leary, coge a Ling.

—¿Qué vas a hacer con él?

—Llevárnoslo. Luego veré si pido un rescate por su grasienta persona o lo tiro al agua, para dar un festín a los peces.

Entre Leary y Seldon arrastraron a Ling fuera de la estancia. Detrás de ellos salió Casey, llevando en la mano el maletín, mientras Garland, Huston y Clive marchaban detrás de él, pistola en mano, guardándole las espaldas.

De esta forma llegaron a una puerta situada en el piso bajo, que se abría al muelle. La misma, precisamente, por donde, momentos antes, Helen Chartier había entrado en la casa.

Estaban ya junto a ella, cuando Casey se detuvo y luego sonrió ante la idea que se le había ocurrido:

—Oye, Huston, quédate aquí con Garland. En cuanto lleguemos al barco os mandaré de nuevo la lancha. Mientras tanto, id acumulando cosas combustibles y prenderlas fuego. Luego os vais al barco. Haciendo las cosas bien, nadie se percatara del fuego hasta que estéis a bordo.

Ni a Huston ni a su compañero les gustó la idea, pero no tenían más remedio que obedecer las órdenes de Casey, porque le conocían muy bien, y, con cara de disgusto, le vieron alejarse hacia la lancha.

Mientras tanto, Sid y Mike, observando que los «gangsters» se habían alejado de la puerta de la habitación donde habían quedado encerrados, se dispusieron a abrir la puerta, pero ésta resistió todas sus tentativas.

—Han debido sujetarla desde fuera —comentó Shoat.

—Shoat: ¿tienes una cerilla? Me parece que no estamos solos aquí —replicó Sid.

El teniente sacó una caja de cerillas, extrajo una de ellas y la encendió.

La pequeña llama del fósforo disipó las tinieblas que los envolvían, poniendo de manifiesto un cuadro macabro.

Un hombre estaba ante ellos, tendido en el suelo, inmóvil. Tenía el traje empapado en sangre y un puñal clavado en el corazón. Sus ojos vidriosos estaban fijos en Sid, pero éste estaba seguro de que ya no miraban.

—¿Quién será? —preguntó.

—No lo sé —replicó Shoat—. ¡Demonio! —exclamó al sentir en sus dedos la quemadura producida por la llama de la cerilla que acababa de consumirse.

Tiró al suelo el gastado fósforo y encendió otro. Una sospecha acudió a la mente de Sid, que se inclinó sobre el muerto.

—Míralo bien. Mike. ¿No ves nada raro en sus vestidos?

Shoat miró con atención y tuvo que encender otra cerilla para seguir examinando el cadáver.

—No —replicó al fin.

—La sangre que empapa sus ropas no ha surgido toda de esa herida. Tiene otra en la espalda, producida también por un cuchillo y...

—Entonces es Alvin Oakley, el hombre que trajo las joyas de Formosa —exclamó Shoat, interrumpiéndole.

—Exactamente —convino Sid—. No enciendas más cerillas —agregó al ver que el teniente tiraba la última que se había apagado—. Pueden hacernos falta todavía.

—¿Quién le habrá matado? —preguntó Shoat en la oscuridad—. ¿Habrás sido Ling?

—No lo creo —repuso Sid—. Pero tampoco nos importa demasiado. Lo esencial es saber cómo vamos a salir de aquí.

Pasó el tiempo. Sid estaba impaciente. Aquellos forajidos tendrían tiempo de huir y luego sería muy difícil seguirles el rastro para apresarlos.

De pronto, las aletas de su nariz se distendieron, aspirando el aire.

—¿No notas nada, Mike? —preguntó.

—No sé a qué te refieres —replicó éste—. ¡Dios mío! Vaya oscuridad. Podría cortarse con un cuchillo.

—Es humo, Mike. Me está dando el olor hace rato, pero ahora sí que estoy seguro, ¿no lo notas tú?

—Sí —replicó Shoat, inquieto—. Ya lo noto también. ¿Es que van a ahumarnos como si fuéramos morcillas?

—Sí sólo fuera eso —contestó Sid, en tono sombrío—. Pero mucho me temo que pretendan algo más que ahumarnos.

El humo aumentaba por momentos dentro de la estancia a oscuras, haciendo lagrimear sus ojos. Shoat comenzó a toser espasmódicamente.

—Enciende una cerilla —le dijo Sid entre hipos y toses—. Al menos que veamos de dónde sale.

Shoat obedeció trabajosamente. El humo penetraba por debajo

de la puerta. Para que así fuera debían de haber encendido muy cerca de ella una hoguera o haber prendido fuego a la casa. Sid se inclinó por esta segunda hipótesis, pero no era hora de reflexionar, sino de actuar y rápidamente si no querían morir ahogados.

Miró a Shoat. El teniente tenía el rostro congestionado por la tos y la falta de aire. El mismo notaba unas ansias terribles de aire. Shoat se llevó la mano derecha al cuello, rasgándose la camisa, mientras se apoyaba en la pared, para evitar el caer al suelo.

—¡Sid..., Sid! —exclamó, con voz ronca—. No puedo..., no puedo... más...

Un golpe de tos cortó su voz y tiró la cerilla al suelo.

Reuniendo fuerzas de flaqueza, Sid se abalanzó contra la puerta, golpeándola con terrible violencia con sus poderosas espaldas, pero no obtuvo ningún resultado. Volvió a la carga. Nada. La puerta resistía sus empujones. Entonces Sid se despojó de la gabardina y la colocó pegada a lo largo de la rendija que había debajo de la hoja de madera. Así, por lo menos, evitaría que la atmósfera se viciase más. Luego siguió cargando contra la puerta hasta que las fuerzas le faltaron.

Exhausto, y ahogándose por la violenta tos que le dominaba y la falta de aire, se apoyó contra ella. Era desesperante morir así, cogidos como ratas en aquel cepo mortal, mientras los criminales huían libremente. Probablemente habían prendido fuego a la casa y toda ella, e incluso aquella habitación, sería pasto de las llamas dentro de algunos minutos. Pero para entonces ellos ya estarían muertos.

Luego encontrarían sus cadáveres carbonizados, y cuando quisieran identificarlos, si es que lo conseguían, Casey y sus secuaces estarían muy lejos de allí.

Luchó heroicamente por librarse de la modorra que le iba invadiendo paulatinamente. De pronto le pareció que alguien llamaba a Mike.

—¡Teniente Shoat, teniente Shoat! —exclamaba una fina voz, que parecía venir de arriba.

Sid miró hacia allí. Una trampa se había abierto en el techo de la habitación y por ella asomaban dos rostros que apenas podía divisar.

—Estamos aquí —gritó con voz que él mismo no reconoció

como suya—. Pronto. Echen una cuerda.

—Aguanten un poco. En seguida estará —replicó la voz de Helen Chartier.

Sid se acercó al centre de la estancia. Una cuerda cayó desde arriba y quedó balanceándose ante él.

—Arriba, Mike —exclamó Sid, acercándose al teniente.

Le ayudó a llegar al centro de la habitación. Shoat se agarró desesperadamente a la cuerda, pero estaba tan débil que no podía trepar por ella, en vista de lo cual le izaron desde arriba, mientras Sid le levantaba desde abajo.

Luego la cuerda volvió a caer y Sid se elevó por ella, pasando mil fatigas. Cuando llegó al borde de la trampa aspiró con fruición el aire relativamente puro del piso de arriba, mientras Helen y Sun Yen lo cogían de ambos brazos, ayudándole a salir.

Shoat estaba echado en el suelo, boca arriba, respirando con ansiedad. Sid le miró y el teniente sonrió débilmente, moviendo la cabeza a los lados.

Un minuto después, Sid se encontraba bien, aunque de vez en cuando efectuaba una profunda inspiración. Helen estaba ante él, con los brazos en jarras, mirándole con ironía. Sid la miró confuso. Luego su boca se abrió en una ancha sonrisa, tendiendo su mano a la periodista.

—Chócala, monada. Retiro cuánto dije antes de ti. Ahora creo que no sólo eres la mujer más bonita de Frisco, sino también la más valiente y oportuna.

El rostro de Helen se suavizó al oírle y estrechó vigorosamente la mano que Sid le tendía, pero no pudo privarse de su pequeña venganza.

—¿Continúas pensando que soy una niña histérica y que estas cosas no son para mí? —preguntó.

—De ninguna manera. Ahora creo que el que está al borde del histerismo soy yo. Te pido mil perdones por todo lo que te he dicho..., pero tú también tienes una lengua que hiere más que un cuchillo.

—También retiro lo que dije —replicó ella sonriendo—. ¿Amigos?

—Amigos —dijo Sid—. Y ahora vamos a examinar la situación. ¿Cómo entraste en la casa?

LA AVENTURA DE HELEN



ELEN Chartier conocía muy bien la casa. Era una excelente amiga de Ling, y éste, con el profundo conocimiento que tenía del hampa de San Francisco y sus poderosos medios de información, había proporcionado a la periodista más de un triunfo.

Esto había dado lugar a que se estableciera entre ellos una mutua y creciente amistad, que por parte de Ling no tardó en transformarse en amor hacia la muchacha. Sin embargo, como hombre inteligente que era, sabía que no podía tener la menor esperanza en este aspecto.

La diferencia de raza por un lado, la de edades por otro y su figura pequeña y desgarbada, constituían obstáculos imposibles de vencer, para que Helen pudiera aceptarle; pero, sin embargó, Ling se conformaba con saberse su amigo, con ayudarla y con verla casi

a diario, alegrando la casa con su presencia, aunque no en la forma que él deseaba.

Helen sabía que la casa tenía dos salidas al muelle. Una muy frecuentada por los criados de Ling y la otra, que apenas se usaba, más que para meter por ella el carbón para la calefacción.

Probó a entrar por ésta, pero estaba cerrada con llave por dentro y le fué imposible franquearla. En vista de ello, se dirigió a la otra. Con gran sorpresa suya la puerta estaba abierta y cedió en cuanto la empujó. Entonces pensó que quizá fuera la entrada utilizada por los hombres que estuvieran dentro, y se afirmó en su suposición al comprobar que la cerradura había sido violentada.

Un largo pasillo se extendía ante ella y Helen se aventuró por él, empuñando una pequeña «*browning*» del calibre 7,65 que sacó de su bolso.

Nadie la molestó, y de esta forma pudo llegar al *hall* del piso bajo. Se disponía a cruzarla, cuando sintió pronunciar su nombre.

—Señorita Helen —llamó Sun Yen.

Helen llegó a su lado. El chino estaba debajo de la escalera, sentado junto a un hombre de repulsivo aspecto, que estaba apoyado en la pared, al parecer sin sentido.

—¿Qué le ha pasado, Sun? —le preguntó.

El chino le contó en pocas palabras lo ocurrido y le dijo que Sid y Mike estaban arriba.

En aquel momento, el «gángster» comenzó a dar señales de vida. Sun se apoderó de la pistola de la muchacha y descargó un fuerte golpe en la cabeza del forajido, prolongando su sueño unos minutos. Luego rió silenciosamente, satisfecho de sí mismo, entregando de nuevo la pistola a la muchacha.

—De pronto, del piso de arriba llegó hasta ellos un sordo rumor.

—Se están peleando, Sun. ¿No podríamos ayudarles? —preguntó Helen con ansiedad.

—Me temo que no, señolita —replicó el chino—. Nosotros espelal aquí. Aliba no podel hacel nada, y luego, ¿quién sabe?

Helen comprendió que tenía razón. Pasaron unos minutos, trágicos, obsesionantes; luego se dejó oír el rumor de muchos pasos corriendo precipitadamente. Helen y Sun se acurrucaron contra la pared.

Sid y Shoat pasaron junto a ellos como un torbellino, cruzando

el «*hall*» en dirección al pasillo por donde ella había llegado, y detrás de ellos, como una jauría de perros rabiosos, tres hombres más empuñando sendas pistolas.

—Por allí van, Leary —exclamó uno de ellos—. Están intentando abrir la puerta.

—¡Tirad! ¡Pronto! —ordenó Leary, predicando con el ejemplo—. No deben de escaparse.

Con el alma en un hilo Helen oyó los disparos, y mentalmente pidió a Dios que no alcanzasen a ninguno de los dos.

—Se han metido en esa habitación —gritó Leary—. Ahora sí que no se escapan.

Se lanzaron hacia allí. Helen asomó la cabeza y los vio descargando fuertes golpes sobre la recia puerta de roble; pero no pudieron derribarla, en vista de lo cual volvieron al piso de arriba subiendo por la escalera bajo la cual estaban ellos escondidos.

Helen fué a salir de su escondite para acercarse a la habitación donde estaban encerrados Sid y Mike, pero cuando estaba en la mitad del pasillo un rumor que sintió a sus espaldas la hizo volver a su escondite.

Ling pasó junto a ellos, en un estado lastimoso, arrastrado por dos hombres. Detrás de él iban otros tres hombres más a los que Casey dio una orden al llegar junto a la puerta del muelle.

Dos hombres quedaron allí, entregados a una extraña operación. Buscaban cuántos objetos podían ser susceptibles de arder y los amontonaban en el centro del pasillo.

Helen no comprendió sus intenciones hasta que Garland, que buscaba por el «*hall*», gritó al otro.

—¡Eh, Huston! Ayúdame a llevar ese banco. Es de madera vieja y arderá como la yesca.

Entonces comprendió lo que significaban aquellos preparativos y se dio cuenta también del peligro que corrían Sun y ella si los dos forajidos los descubrían en su búsqueda del combustible.

—Sun, vamos al piso de arriba —apremió.

Se deslizaron sin ser vistos escalera arriba y acababan de llegar al segundo piso cuando oyeron abajo la voz excitada de Huston.

—¡Eh, Garlan! Ven. Mira quién está aquí. Es Rudy. Le han golpeado de lo lindo.

No quiso oír más y se refugió con Sun en la habitación donde

poco antes se había desarrollado la lucha.

Pasaron unos minutos y de pronto la estancia comenzó a llenarse de humo.

«Ya han prendido la hoguera —se dijo—. ¡Canallas!».

Quiso bajar, pero Sun la detuvo. Aún se oía abajo el rumor de los pasos de Garland y Huston yendo y viniendo mientras refunfuñaban maldiciones.

De pronto se hizo el silencio. Seguida de Sun, Helen intentó descender por la escalera para ir en ayuda de Sid y Shoat, pero la hoguera había tomado ya grandes proporciones en el piso de abajo y era imposible atravesar el pasillo.

Retorciéndose las manos de desesperación volvieron arriba.

—Tenemos que hacer algo, Sun —dijo Helen con ansiedad—. Esos dos hombres están en peligro de muerte. Vi cómo uno de esos bandidos sujetaba la puerta por fuera y van a morir abrasados.

Sun sonrió con una calma desesperante.

—El viejo Sun los salvará. Ven conmigo. Tomándola de la mano la llevó por un estrecho pasillo que debía coincidir con el de abajo. Al final del mismo Sun penetró en una habitación que se abría a la izquierda y Helen le siguió.

—Esta habitación queda encima de la otlá, donde están ellos —murmuró el chino—. Aquí habel una tlapa que comunica con ella.

Levantó la gruesa alfombra que cubría el piso, y en el centro de la habitación, pudo ver Helen la trampa de que había hablado Sun.

Debía de hacer mucho tiempo que no se usaba, porque les costó mucho trabajo levantarla. De la parte anterior de la casa llegaban ya hasta ellos los gritos de alarma de la multitud congrega ante la puerta.

Al fin pudieron desprender la pesada losa de cemento de su alvéolo y una bocanada de humo surgió de la habitación de abajo. Luego Helen se acercó a ella y llamó.

—Míster Shoat, teniente Shoat.

Cinco minutos después Sid y el teniente estaban junto a ellos, con gran alegría de la muchacha y Sun.

La habitación tenía una ventana que daba al muelle, Sid se acercó a ella para abrirla y hacer más respirable el aire de la habitación.

—Podemos salir por aquí —dijo—. Pronto la casa será una

hoguera.

Abrió la ventana y una exclamación se escapó de sus labios.

—Mira, Shoat —exclamó—. Hay un yate anclado ahí enfrente. Una lancha viene hacia el muelle y tres de esos tipos la están esperando. Me parece que todavía... ¿Tiene alguien una pistola?

—Tenga —replicó Helen, poniéndole la suya en la mano.

Sid se sentó a horcajadas en la ventana. Luego pasó ambas piernas hacia afuera y se dejó caer al suelo.

Garland, Huston y Rudy estaban en la orilla del muelle observando con nerviosismo la lancha que se iba acercando a ellos lentamente, mientras lanzaban sobre la casa algunas miradas.

Sid fué a lanzarse contra los «gangsters», pero no le convenía hacerlo antes de que la lancha llegase al muelle, porque el hombre que remaba podía darse cuenta de lo que ocurría y dar media vuelta para avisar a los del yate.

Se agazapó detrás de una pila de sacos que varios obreros acababan de descargar, y Shoat se reunió con él.

—En cuanto llegue la barca salta a ella, Mike —dijo Sid—. Los demás déjamelos a mí.

Varios policías llegaban corriendo por el muelle, avisados por el hermano de Sun de lo que estaba ocurriendo dentro de la casa; pero sólo llegaron a tiempo de apartar del fuego al grupo de curiosos, que crecía por momentos, mientras el hermano de Sun se entregaba a la desesperación, creyendo muertos a Ling y a su hermano.

Al fin, la lancha atracó al muelle. El hombre que la conducía hizo señas perentorias a los tres forajidos para que saltasen a ella.

—¡Ahora, Shoat! —exclamó Sid.

Los dos hombres atravesaron el muelle a la carrera, cargando contra ellos. Garland se volvió al oír sus pasos y lanzó un grito al reconocerlos, pero ya Sid estaba a su lado y de un violento cabezazo en el vientre lo lanzó a las sucias aguas de la bahía.

Shoat saltó a la barca. El marinero intentó golpearle con un remo, pero Mike hizo un esguince y hundió su puño en el estómago de su rival, que se dobló hacia adelante, soltando el remo. Luego de un directo a la mandíbula le hizo enderezarse y lo arrojó al agua.

Sid, mientras tanto, se las entendía maravillosamente con Huston y Rudy. Éste estaba medio atontado aún por los golpes recibidos y no fué un serio enemigo para Sid, que lo dejó fuera de

combate mediante un fuerte rodillazo en el rostro. Huston no quiso saber más de la lucha y salió corriendo muelle adelante, para ir a caer en brazos de varios cargadores que acudían en auxilio de Sid.

Helen se presentó también al lado del agente del
F. B. I.,

en el momento en que éste iba a saltar a la lancha.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó.

—Ir al yate ahora mismo —replicó Sid, ya desde la lancha.

Sin previo aviso, Helen saltó también a ella. La frágil embarcación estuvo a punto de zozobrar, y la periodista cayó en los brazos de Kid, que la interpeló acremente.

—¿Estás loca, muchacha?

—Nada de eso. Yo también voy al yate.

Sid intentó oponerse, pero fué inútil.

—La única manera que tienes de desembarazarte de mí es tirarme al agua, y te advierto que no sé nadar —dijo Helen sonriendo.

Sid lanzó un bufido y se volvió hacia Shoat.

—Pero alguien tiene que avisar a la Policía del puerto. Si ella no quiere, debes ir tú, Mike —dijo.

Éste se echó a reír.

—Vamos, Sid, con lo que nos espera allí, y te voy a dejar solo...
—repuso.

—Shoat, vete a avisar a la Policía —ordenó Sid.

—¿Quién eres tú para darme órdenes? —Gruñó Mike, incorporándose frente a él.

Sid masculló una maldición. Los segundos eran preciosos y allí estaban ellos discutiendo como tres idiotas.

—Está bien, tú lo has querido —masculló, mientras descargaba un directo en la mandíbula de Shoat.

Éste, que no esperaba semejante ataque, cayó hacia atrás, pero Sid lo recogió en sus brazos, evitándole un chapuzón.

Luego se dirigió a los cargadores, que contemplaban la escena desde el muelle.

—¿Hacen el favor de cogerlo? —les dijo, mostrándoles a Shoat desmayado en sus hercúleos brazos—. Díganle cuando se despierte que avise a la Policía.

Un segundo después Shoat era izado al muelle. Sid tomó los

remos y la barca comenzó a separarse de la costa, mar adentro, hacia el barco que esperaba a unos cientos de yardas, con la muerte en sus entrañas.

Helen le miró irritada.

—Eres el bestia más grande que he visto en mi vida —dijo—. ¡Pegarle así, cuando estaba descuidado!

Sid continuó remando impasible, sin hacer el menor caso del torrente de insultos que Helen lanzaba sobre él, indignada con lo que ella calificaba de una felonía.

Mirando por encima del hombro de la muchacha, Sid percibió la enorme humareda que salía de la casa de Ling, mezclada con algunas llamaradas. El muelle estaba lleno de gente, que la policía llegada con el hermano de Sun era impotente para contener.

Más acá, Shoat había recobrado el conocimiento y parecía un punto más entre los cargadores que le habían recogido. Sid le vio correr hacia un auto de la Policía, que partió inmediatamente hacia la parte alta del puerto, mientras otros cargadores se dedicaban a pescar a Garland y a sujetar a Rudy, que también había vuelto en sí.

Entonces dedicó toda su atención a los remos, y la barca comenzó a deslizarse a mayor velocidad. Helen se había callado momentáneamente, pero volvió a sus insultos al decirle Sid que Shoat ya había recobrado el conocimiento.

—¿Te quieres callar de una vez, cotorra? —La interrumpió Sid con energía—. Mike está casado y va a tener un niño. No podía dejarle ir a ese infierno.

Ella se llevó una mano a la boca, ahogando una exclamación de estupor, y luego comenzó a balbucir:

—Perdóname, Sid... no sabía...

—No tiene importancia, Flor de Loto —replicó el agente especial—. Lo que no sé es cómo no he hecho contigo lo mismo que con él, aunque no estés casada ni vayas a tener un niño.

Ella sonrió maliciosamente.

—¿Tú qué sabes? —le preguntó.

—Lo primero lo supongo. Lo segundo salta a la vista —replicó Sid, mirando el armonioso talle, de la periodista.

Sonrió al observar el rubor que la invadía y se puso a silbar «Luna amarilla», sin que las fuertes remadas que daba pareciesen afectar en absoluto a sus pulmones.

El yate estaba a unas cien yardas. Podían ver su solitaria cubierta y todos los detalles de la misma. Sid miró al reloj. Eran las once, de la mañana.

Helen le contemplaba conmovida. Sid presentaba un aspecto verdaderamente deplorable. Se había arrancado la corbata cuando el humo le ahogaba, despojándose también de la chaqueta al comenzar a remar, de forma que estaba en mangas de camisa, con sus potentes músculos marcándose a cada esfuerzo debajo de la fina tela. El pelo, revuelto y ensortijado, le caía en mechones sobre la frente, sucia y cruzada por un araño sanguinolento que le habrían hecho en alguna de las refriegas que, había sostenido.

Pero sus ojos seguían brillando de alegría ante la emoción de lo desconocido.

—¿Qué vamos a hacer cuando lleguemos allí? —preguntó Helen.

—¿Cuándo lleguemos? —Gruñó Sid—. ¿Te has creído que te voy a dejar entrar en esa ratonera?

Helen adelantó la barbilla, en un gesto inconfundible de rebeldía, y Sid dejó de remar.

—Mira, monada —dijo—. No vas a subir a bordo. Métete eso en la mollera. No sé cómo te he dejado venir; pero de eso a permitirte ahora que...

—Me has dejado venir porque tienes miedo a ir sin mí —replicó ella, sencillamente—. Te salvé la vida una vez, y quién sabe si...

—Miren la presumida —masculló Sid—. Me voy a tirar al agua. Seguramente habrá alguien en cubierta esperando nuestra llegada, aunque no lo veamos, y si nos ven acercarnos nos recibirán a tiros. Procura coger los remos en cuanto salte de la barca y salir de estampida hacia el muelle. ¿Entendido?

Ella parpadeó un segundo y luego dijo que sí.

—Como se te ocurra quedarte aquí con la lancha o acercarte al yate, te vas a acordar de mí —dijo Sid, y luego murmuró—: Si salgo con vida de ésta.

—Sid, dame un beso —pidió ella de pronto, y el agente la miró sonriendo. Luego la tomó en sus brazos y la besó en los labios.

—Ya sabía yo que no podrías resistirte —dijo cuándo la soltó.

—No es eso, Sid. Es el preliminar para decirte que en cuanto te tires al agua, me acercaré al yate y procuraré subir a bordo. No quiero engañarte —repuso ella—, y Sid; lanzando un bufido, se tiró

de cabeza al agua.

Helen le vio nadar hacia el barco, angustiada. Había llegado a apreciar a aquel gigante, que se jugaba la vida a cada paso con tanta alegría y no ignoraba dónde iba a meterse. Pero los hombres que perseguía estaban dentro de aquel barco, y nada podría disuadirle de su empeño.

Le vio bracear enérgicamente, alejándose de la barca. Luego, cuando estaba a pocas yardas del yate, Sid se hundió en el agua y ya no le vio más.

El motivo de aquella zambullida fué que al acercarse al barco, Sid desde cubierta, espiaba la barca.

—Será el tipo que la está esperando —murmuró—, y llenando de aire sus pulmones se zambulló en el agua para evitar ser visto por aquel vigilante individuo.

Nadando entre dos aguas llegó hasta el casco del barco y dio la vuelta para subir por el otro lado. Inspeccionó el costado de la nave. No había nada en ella que le permitiera izarse a bordo, en vista de lo cual continuó nadando hacía proa con infinitas precauciones.

Sabía que por allí podía subir a bordo. En cuanto llegó a la hélice, se agarró a ella y gateó hasta colocarse de pie sobre su eje, pidiendo a Dios que no se les ocurriera a nadie poner el yate en marcha, porque perecería irremisiblemente destrozado.

Desde el eje de la hélice le fué fácil encaramarse a uno de los ventiladores de las máquinas, corriendo el riesgo de que alguien le viese desde dentro y diera la voz de alarma. Luego extendió los brazos hacia arriba y se asió al borde de la cubierta, izándose hasta a ella a pulso.

Se metió por debajo de la barandilla y se dejó caer sobre cubierta, detrás de un ventilador, mirando ante él sin ver a nadie. Avanzó silenciosamente, aprovechando todos los lugares en que podía ocultarse, y en esta forma llegó al centro de la cubierta solitaria.

Desde allí pudo percibir la lancha con Helen dentro y al hombre que había visto antes, inclinado sobre la barandilla, mirándola.

Se acercó sigilosamente a él, dispuesto a tirarlo al mar, pero cuando estaba a dos pasos del marinero, éste se volvió de pronto y en su rostro se dibujó la mayor sorpresa. Reaccionando en seguida, se lanzó contra Sid, pero éste, le esperaba ya dispuesto a la lucha y

detuvo su carrera mediante la aplicación de un poderoso puñetazo en el rostro.

El marinero retrocedió unos pasos, apoyándose con ambas manos en la barandilla de cubierta. Luego se lanzó de nuevo a la carga, pero Sid no estaba dispuesto a permitir que la lucha durase demasiado, porque podría atraer sobre ellos la atención de otras personas; así es que, cuando su rival llegó a su altura, hizo un rápido esguince con el cuerpo, y cuando el marinero pasó a su lado, descargó su puño, como una maza, sobre el cráneo del individuo, que cayó de bruces al suelo sin exhalar un gemido.

Sid le ató fuertemente con el extremo de un rollo de cuerda, le metió en la boca parte de ésta, y lo escondió detrás de la escalerilla que conducía al puente de mando.

En seguida empuñó la pequeña pistola que le diera Helen. Al hacerlo, pensó en la muchacha, y miró hacia el mar. Helen remaba hacia el yate, y Sid la maldijo «in mente», pero no había tiempo que perder.

Se metió por la escotilla que conducía a las entrañas del barco y comenzó a bajar la escalera lentamente, mientras observaba ante él, dispuesto a hacer uso del arma.

Un individuo salió de una habitación que se abría al pasillo, y al ver a Sid fué a decir algo, pero lo pensó mejor y echó a correr hacia el fondo del pasillo. Sid se lanzó en plancha sobre él, desde la mitad de la escalera, agarrando con ambas manos las piernas del individuo, y le hizo caer al suelo, dándole luego un culatazo en la cabeza.

Todo se había hecho sin el menor ruido. Al parecer, nadie se había dado cuenta de nada. La tripulación debía de estar en la sala de máquinas esperando órdenes. De una habitación próxima partía un rumor de voces.

Empuñando de nuevo la pistola, que se le había caído en la lucha, Sid empujó la puerta con precaución, mirando por la rendija. Casey estaba allí, apoyado indolentemente en una consola, hablando con otro hombre sentado de espaldas a Sid. Encima del mueble estaba el maletín que contenía las joyas robadas de casa de Ling.

—Ya deben de haber llegado éstos, Leary —decía Casey en aquel momento—. Vete a enterarte y vámonos cuanto antes.

Leary se levantó del asiento y se dirigió hacia la puerta. Sid se aplastó contra la pared, y cuando el pistolero transpuso la puerta y se volvió hacia ella para cerrarla, la culata del arma que empuñaba Sid cayó sobre su cabeza.

—Y van tres —murmuró mientras arrastraba el cuerpo inerte de Leary junto al del otro marinero.

Luego abrió la puerta de un empujón y se situó, pistola en mano, ante el asombrado Casey, que en aquel momento se dirigía hacia la puerta para investigar la causa del ruido que había oído.

—Quieto, Casey. Quieto o...

El «gángster» levantó los brazos, mientras lanzaba sobre Sid una furiosa mirada.

—¡Caramba! —dijo—. Pero si es nuestro antiguo amigo el policía. No está usted muy presentable que digamos, amigo.

—Es usted muy chistoso, Casey. Veremos a ver si tiene las mismas ganas de bromear cuando se siente en la silla.

Casey Barnett se estremeció nuevamente, pero no perdió su aspecto burlón.

—¿Cree que podrá hacerlo? —preguntó—, no sabe, por lo visto, dónde se ha metido.

—Claro que lo sé —replicó Sid—. Y basta de charla. Déme ese maletín.

Como Casey se resistía a hacerlo, él mismo avanzó hacia la consola y tomó la valija sin dejar de apuntar a Casey. Luego le clavó la pistola en los riñones, diciendo en tono amenazador:

—Si alguno de sus hombres intenta lo más mínimo, usted será el primero en desaparecer de este mundo. Andando hacía cubierta.

Casey avanzó hacia la puerta, y Sid le siguió, encañonándole. De esta forma salieron al pasillo. Lear y ya no estaba allí, y aquello hizo a Sid obrar de otra manera. Obligó a Casey a entrar de nuevo en la estancia y, sin dejar de apuntarle se acercó a un ojo de buey del camarote. Lo que vio le hizo bendecir mil veces la hora en que Helen decidió acercarse a la nave, porque la periodista estaba justamente debajo de él, buscando con la vista la forma de subir a bordo.

—Helen —llamó—. Helen. Es aquí..., jeh...! Helen...

Ella levantó la cabeza y sonrió al verle.

—Ayúdame a entrar, Sid —suplicó.

—No puede ser. Casey está aquí conmigo, pero la alarma está dada.

—¿Qué quieres que haga?

—Ahí va ese maletín con las joyas. Aléjate enseguida del yate en dirección al puerto. No te detengas. No sé el tiempo que podré sujetar a esta jauría para evitar que disparen contra ti.

Arrojó el maletín a la barca y comprobó con alegría que Helen obedecía sus órdenes, alejándose de la nave.

—Ahora vamos a bailar un poco —murmuró.

Estaba decidido a permanecer en aquel camarote, con Casey sirviéndole de escudo, hasta que la Policía del puerto llegase al buque; pero dudaba mucho que pudiera conseguirlo. Los «gangsters» conocían ya su presencia a bordo y no tardarían en arrojarle sobre él, sedientos de la sangre del hombre que les había hecho fracasar, una vez más, en su afán de apoderarse de las joyas de Ling.

LUCHA



N efecto, Leary no había perdido el tiempo. En cuanto se recobró del golpe que le había dado Sid, se percató de la difícil situación en que les había colocado la llegada a bordo del agente del

F. B. I.,

y se dispuso a tomar las medidas para eliminarle.

Reunió a su lado a Seldon y a Clive y, acompañados de dos marineros y del hombre que hacía las veces de capitán del yate, se dirigió al camarote en que Sid se había encerrado con Casey.

Leary no perdió él tiempo en vacilaciones. De dos certeros disparos saltó la cerradura, y los seis hombres penetraron en tromba en el camarote.

La pequeña pistola de Helen lanzó su metálico ladrido, y dos hombres cayeron bajo el plomo que Sid enviaba; pero Casey aprovechó la ocasión para lanzarse sobre él, y aunque Sid le dejó

inmóvil de un terrible puñetazo entre ambos ojos, le entretuvo el tiempo suficiente para que Leary y los otros tres se echasen sobre el agente, golpeándole sin piedad.

Alguien descargó un culatazo en su cabeza, y Sid, sintiendo unas violentas náuseas, notó que se iba sumiendo en la inconsciencia, sin que le despabilase la lluvia de golpes que caía sobre él desde todas direcciones.

—¿Qué hacemos con él? —oyó preguntar a Leary.

Le pareció que la respuesta de Casey venía de muy lejos al replicar:

—Llévalo con el chino. En cuanto estemos en alta mar nos desharemos de los dos. ¡Maldita sea! Le ha dado las joyas a alguien, que se las ha llevado.

La patada que le dio Casey en las costillas acabó de hacerle perder el sentido.

Cuando se despertó, se encontró en una pequeña habitación, desprovista de muebles. Estaba atado de pies y manos y tirado en el suelo, y había sido la frialdad de éste la que le había hecho recobrar el conocimiento.

La luz penetraba por una pequeña ventana y notó que el barco se movía lentamente.

—¿Despertó ya? —preguntaba alguien a su lado—. Temí que le hubieran matado.

Sentía un dolor insoportable en las costillas.

—Debo tener alguna rota —murmuró.

Con mucho trabajo se volvió hacia el hombre que le había hablado y no se sorprendió lo más mínimo al encontrarse ante la cara redonda de Ling, que estaba tan empaquetado como él y sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared.

—Veo con alegría que consiguieron ustedes, escapar de Casey —volvió a decir el chino—. Pero ahora, estoy triste otra vez al verle a usted en esta situación.

—No es mucho mejor la suya —replicó Sid, y Ling se encogió de hombros.

—Nosotros, los orientales, concedemos a la vida escasa importancia. Creemos que nacer, vivir y morir son sólo capítulos sin importancia en la vida eterna de un hombre —replicó—. Yo moriré muy pronto, pero no tardará mucho tiempo antes de que mi alma

reencarne en otra persona. El hombre no muere nunca. Desaparece el cuerpo, pero el alma pervive a través de los siglos.

—Eso es muy bonito, Ling, pero yo prefiero que siga viviendo mi alma dentro de este cuerpo que tengo ahora —contestó Sid, y Ling sonrió.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Sidney Eskev, agente especial del

F. B. I.

—replicó Sid.

—¿Qué ha hecho Casey para que hayan tenido que intervenir ustedes? —Tornó a preguntar Ling—. No habrá sido por causa de mis joyas.

—Sus joyas por un lado y la ambición de Casey por otro —replicó Sid—. ¿Sabe usted que puso una bomba en un avión que explotó en pleno vuelo, sólo para vengarse de Lanham?

—Casey nunca se ha andado por las ramas susurró Ling. —¿Consiguió matarlo?

—No —replicó Sid, contándole cuanto le había ocurrido a Lanham.

—Era un pobre diablo, pero esta vez me hizo un gran favor —dijo Ling—. Aunque realmente no me sirve de nada. Casey ha logrado apoderarse de las joyas.

Sid rió silenciosamente, y Ling le miró.

—Las joyas están a estas horas camino del muelle —dijo el agente del

F. B. I.

—. Y ¿sabe quién las lleva? Una buena amiga suya: Helen Chartier.

Los ojillos de Ling relucieron.

—Magnífica muchacha, Helen —exclamó, perdiendo por un momento su flema.

—Bien, Ling. Creo que ha llegado el momento de que hagamos algo por salir de aquí —sugirió Sid, y el chino hizo un gesto de fatalista resignación que enervó a Sid.

—¡Diablo! —exclamó éste—. Si tan poco apego le tiene a la vida, ¿por qué dijo dónde estaban las joyas cuando Casey le amenazó con matarle?

—En primer lugar, no merece la pena perder la vida por unas joyas, por mucho que valgan —replicó calmamente Ling—. En

segundo lugar, si no se lo hubiera dicho y me hubiera matado, ya no podría disfrutar de ellas, ¿no le parece? Y en tercer lugar, no; me amenazó con matarme a mí, sino con matar a mis fieles servidores. Casey es listo, y sabía que me hería en lo vivo. Confesé dónde estaban ocultas porque no tengo derecho a disponer de las vidas de mis criados.

Sid le miró asombrado, descubriendo nuevas e interesantes facetas en el rechoncho individuo, que tenía al lado.

—Bueno. Yo, por mi parte, voy a hacer lo posible por conservar la envoltura de mi alma —dijo Sid en tono burlón—. Haga el favor de tumbarse de bruces en el suelo.

El chino obedeció. Sid se acercó a él arrastrándose por el suelo y se apoyó sobre su espalda, intentando desatar con los dientes el nudo de las cuerdas que atenazaban las manos de Ling.

El que los había hecho debía de ser un especialista en nudos, quizá un marinero, porque le costó mucho trabajo conseguir que Ling se viera libre de las ligaduras de sus manos.

Mientras tanto, el yate continuaba en movimiento. Shoat no podía tardar en llegar en las gasolineras de la Policía del puerto, y para cuando llegasen, ellos debían estar desatados, para defenderse.

Ling sé restregó vigorosamente ambas muñecas.

—Ahora, desátame usted a mí —dijo Sid, presentándole las manos unidas.

El chino deshizo el nudo que sujetaba las manos del agente en la espalda y luego se dedicaron ambos a desatar sus respectivos tobillos.

Cinco minutos después, Sid se incorporaba y miraba con precaución por la pequeña ventanilla de la habitación.

De una mirada se percató de que ésta se encontraba en la segunda cubierta del yate. Mirando más allá de la borda, vio tres lanchas que avanzaban hacia la nave, ocupadas por policías de uniforme.

Y también vio otra cosa que le convenció de que Casey estaba dispuesto a matarlos para que no pudieran presenciar su triunfo.

Dos hombres subían por la escalera de la segunda cubierta. Uno llevaba un revólver en la mano y el otro portaba un «ukelele» debajo del brazo y sus intenciones eran bien evidentes.

—¡Ling —exclamó—, la cosa se va a poner candente antes de un

minuto! Viene la Policía del puerto y dos hombres suben aquí a matarnos.

—Estará escrito que tenemos que morir —replicó el chino.

—¡No sea idiota, hombre! Estará escrito o no, pero les voy a dar guerra antes de que lo consigan, se lo aseguro —replicó Sid, sacudiendo al chino por un brazo.

Luego lo arrastró detrás de la puerta y esperaron pegados a la pared, con el corazón palpitante de angustia.

Fuera, Casey había dispuesto sus fuerzas para hacer frente a la Policía del puerto, que pretendía cortarle la retirada hacia la costa, dispuesto a vender cara su vida antes que rendirse.

Sendon y Clive llegaron a la puerta de la estancia donde Sid y Ling estaban encerrados. El primero empuñó el picaporte y metió la llave en la cerradura, haciéndola girar, mientras decía:

—Ya sabes las órdenes de Casey, Clive; así que en cuanto yo abra la puerta mételes un chorro de balas en el cuerpo.

De un empujón abrió la puerta. Clive empuñó el «ukelele» y regó de balas la estancia. Los estampidos resonaron siniestramente en los oídos de los dos hombres que estaban escondidos detrás de la puerta.

Clive se asomó y lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Aquí no hay na...!

Sid no le dejó terminar. Con la mano izquierda cogió el fusil ametrallador por el cañón, sin darse cuenta de la quemadura que se había producido en la mano, mientras con la derecha lanzaba un directo a las narices, de Clive, que comenzó a sangrar como un toro.

Seldon disparó su revólver, pero Ling se había precipitado sobre él, empujándole violentamente, y Seldon cayó rodando por la escalera.

Clive intentó, arrojarle sobre Sid, pero éste apretó el gatillo del arma. Cuatro proyectiles detuvieron la carrera de Clive y cortaron su vida de crímenes.

A continuación, Sid volvió el «ukelele» contra Seldon, que, desde el pie de la escalera, intentaba hacer uso de su revólver. El agente apretó de nuevo el gatillo, durante una décima de segundo, porque no le convenía desperdiciar municiones, y Seldon recibió los dos impactos en su pecho, cayendo hacia adelante como un muñeco desarticulado.

Una lluvia de balas procedentes de la primera cubierta silbó al lado de Sid y de Ling. Los disparos habían atraído sobre ellos las miradas de Casey, Leary y los tripulantes del yate, qué disparaban desde varios lugares, dándose cuenta del peligro que corrían con el enemigo metido en su propia casa.

Sid empujó a Ling dentro de la estancia que acababan de abandonar y penetró detrás de él. Se asomó por la ventana. Las lanchas de la Policía llegaban ya a los costados del yate y lanzaban a la cubierta de éste arpones, sujetos al extremo de largas cuerdas, mientras de cubierta abrían sobre ellos un fuego graneado.

Las dos lanchas de la Policía que habían quedado rezagadas, para cubrir el avance de los atrasados, comenzaron a disparar las ametralladoras «Thompson» de que iban provistas, sobre la cubierta del yate, barriéndola con sus disparos, en vista de lo cual los «gangsters» se vieron obligados a refugiarse en todos aquellos lugares que les ofrecían la menor posibilidad de librarlos de un balazo.

Varios agentes pusieron el pie sobre cubierta, siendo recibidos por los disparos de los facinerosos. Dos de ellos cayeron al suelo heridos, mientras los demás tomaban posiciones detrás de los ventiladores, entablándose una verdadera batalla a bordo del yate.

Sid contemplaba la escena desde la ventana del camarote, espiando la ocasión de intervenir a su vez, y ésta no se hizo esperar.

Shoat avanzaba por la cubierta al frente de seis policías. Ante ellos, parapetados detrás de unas cajas, Casey, Leary y tres marineros hacían una resistencia encarnizada. De pronto, Sid vio a Leary escurrirse hacia un lado, con un fusil ametrallador en la mano. Sus designios estaban bien claros. Quería sorprender a los policías por el flanco y barrerlos con el fuego de su arma.

Sid no esperó más. Sacó el cañón de su «ukelele» por la ventanilla y envió sobre el «gángster» el último chorro de balas del arma.

Leary se volvió hacia él ligeramente, sorprendido. Luego dio unos traspiés y cayó al suelo, muerto.

Varios policías más ganaron la cubierta, pero los forajidos seguían ofreciendo encarnizada resistencia, desde el puente de mando, donde se habían refugiado todos los supervivientes, a las órdenes de Casey, dispuestos a morir matando.

Shoat avanzaba por la cubierta temerariamente, sin darse cuenta de que estaba expuesto a los disparos de Casey y sus hombres.

—¡Mike! ¡Mike! —gritó Sid, saliendo a la puerta del camarote.

Pero Shoat no le oyó o no se dio cuenta de las señas que Sid le estaba haciendo para que se quitase de en medio antes de que fuera tarde. Sid miró a su alrededor. Una cuerda que colgaba del extremo de la escalera de hierro, adosada a la enorme chimenea del barco, estaba atada a la barandilla de la segunda cubierta.

Sid la desató rápidamente y, subiéndose a la barandilla, agarró la cuerda con ambas manos y se lanzó al aire. La cuerda tomó la vertical, llevando a Sid rápidamente por los aires, hasta el centro de la cubierta, donde el agente se soltó, cayendo sobre Shoat.

La rudeza del golpe les hizo caer rodando a los dos, y cuando Shoat se incorporaba, Sid le arrastró detrás de un ventilador, al mismo tiempo que varios proyectiles se clavaban en el lugar ocupado segundos antes por el teniente.

Éste se revolvió contra Sid, creyendo que era alguno de sus enemigos y aquél se vio negro para detener el primer golpe que Mike le lanzó al estómago.

—¡Soy yo, Mike, hombre! —exclamó luego.

—¿Por qué has hecho esto? Tú siempre tan teatral —gruñó Shoat, rascándose el hombro, dolorido aún por el golpe.

—Sí, sí. Muy teatral. ¿Sabes que varios hombres, que están en el puente de manejo, te tenían encañonado?

Shoat no replicó. Miró en la dirección que Sid le señalaba y vio a varios forajidos, que trataban de ocultarse en la cabina del puente.

Estaban a mayor altura que la Policía y mantenían a raya a los agentes, mientras el capitán maniobraba en la rueda del timón, poniendo proa a la otra ribera de la bahía, en un desesperado esfuerzo por llegar a tierra y saltar a ella, antes de que la policía completase el cerco del puente.

—Ahí donde están son inexpugnables, Sid —gruñó Shoat—. No nos dejan ni asomar la cabeza.

Era cierto. Apenas un policía sacaba la cabeza de su escondite, caía sobre él, procedente del puente de mando, una lluvia de proyectiles que le obligaba a esconderse cautamente.

Sid examinó con ojos críticos la situación, mientras una de sus melodías preferidas, «Navidades blancas», surgía de sus labios

plegados. Shoat le miró sonriendo.

—¿Qué diablura estás pensando, Sid? —le preguntó.

—Estaba pensando en utilizar, para llegar allí, el mismo camino que traje para lanzarte al suelo —dijo.

—¡Tú estás loco! Te acribillarían en el aire a balazos, antes de que pusieras los pies en el puente. Espérate un poco —aconsejó Mike—. He mandado ir a buscar bombas de gases lacrimógenos y no tardarán en traerlas.

—No tengo paciencia para esperar, Mike —confesó Sid—. Voy a ensayar.

—Tú no sales de aquí, ¿lo entiendes? —rugió Mike, poniéndole una mano en el hombro.

—¿Quieres que te haga lo que antes? —le preguntó Sid, burlón, y Mike le soltó, poniéndole una pistola en la mano.

—Está bien. Toma y haz lo que quieras, maldito cabezota, y ojalá... —La maldición de Mike se quedó sin terminar de ser formulada.

Sid tomó el cabo de cuerda que colgaba de la escalerilla de la chimenea y se alejó, en dirección al lugar de donde se había desprendido minutos antes, ocultándose lo mejor posible. Algunos de los forajidos le vieron partir y dispararon sobre él, sin resultado.

Sid llegó a la escalera de la segunda cubierta y ascendió rápidamente por ella, perseguido por los disparos de los «gangsters», refugiados en el puente de mando, situado enfrente del camarote donde aún estaba Ling.

El chino permanecía sentado en el suelo del camarote, fumando plácidamente, en espera de que acabase la batalla para salir, y no se sorprendió lo más mínimo al ver a Sid.

—¡Hombre! ¿Tiene usted cigarrillos? —pregunto éste—. Ya podía haberlo dicho.

Ling le tendió el paquete. Sid encendió un cigarrillo, le dio unas chupadas y luego lo arrojó al suelo.

—¿Qué va usted a hacer? ¿Otro viaje por el aire?

Sid no le replicó. Desde dentro del camarote se lanzó a la carrera hacia el hueco dejado por la escalera en la barandilla y al llegar al borde de aquélla, asió fuertemente la cuerda, con ambas manos.

El impulso que llevaba le lanzó al espacio por segunda vez, cortando velozmente el aire. En seguida se dio cuenta de que la

cuerda no era bastante larga para llegar al puente donde estaban Casey y sus secuaces, pero Sid suplió la cortedad de la cuerda con un enorme impulso de su cuerpo, cuando la soltó y hendió el aire, cayendo en el puente de mando a tres yardas de la cabina del timonel.

Inmediatamente se aplastó contra el suelo, al mismo tiempo que varios proyectiles pasaban silbando sobre él. Un ventilador le ofrecía un precario refugio contra sus agresores y tras él se refugió Sid.

El capitán del yate seguía agarrado a la rueda del timón, manteniendo, el rumbo hacia la costa. Sid apuntó cuidadosamente, disparó y el hombre cayó sobre la rueda, comenzando el yate a navegar sin rumbo fijo.

Una nueva lluvia de balas le hizo ocultarse detrás del ventilador, y en aquel momento, Shoat dio desde abajo la orden de ataque, lanzándose él el primero hacia la cabina del puente.

Los «gangsters» quisieron hacer frente a aquella nueva agresión, pero los certeros disparos de Sid, desde uno de los costados de la cabina, les impedía fijar la puntería, y Shoat y sus hombres seguían avanzando implacables.

El rostro de Casey estaba descompuesto. No sólo había perdido las joyas, sino que su criminal ambición le iba a costar también la vida. Sus mejores hombres habían muerto a manos de aquel nervudo gigante que los hostigaba sin cesar y parecía que al fin iba a obtener el triunfo. Una ira loca le invadió. La ira del que, sabiéndolo todo perdido, sólo quiere llevarse a su enemigo por delante, para impedirle gozar del triunfo.

—Nos van a asar si seguimos aquí —gritó—. Vamos a salir, y una vez fuera, que cada uno se las componga como pueda.

Se quedó un poco rezagado, para no ser el primero en exponerse a los disparos de Sid. El primero de sus hombres que atravesó la puerta de la cabina cayó al suelo mortalmente herido, pero los demás, y Casey con ellos, consiguieron lanzarse en tromba contra Sid.

El agente se vio rodeado de una legión de demonios, que descargaron sobre él innumerables golpes, durante unos segundos, con objeto de aturdirle y poder saltar al agua.

Sid disparó a boca jarro y otro marinero cayó al suelo. Luego,

los demás fueron saltando por la borda, perseguidos por los disparos de Sid y los policías, y se alejaron del barco, nadando a grandes brazadas, intentando ganar la orilla de la bahía.

—¡A las lanchas! —ordenó Shoat, y sus hombres se abalanzaron a las embarcaciones que los habían conducido hasta allí.

La costa estaba lejos y podían perseguir a los forajidos con toda tranquilidad, seguro de que ni uno sólo escaparía con vida. Sid contempló la caza, mejor dicho, la pesca de los supervivientes, y lanzó un suspiro de satisfacción al comprobar que todo había terminado.

De pronto oyó un ruido a su espalda. Pensó que sería Ling, que venía a su encuentro, desde el camarote donde estuvieran encerrados, y se volvió lentamente.

El color huyó de su rostro. Casey Barnett estaba ante él, sonriendo ferozmente, mientras le apuntaba con una «*Parabellum*». ¿De dónde habría salido?

Como si adivinase su muda pregunta, Casey se complació en atormentarle.

—Levanta los brazos, hijo de perra —masculó—. Quieres saber de dónde salgo, ¿no es así? Me oculté en una lancha, aprovechando la pelea que sostenías con mis hombres. Tenía la esperanza de que dejaseis en el barco a dos o tres hombres y poder huir cuando se acercase el yate al puerto, pero ya que te has quedado aquí tú solo, me vas a pagar la matanza que has hecho entre mi gente.

Su rostro estaba animado de una resolución homicida. Sid no tenía más que mirar sus ojos, para comprenderlo. Su blanca e irreprochablemente cortada americana, aparecía arrugada y llena de manchas, y el clavel rojo, que tan orgullosamente llevaba la noche anterior en el ojal, había desaparecido.

Todo en él indicaba al criminal nato. Desnudo de sus vestiduras y de sus formas corteses, que disimulaban su verdadera manera de ser, aparecía en toda su desnudez su alma ruin y miserable.

Lentamente levantó la pistola.

—Vas a morir —rugió, respirando ruidosamente por la pasión que le consumía—. Luego me mataré yo...

No pudo terminar la frase. La pistola estaba ya a la altura de los ojos de Sid, cuando éste se dio cuenta de que Casey estaba pisando el extremo de una cuerda, atada por el otro a la baranda de la

cubierta, tentadoramente, al alcance de su mano, y no dudó un segundo.

Bajando el brazo derecho con rapidez tiró de la cuerda violentamente, al mismo tiempo que se arrojaba al suelo.

Casey estuvo a punto de caer de espaldas y su disparo se perdió en el infinito. Dio dos traspiés, intentando recobrar el equilibrio, y en aquel momento, Sid se lanzó contra él con la furia de un toro.

Casey le esperó a pie firme. La pistola se le había caído al suelo y cerró los puños, esperando la acometida de Sid. Cuando el agente estuvo a su alcance, le dirigió un soberbio puñetazo al rostro, que la guardia de Sid hizo resbalar hasta el pecho.

Durante un segundo el agente del F B. I., se quedó sin respiración. Luego, comprobando que sé las tenía que haber con un hombre fuerte y que conocía los secretos del boxeo y la lucha, se tornó más cauto.

Entonces comenzó una lucha a brazo partido. Una lucha que sólo podía terminar con la muerte de uno de los contendientes, porque los dos estaban animados del mayor espíritu homicida.

Durante unos segundos se observaron mutuamente, dando Sid vueltas alrededor de Casey, esperando el momento oportuno para lanzarse sobre él.

Al fin, hizo una finta a su rostro, Casey se descubrió ligeramente y Sid se arrojó sobre él, agarrándole una pierna y tirando fuertemente de ella, a pesar del puñetazo que Casey le propinó en la cabeza.

El forajido cayó al suelo y Sid se montó a horcajadas sobre él, atenazándole el cuello con ambas manos, dispuesto a estrangularle. El rostro de Casey se tornó, lívido, primero, y amoratado, después; pero haciendo un esfuerzo sobrehumano, logró dar media vuelta y lanzar a Sid escaleras abajo.

El agente rodó hasta la mitad de la escalera, pero allí logró asirse a la barandilla e incorporarse, a tiempo de ver el cuerpo de Casey que se lanzaba hacia él desde lo alto de la escalera. Sid se encogió sobre sí mismo y el cuerpo de Casey le pasó rozando por encima de él, yendo a caer al pie de la escalera, donde quedó inmóvil.

Sid llegó a su lado, dejándose engañar por la aparente inmovilidad de Casey, que le agarró de una pierna, haciéndole caer

al suelo mediante un violento tirón.

Ambos se levantaron, quedando de nuevo frente a frente. Sus respiraciones jadeantes y anhelosas producían el ruido de dos fuelles.

Casey fué el primero en lanzarse al ataque. Su puño alcanzó la mandíbula de Sid, haciéndole caer de espaldas al suelo. Luego se lanzó sobre él, pero Sid encogió ambas piernas, y cuando las distendió de nuevo, el forajido salió despedido como una saeta.

El agente se incorporó, situándose frente a él, y apenas Casey terminó de ponerse en pie, el puño derecho de Sid le golpeó en la frente, luego la nariz, después en los ojos, sin que Casey acertase a protegerse de aquella lluvia de golpes que caía sobre él.

Al fin se tambaleó y se vino de nuevo al suelo, sin sentido. Sid fué a caer sobre el forajido, pero, de pronto sintió que una espesa nube velaba sus ojos, sus piernas se doblaron y cayó hacia adelante, perdido el conocimiento.

Shoat volvió en seguida a bordo del yate, al darse cuenta de que Sid no estaba en ninguna, de las motoras ni Casey entre los prisioneros. Entonces temió por la vida de su amigo y se precipitó hacia la nave, subiendo presurosamente a bordo.

El cuadro que se ofreció a su vista le llenó de asombro y lanzó un silbido.

—¡Vaya una pelea, muchachos! —dijo a los policías que le rodeaban—. Han luchado hasta perder el sentido. Coged a Casey. Yo me encargo del otro.

Cuando Sidney Eskev comunicó a sus jefes por medio del telégrafo, que el asunto de la explosión del avión estaba terminado, le contestaron felicitándole y autorizándole para que se tomase los cuatro días de permiso que necesitaba para resolver sus asuntos en San Francisco.

Cuando recibió el telegrama, movió negativamente la cabeza.

—¿A qué dices que no? —le preguntó Isabel, que se ocupaba en tejer un pequeño jersey de punto.

Estaban en la pequeña terraza de la casa de los Shoat, tomando café en una deliciosa tarde del invierno más cálido que había conocido San Francisco.

Estaban también allí Helen Chartier y Ling-Tse-Chiang, y todos comentaban con calor los últimos sucesos del día anterior.

—Casey será electrocutado pasado mañana —anunció Mike, y el entusiasmo de la reunión se esfumó como por encanto.

Ninguno de los presentes sentía la menor simpatía por el pistolero y estaban convencidos de que merecía la muerte, pero una cosa era matar a un hombre en el acaloramiento de una refriega, para defender la vida y otra saber que iba a morir electrocutado.

Al fin, Isabel, en su papel de ama de casa, se creyó obligada a romper la pesada atmósfera que el anuncio de la muerte de Casey había levantado a su alrededor.

—¿A qué decías que no, cuando leías el telegrama? —preguntó de nuevo a Sid.

—A que sólo me dan cuatro días de permiso —replicó el agente.

—Bueno, y ¿eso qué tiene que ver? —preguntó Isabel sin darse cuenta de los guiños que la estaba haciendo su marido.

—Que son muy pocos días para pasar la luna de miel —replicó Sid, mirando a Helen, que enrojeció ligeramente.

—¿Vas a casarte? —interrogó Isabel de nuevo, suspendiendo su labor, sorprendida ante la noticia.

—Sí. Vamos; si Helen quiere —dijo. Sid, tomando una de las manos de la muchacha.

Ninguno de los presentes observó la palidez que invadía el semblante de Ling al oír aquello.

—¿De veras quieres casarte conmigo? —preguntó la periodista, mirando a Sid al rostro.

—Claro que sí, «Flor de Té». Eres tan bonita que no puedes salir a la calle sin llevar a un hombre a tu lado.

Mike e Isabel les desearon mil felicidades, a las cuales se unió la de Ling-Tse-Chiang.

—Les deseo que sean felices durante toda una «kalpa»..., y después también —dijo el chino, con voz ahogada, porque aquella boda significaba el fin de sus entrevistas con Helen.

—¿Se va usted ya? —preguntó Isabel, al ver que Ling se ponía en pie.

—Sí. Tengo que ocuparme de mis asuntos —repuso el chino—. Adiós, señora. Adiós, míster Shoat. Muchas gracias por todo... Helen... Míster Sidney... Adiós a todos.

Salió lentamente de la estancia. Shoat le acompañó hasta la puerta, mientras los demás le miraban perplejos, y sólo Isabel

adivinó lo que estaba pasando por el alma de Ling-Tse-Chiang.

—Oye, Helen: ¿qué ha querido decir Ling con eso de que nos desea la felicidad durante toda una «kalpa»? —preguntó Sid.

Ella se volvió hacia su prometido, radiante de felicidad y replicó:

—Una «kalpa» significa para los budistas la duración de un Universo. Es un período de tiempo tan largo, tan largo, que para darte una idea de su duración tienes que imaginarte una roca de veinte millas de alta, de larga y de ancha, que fuera tocada cada cien años con una fina tala, y cuando el roce convirtiera a la roca en una piedrecita del tamaño del hueso de un melocotón, habría transcurrido la cuarta parte de una «kalpa».

—¡Rayos! —exclamó Sid, y ante la mirada reprobatoria de Isabel — corrigió su exclamación. —Perdón, Isabel, quise decir caramba...

—Isabel, ¿quieres venir un momento? —la reclamó su marido desde la cocina.

Su esposa fué hacia allá.

—¿Qué quieres, Mike? —le preguntó.

—Nada —repuso éste—; pero ¿no ves que están deseando estar solos?

Isabel no replicó, pero sonrió a su esposo y miró por la rendija de la puerta de la cocina.

Sid tenía a Helen entre sus brazos y su boca besaba golosamente la de la muchacha. Ésta no debía encontrarse muy a disgusto en aquella situación, porque le rodeaba el cuello con un abrazo y apretaba los labios de Sid contra los suyos.

—¡Qué bien besas, Sid! —murmuró Helen cuando se deshizo del abrazo—. Te estaría besando una «kalpa» entera.

Sid se retrepó en su asiento y comenzó a silbar «Navidades blancas», su melodía predilecta, muy satisfecho de sí mismo.



Alar Benet

el famoso autor ha escrito su mejor obra
para esta inigualable Colección, novela
cumbre titulada

Sentenciado

Un argumento vigoroso encarnado por un
personaje de audacias inolvidables y de
hechos increíbles. Es la historia de un hom-
bre sentenciado por...

Sentenciado

causará una gran sensación cuando sea
publicado en la

Colección F. B. I.

LECTORES:

ADQUIERAN PARA SUS HERMANOS

Aventuras del F. B. I.

**¡LAS MAS EMOCIONANTES
AVENTURAS INFANTILES!**

